MANUEL GARRIDO BONAÑO, O.S.B.

Año litúrgico patrístico

Adviento
Navidad

Fundación GRATIS DATE. Pamplona, 2001

Prólogo

En la Época anterior al Concilio Vaticano II hubo muchos comentarios al Año Litúrgico, que ayudaban a los fieles a preparar y vivir más profunda e intensamente la celebración litúrgica de cada día, sobre todo la Santa Misa. Se dirigían principalmente a los tiempos fuertes del mismo Año Litúrgico, como Adviento-Epifanía y Cuaresma-Pentecostés, lo mismo que a las fiestas y solemnidades más destacadas.

Bien conocidos son el comentario de Dom Guéranger, que fue el primero; tuvo muchas ediciones y fue traducido a varias lenguas; el del Beato cardenal Schus-ter, que en Italia tuvo 19 ediciones, y que también fue traducido a muchas lenguas; el de Dom Benito Baur, en Alemania, también con muchas ediciones y traducciones; el de Pius Parsch y el de otros más.

Después de la reforma litúrgica, promovida por el Concilio Vaticano II, no se ha hecho, hasta el momento, ningún trabajo semejante. Solo se han publicado algunos comentarios generales, pero no exposiciones de los textos litúrgico-bíblicos de cada día.

Esta obra que presentamos es la primera y, ciertamente, la única que se hace con textos de los Santos Padres. Esto no se ha hecho ni antes ni después del Concilio Vaticano II.

Hemos querido que a los textos venerables de la liturgia actual, tan rica como nunca se ha visto antes en la multisecular historia de la Iglesia, se unan los testimonios de los Santos Padres, que han enriquecido la doctrina de la Iglesia con una gran variedad temática y de modo fecundo por su profundidad.

El que más aparece es San Agustín, pues es el que nos ha dejado mayor número de obras, todas ellas de grandísimo valor. Sin embargo, no siempre nos ha sido posible encontrar los textos patrísticos adecuados. En esos casos, hemos presentado algunas reflexiones nuestras, inspiradas en la doctrina patrística y en escritores esclarecidos de todos los tiempos, especialmente de los Pontífices Romanos.

Transcribimos también las oraciones del Misal, por ser textos eucológicos en los que la Iglesia ha expresado sus plegarias con gran veneración. Indicamos siempre el lugar de donde proceden, para que se tenga en cuenta el uso que la Iglesia ha hecho de las mismas desde los primeros siglos de su existencia.

Esperamos vivamente que esta obra ayude a vivir más intensamente la liturgia de cada día, con todo el provecho espiritual que ésta lleva consigo.

Tenemos presentes los textos del Misal y del Leccionario de cada día en el ciclo temporal, así como algunas fiestas más destacadas.

Los Sacramentarios

Muchas veces aludimos en esta obra, como fuentes de las oraciones litúrgicas, a los antiguos *Sacramentarios* de la Liturgia Romana. Damos aquí unos breves datos sobre cada uno de ellos. Puede ser útil a los lectores conocerlos en su uso diario,

sea como lectura espiritual o meditación, o sea para guiones homiléticos, que para todo esto puede servir esta obra:

El Sacramentario era un libro litúrgico que contenía los textos que habían de ser recitados por el obispo o por el presbítero en la celebración de la Misa y de los Sacramentos. Los *Sacramentarios* se reducen fundamentalmente a tres: Vero-nense o Leoniano, Gelasiano y Grego-riano.

–El *Veronense* en realidad no fue un Sacramentario, sino una colección de fórmulas litúrgicas sumamente venerables, pues se remontan a los primeros siglos de la Iglesia Romana.

Se llama *Veronense* porque su único ejemplar se encuentra en la Biblioteca Capitular de Verona (Italia). Y se le llama también *Leoniano*, porque el que lo descubrió y publicó en el año 1735, José Bianchini, lo atribuyó al Papa San León Magno (+ 461). Esta atribución no es cierta, aunque ese Sacramentario sí podría contener textos compuestos por el mismo San León. Está incompleto. Le faltan los tres primeros meses del año. La fecha del manuscrito que lo contiene está comprendida entre los años 600 y 625, aunque la fecha de composición se remonta a algunos años antes, entre el año 561 al 574.

–El *Gelasiano* fue publicado por el cardenal Tommasi el año 1680, según un manuscrito del siglo VIII, que se encuentra en la Biblioteca Vaticana y procede de la abadía benedictina de San Dionisio de París. Es un verdadero Sacramentario y se usó como tal. Se le atribuyó al Papa San Gelasio I (+496), pero la fecha de composición pudiera ser el año 750.

Su origen ofrece muchas incógnitas y los eruditos investigan apasionadamente sobre el mismo. Hay muchas recensiones de él: como el de Angulema, San Galo, etc.

–El *Gregoriano*, atribuido al Papa San Gregorio Magno (+604), es también un verdadero Sacramentario y se utilizó en las celebraciones litúrgicas. Es el más ex-tendido de los tres, pues existen varios grupos de códices del mismo, entre los que sobresale el de Cambrai, de 811-812. Su historia se puede remontar tanto a la primera mitad como a la segunda del siglo VII, aunque también existen otros ma-nuscritos del siglo IX y posteriores. Uno de los más célebres es el de Padua. A este Sacramentario se le añadió en la época carolingia un Suplemento, redactado por San Benito de Aniano, según la opinión más segura.

De todos estos Sacramentarios hay ediciones modernas realizadas por el benemérito benedictino de María Lach, Dom C. L. Molhberg.

A veces aludo también, aunque muy pocas, a la *liturgia ambrosiana* (ss. IV-V), a la antigua *liturgia hispana* (s. VII), conocida también con el nombre de mozá-rabe, al sacramentario de *Bérgamo* (s. X) y a otras fuentes litúrgicas.

Abreviaturas

Normalmente, nos referiremos a los diversos elementos de la Misa en forma abreviada:

Entrada: antífona de entrada.

Colecta: oración colecta.

Ofertorio: oración sobre las ofrendas.

Salmo: salmo interleccional.

Comunión: antífona de la comunión.

Postcomunión: oración posterior a la comunión.

Manuel Garrido Bonaño, O.S.B.

Adviento

Introducción

Adviento es el tiempo litúrgico de preparación para la Navidad. Sus orígenes son muy inciertos. Según algunos autores, parece que el Adviento en la liturgia romana se remonta al siglo IV, aunque según nuestra opinión , esto es muy poco probable. En otros lugares, como en España, parece que estaba unido a la preparación de los catecúmenos que habían de recibir el Bautismo en la solemnidad de la Epifanía.

En el siglo V hallamos las oraciones preparatorias para la fiesta de Navidad en el *Rótulus de Rávena*, que, se cree estuvo inspirado en los escritos de San Pedro Crisólogo. Es dato cierto que en el siglo VI el Adviento tenía la misma estructura que la nuestra actual, con cuatro semanas antes de Navidad, aunque la cuarta es incompleta según los años. Los días del 17 al 24 se celebran con especialísima importancia; el día 17 comienzan en Vísperas, como antífonas para el Magníficat, las llamadas «antífonas mayores» o «antífonas *¡O!*», pues todas comienzan por esa exclamación latina. Tendremos ocasión de exponerlo en esos días.

Tres grandes figuras destacan en el Adviento: el profeta *Isaías*, *San Juan Bautista* y la *Virgen María*.

El Adviento encierra un rico contenido teológico y considera el misterio de la venida del Mesías y de su infancia. Más tarde se ha añadido el Bautismo de Cristo, como conclusión del Tiempo de Navidad. Tiene también el Adviento un gran sentido escatológico. De la espera de la primera venida del Señor se va a la espera de su segunda venida al fin de los tiempos. Los textos litúrgicos hacen alusión a las dos venidas.

San Bernardo habla de un Adviento triple. Entre la venida de Cristo en *la encarnación*, y su venida para el *juicio final*, se da ahora su venida al cristiano por la *inhabitación*. Este adviento presente «es oculto y espiritual, y de él habla el Señor cuando dice: “si alguno me ama, guardará mi palabra, mi Padre le amará, vendremos a él y en él haremos morada” (Jn 14,23) (*Sermón Adviento* III,4). «Esfuércese [el hombre] al menos... levantándose algo en obsequio del Señor que viene. No tendrás que atravesar mares o penetrar las nubes... Pero dentro de ti mismo habrás de salir al encuentro del Señor con la compunción del corazón y la confesión de tu boca, para que al menos salgas del muladar de tu miserable conciencia, pues no sería digno que allí entrara el Autor de la pureza» (*Sermón Adviento* I,10).

Con la liturgia de Adviento la comunidad cristiana está llamada a acentuar determinadas actitudes esenciales a la expresión evangélica de la vida: la vigilante y gozosa espera, la esperanza y la conversión.

Es lamentable que la sociedad de consumo intente con sus propagandas en estos días eclipsar el verdadero espíritu litúrgico del Adviento. Que el gozo espiritual se manifieste también en cosas externas y materiales no está reñido con el sentido litúrgico de este tiempo; pero sí lo está con el desbordamiento que esto tiene en nuestros días. Ya el mismo San Bernardo se lamentaba de las celebraciones *mundanas* del adviento:

«Los mundanos, aunque también celebran este recuerdo [de la venida de Cristo], no se conmueven con él interiormente. Y lo que todavía es peor, el mismo recuerdo de esta inestimable dignación de Dios se vuelve para ellos ocasión de delicias carnales, pues estos días los verás preparar con toda solicitud el lujo de los vestidos y de los alimentos, como si Cristo en su nacimiento pidiera semejantes cosas... Oye lo que Él mismo te dice: "¿para qué preparas con tantas ansias vestidos para mi nacimiento? Detesto la soberbia, no la amo. ¿A qué fin viene que procures con tanto cuidado las opíparas mesas de este tiempo? No me agradan las delicias del cuerpo, no las apruebo... No me reverencias sino con tu vientre"» (*Sermón Adviento* I,10).

En este Adviento preparemos, pues, ante todo nuestros corazones para recibir al Señor, que quiere venir a nosotros y entrar más adentro de nuestras vidas. Limpiemos la casa de nuestra conciencia con el sacramento de la penitencia. Acrecentemos estas semanas la oración, la limosna, las buenas obras y sobre todo el deseo del Salvador, que ya viene, y que nos trae nuevas luces y gracias.

1ª Semana de Adviento

Domingo

La expectativa ante *el retorno del Señor* polariza la atención de la Iglesia. Nuestras miradas se fijan en Dios.

Entrada: «a Ti, Señor, levanto mi alma. Los que esperan en Ti no quedan defraudados». En la *colecta* (Gelasiano) pedimos al Señor que avive en sus fieles el deseo de salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras, para que, colocados un día a su derecha, merezcan poseer el reino eterno.

En la oración del *ofertorio* (Veronense) suplicamos al Señor acepte los bienes que de Él hemos recibido y, por la presentación del pan y del vino, nos conceda que la acción santa que celebramos sea prenda de salvación para nosotros.

Comunión: confiamos en que el Señor nos dará sus bienes y la tierra dará su fruto. *Postcomunión* (de nueva redacción, inspirada en los Sacramentarios Veronense y de Bérgamo): suplicamos al Señor que fructifique en nosotros la celebración de los sacramentos, con los que Él nos enseña a descubrir el valor de los bienes eternos y poner en ellos nuestro corazón.

Ciclo A

Con el Adviento tratamos de abrir nuestras vidas al misterio de Cristo vivo, proclamando la inmensa necesidad que tene-

mos de Él. Evocamos la primera y segunda venida del Salvador. Es, pues, ocasión propicia para renovar nuestra fe y nuestra responsabilidad ante el misterio salvífico de Cristo.

–***Isaías 2,1-5***: *El Señor reúne a todos los pueblos en la paz eterna del reino de Dios*. No obstante la ignorancia y las aberraciones de los hombres, en los planes divinos el designio de salvación se extiende a toda la humanidad. Todos tenemos total necesidad de Cristo Redentor y de la revelación plena del amor de Dios. En esta primera lectura, el profeta Isaías contempla en lontananza el día del Señor y presenta el carácter universal de toda la salvación. El pueblo de la Alianza (el Antiguo y Nuevo Israel) ha sido elegido por Dios para poseer y transmitir la fe y la salvación a todos los pueblos. Dios obra en favor del mundo a través de la Iglesia, ya que el primer pueblo de la Alianza fue infiel.

De ahí la responsabilidad de todo cristiano de no poner obstáculos a la misión salvadora y redentora de Cristo. A todos nos incumbe siempre una actitud misionera, en la medida de nuestras posibilidades, según los diversos estados en que vivimos nuestra vocación.

–***Salmo 121***: Con este salmo expresamos nuestra alegría porque caminamos hacia la Jerusalén celeste, hacia la gloria futura, y esto nos obliga a exhortar a todos los hombres, nuestros hermanos, a que vivan en la paz y que también ellos se encaminen hacia la Casa del Padre.

–***Romanos 13,11-14***: *Nuestra salvación está cerca*. Quienes por la fe ya hemos conocido el misterio de Cristo no podemos caer en la inconsciencia de vivir en la irresponsabilidad de los hijos de las tinieblas. Tenemos ansias del encuentro de-finitivo de Cristo, como hemos pedido en la oración colecta. Nuestra vida presente es una marcha hacia el futuro. Por eso para el cristiano que espera ese encuentro y que ha hecho suyas las aspiraciones de los hombres de su tiempo, el sentido de la historia de la humanidad es el sentido de su misma historia, que solo tiene valor a la luz de Cristo. Apartarse de ahí es caminar en las tinieblas.

–***Mateo 24,37-44***: *Vigilemos para estar preparados. Caminamos* irreversiblemente hacia el encuentro definitivo con Cristo en la eternidad. No sabemos el día ni la hora. Solo la fe vigilante y la fidelidad permanente pueden hacer nuestras vidas dignas de salvación eterna. La realidad cotidiana con su monotonía exasperante nos adormece. A nuestro alrededor hay acontecimientos difíciles: guerras, violencias, injusticias, etc. A todo nos acostumbramos. Existe quien responde y quien se ca-lla, quien se esfuerza y quien se abandona. San Juan Crisóstomo llama aquí a la vigilancia esperanzada:

«En medio de la oscuridad no puedes distinguir al amigo del enemigo. No distinguimos de noche los metales preciosos de las meras piedras. Del mismo modo, el avaro y el licencioso no distinguen la verdad y el valor de la virtud.

«Así como el que camina de noche va muerto de miedo, de igual modo los pecadores andan continuamente atormentados por el miedo de perder sus bienes y por el remordimiento de su con-ciencia.

«Ea, pues, dejemos una vida tan penosa. Ya sabéis que después de tantas calamidades viene la muerte... Creen los pecadores ser ricos, y no lo son. Creen vivir entre delicias, y no gozan de ellas... Nosotros vivamos sobrios y vigilantes, como quiere Cristo. "Andemos decentemente y como de día" (Rom 13,13). Abramos las puertas para que aquella Luz nos ilumine con sus rayos y gocemos siempre de la benignidad de nuestro Señor Jesucristo» (*Comentario al Evang. Juan*, hom. 5).

Nosotros, en este Adviento, hemos de reaccionar en medio de tanta perdición, tratando de verlo todo a través de Cristo, que nos interpela y nos solicita a la responsa-

bilidad y al amor. Así es como los cristianos nos preparamos a salir al encuentro del Salvador, y así preparamos esta nueva Navidad, para que nuestra vida esté totalmente inmersa en Cristo. Iluminados por el misterio de Cristo y llamados a su encuentro en la eternidad, volvemos a la convivencia en un mundo en el que los hombres, nuestros hermanos, viven las más de las veces inconscientes de la necesidad que tienen de Cristo. Es preciso, es urgente que seamos luz para ellos.

Ciclo B

El Adviento es tiempo de esperanza, pero de esperanza responsable y vigilante. Para el antiguo Israel la espera del Me-sías significó una larga preparación, no siempre fiel, para sentir la necesidad de un Redentor, que fuera revelación plena y personal del amor de Dios. Para nosotros en la Iglesia, el Adviento significa la responsabilidad y la fidelidad ante el que ha venido como Redentor, pero que volverá un día para coronar en nosotros su obra de salvación en la eternidad.

–***Isaías 63,16-17–64,1.3-8***: *¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!* La salvación se hace posible para los hombres en la medida en que éstos viven su fidelidad humilde ante Dios, que se nos ha revelado como Padre y nos ama con amor redentor. La comunidad cristiana, cada alma, se encuentra lejana de Dios. Es momento de revisar la vida para descubrir los mil caminos a través de los cuales ha traicionado su fe cristiana. Es tiempo de autocrítica y de autoconfesión. Todos tenemos necesidad de un nuevo retorno a Dios, que nos conduzca a las exigencias radicales del Evangelio, para que seamos un signo de salvación en medio de un mundo que naufraga lejos de Dios.

–El ***Salmo 79*** nos mueve a pedir al Señor que nos restaure, que brille su rostro y nos salve. ¡Ven a salvarnos, Señor! ¡Vuélvete hacia nosotros! ¡Ven a visitar tu viña! ¡Que tu mano nos proteja para que no nos alejemos de Ti! ¡Que con todo el fervor de nuestra alma invoquemos tu nombre!

–***1 Corintios 1,3-9***: *Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*. Nuestro destino y nuestra salvación eterna nos imponen a diario la responsabilidad vigilante de aguardar el retorno definitivo de Cristo. «Ya sí, pero todavía no». Estar en Cristo Jesús, con todo lo que ello comporta: perdón de los pecados, re-generación, etc., es algo *ya* operante en el cristiano que ha sido lavado en el bautismo.

Pero *aún no* hemos llegado a la plenitud. De ahí una tensión. Cuando esa tensión falta nos encontramos con un cristianismo sin esperanza, privado del futuro de Dios, de su completa salvación. No podemos atarnos a mesianismos terrenos, vagamente humanitarios. Solo Cristo nos ofrece la salvación verdadera. En la comunión con él está nuestra felicidad. La espera de la fiesta de Navidad nos presenta una oportunidad valiosa para crecer por la gracia en estas actitudes.

–***Marcos 13,33-37***: *Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa*. Mientras se realiza el retorno de Cristo, toda la vida del creyente ha de dignificarse en la fidelidad y constante vigilancia. El auténtico cristiano es el hombre que vive diariamente el Evangelio, en alerta permanente ante la eternidad, con amor de intimidad a Cristo. El modo como vive el hombre demuestra si se ama a sí mismo o si ama a Dios, que lo ha creado y redimido con destino a la eternidad. Esto supone una aceptación incondicional de Dios como Ser supremo y Creador de todo. Supone fe y actuar en un mundo que mu-chas veces le

es contrario por los males físicos, sociales y morales.

No puede, pues, adormecerse el cristiano. Ha de vigilar constantemente. Nuestro Adviento ha de ser perpetuo. Exige un alerta continua, condicionante de toda nuestra vida en el tiempo. Requiere que siempre el alma esté esperando ansiosa y responsablemente a Cristo, reformador de nuestras miserias.

Ciclo C

Sobre el recuerdo del pasado se nos invita a vivir con autenticidad cristiana el presente y a tomar en serio nuestra vocación de eternidad. El cristiano es siempre un creyente proyectado a la eternidad, pero viviendo su responsabilidad de cada día, como elegido de Cristo y testigo de su intimidad, marcado para Él por la santidad y el Evangelio.

–***Jer 33,14-16***: *Suscitaré a David un vástago legítimo*. A pesar de la degradación y las desviaciones de los hombres, Dios se muestra fiel a su promesa mesiá-nica. El Mesías sería el vástago legítimo de la estirpe de David, su hijo conviviendo con los hombres. La voluntad y la disponibilidad de Dios para ofrecer una y otra vez su gracia, pese a las prevaricaciones del hombre, es permanente en la Biblia. Dios vive y desde que creó al hombre, vive siempre atento a él. Dios busca y quiere salvar al hombre. En toda la historia de la salvación Dios aparece como el fiel cumplidor de sus promesas. Ellas se cumplen en la plenitud de los tiempos, cuando vino Cristo, el Salvador.

–Con el ***Salmo 24*** decimos: A Ti, Señor, levanto mi alma. A Él pedimos que nos enseñe sus caminos, que nos instruya en sus sendas, que caminemos con lealtad. El Señor es bueno y recto. Enseña el camino a los pecadores. Hace caminar a los humildes con rectitud. Sus sendas son misericordia y lealtad para los que guardan su alianza y sus mandatos. El Señor se confía con sus fieles y les da a conocer su alianza.

–***1 Tesalonicenses 3,12–4,2***: *Que el Señor os fortalezca interiormente, para cuando Jesús vuelva*. La voluntad de Dios es nuestra santificación. Nuestra autenticidad cristiana consiste en vivir cada día de modo que logremos llegar irreprensibles al juicio de Dios para poseer su Reino eternamente. Para el cristiano no existe otra finalidad para su vida y su actividad responsable que servir y amar a Dios con gozo, y, por lo mismo, estar siempre disponible a los demás, como Dios quiere. Los unos para los otros, pero como Dios lo quiere, a la manera de Cristo.

Todos los tipos de liberación y promoción humana que excluyen la perspectiva trascendente y sobrenatural son nocivos para el cristiano, y también lo son para los demás hombres. Nuestra salvación total es por Dios y es Dios. Toda liberación de los hombres ha de llevar esta impronta de la fe, que solo en Dios por Cristo consigue la realización plena del hombre.

–***Lucas 21,25-28.34-36***: *Se acerca vuestra liberación*. Cada día nos acercamos un poco más al momento de nuestro encuentro definitivo con Cristo. La espera de un futuro da sentido al tiempo presente y lo pone en tensión. La vida del cristiano es de constante tensión. No obstante los múltiples programas y proyectos para la vida, al fin se da uno cuenta de que el hombre no puede salvarse por sí mismo.

Cuanto más el hombre se da cuenta de la pobreza de sus medios y de la amargura de los acontecimientos, tanto más siente la necesidad de otro superior a él que lo salve. El cristiano conoce esto. En sus limitaciones, pecados y miserias advierte la necesidad de Cristo Salvador. Por eso, con la Iglesia en su liturgia clama en este tiempo: ¡Ven Señor, no tardes!

Oigamos a San Cirilo de Jerusalén:

«El Salvador vendrá, pero no para ser juzgado de nuevo, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que mientras era juzgado guardó silencio, refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la cruz, y les dirá: "Esto hicisteis vosotros y yo callé".

«Entonces, por razones de clemente providencia, vino a enseñar a los hombres con suave persuasión; en ese otro momento futuro, lo quieran o no, los hombres tendrá que someterse necesariamente a su reinado» (*Catequesis* 15).

Iluminados, pues, por la fe y llamados al encuentro con Cristo en la eternidad, hemos de vivir cada día con la gozosa esperanza de su victoria definitiva, que será la nuestra, y hemos de irradiar nuestra esperanza con nuestra vida en torno de nosotros, para que a todos alcance la luz de Cristo, su mensaje de salvación y la realidad de su eficacia.

Lunes

«Mirad al Señor que viene» (*entrada*: Jer, 31,10; Is 35,4). Pedimos al Señor permanecer alertas a la venida de su Hijo, para que, cuando llegue y llame a la puerta, nos encuentre velando y cantando sus alabanzas (*colecta*, Gelasiano). Las oraciones de *ofertorio* y *postcomunión* son las mismas del Domingo anterior.

–***Isaías 2,1-5***: *El Señor congrega a todos los pueblos en su reino, para que gocen de una paz eterna*. El profeta ve una marcha grandiosa de todos los pueblos hacia Jerusalén, hacia la Iglesia. Comenta San Agustín:

«Este monte fue una piedra pequeña que, al caer, llenó el mundo. Así lo describe Daniel. Acercáos al monte, subid a él, y quienes hayáis subido no descendáis. Allí estaréis seguros y protegidos. El monte que os sirve de refugio es Cristo» (*Sermón* 62, A 3, en Cartago hacia 399).

Sión es la colina que domina la ciudad de Jerusalén. En la visión profética, Isaías contempla esa colina en el momento de la intervención salvífica de Dios al final de los tiempos. Desde la Iglesia se difunde el conocimiento de Dios y su palabra, que ilumina a los hombres y les indica el camino que han de seguir para lograr su salvación.

Cuando en el ciclo A se ha leído el domingo la lectura anterior, este lunes puede leerse la siguiente:

–***Isaías 4,2-6***: *El Mesías será la gloria de los supervivientes de Israel*. Se trata del resto de Israel que sobrevivió a las pruebas, tema muy querido del profeta. Luego nos refiere la presencia protectora de Dios sobre el monte Sión, prefigura-ción de la alegría eterna de los elegidos. Es bien clara la alusión del profeta al Mesías y a su obra redentora. Él será baldaquino y tabernáculo que cubrirá su gloria y ayudará a los elegidos. *Germen* y *resto* se convierten en títulos mesiánicos. Así como el primero designa a la persona del Mesías, el segundo designa a la comunidad de los fieles, destinados a formar parte del pueblo de Dios en los últimos tiempos. Hemos de celebrar, pues, el Adviento, período de salvación por excelencia, con la preocupación de la salvación de todos los hombres, nuestros hermanos. Hemos de vivificar y nutrir así eficazmente nuestras ansias misioneras.

–El ***Salmo 121*** era un canto de los peregrinos que se acercaban a Jerusalén. Allí, en la ciudad, en el templo, el piadoso israelita se ponía en contacto con Dios. Jerusalén es imagen del reino escatológico, al que suben todas las gentes. Por eso, al saber que ese reino viene, nos alegramos también nosotros preparándonos a la solemnidad de Navidad, que es como una pregustación del reino futuro. ¡Qué alegría cuando nos dijeron: vamos a la casa del Señor, a la Iglesia, a la celebración litúrgica! Deseamos que todos los hombres vengan a celebrar con nosotros ese culto, para prepararnos a recibir la salvación que

Cristo nos ofrece a todos con su venida.

–***Mateo 8,5-11***: *¿Quién soy yo para que entres en mi casa?* San Agustín ha comentado unas cinco veces este pasaje evangélico. Una de ellas dice:

«Cuando se leyó el Evangelio, escuchamos la alabanza de nuestra fe, que se manifiesta en la humildad. Cuando Jesús prometió que iría a la casa del Centurión para curar a su criado, respondió aquel: "¡No soy digno!"... Y declarándose indigno, se hizo digno; digno de que Cristo entrase no en las paredes de su casa, sino en las de su corazón. Pero no lo hubiese dicho con tanta fe y humildad, si no llevase ya en el corazón a Aquel que temía entrase en su casa. En efecto, no sería gran dicha el que el Señor Jesús entrase en el interior de su casa, si no se hallase en su corazón» (*Sermón* 62, 1, en Cartago hacia el 399).

Y el mismo San Agustín:

«¿Qué cosa pensáis alabó [Jesús] en la fe de este hombre? *La humildad*: "¡No soy digno!"… Eso alabó y, porque eso alabó, ésa fue la puerta por la que entró. La humildad del Centurión era la puerta para que el Señor entrase para poseer más plenamente a quien ya poseía» (*Sermón* 62,A,2).

La humildad es una de las virtudes más propias del Adviento, pues nada nos abre tanto como ella a la venida del Salvador. A ella nos exhorta San Bernardo:

«Mirad la grandeza del Señor que entra en el mundo, el Hijo del Altísimo... y hecho carne, es colocado en un pobre pesebre... Y amad la humildad, que es el fundamento y la guarda de todas las virtudes... Viendo a Dios tan empequeñecido ¿habrá algo más indigno que la pretensión del hombre de engrandecerse a sí mismo sobre la tierra?» (*Sermón en Natividad del Señor* 1,1).

Martes

Al comienzo de esta celebración brilla ya la gran esperanza de que el Señor vendrá: «Vendrá el Señor y con Él todos sus Santos; aquel día brillará una gran luz» (Za 14,5-7).

Colecta (del «Rótulus de Rávena»): pedimos al Señor que acoja favorablemente nuestras súplicas y nos ayude con su amor en nuestro desvalimiento; que la presencia de su Hijo, ya cercano, nos renueve y nos libre de caer en la antigua servidumbre del pecado. *Comunión*: el Juez justo premiará con la corona merecida a todos los que tienen amor a su venida.

–***Isaías 11,1-10***: *Sobre él se posará el Espíritu del Señor.* El tronco familiar de David parece ya seco. Pero Dios va a infundir en él nueva vida. Brota un retoño penetrado en plenitud del espíritu, germen de vida y salvación. Será un rey justo. Con Él se inaugura un orden nuevo, una nueva creación. Se renuevan la paz y la armonía del paraíso. El hombre recupera la ciencia del Señor que perdió al pretender ser como Dios. El Evangelio precisará que el conocimiento de Dios se concede de modo especial a los humildes. San Agustín comenta:

«Estas siete operaciones asocian al número siete el Espíritu Santo, quien al descender a nosotros empieza, en cierto modo, por la sabiduría y termina en el temor. Nosotros, en cambio, en nuestra ascensión comenzamos por el temor y alcanzamos la perfección con la sabiduría» (*Sermón* 248, 4, en Hipona, en la semana de Pascua).

Esta idea la repite el santo Doctor en varios Sermones.

«Por eso Isaías, para ejercitarnos en ciertos grados de doctrina, descendió desde la sabiduría hasta el temor, es decir, desde el lugar de la paz eterna hasta el valle del llanto temporal, para que, doliéndonos en la confesión de la penitencia, gimiendo y llorando, no permanezcamos en el dolor, el gemido y el llanto, sino que, ascendiendo desde este valle al monte espiritual, sobre el que está fundada la ciudad santa, Jerusalén, nuestra Madre, disfrutemos de la alegría inalterable… Así, pues, vayamos a la sabiduría desde el temor, dado que el principio de la sabiduría es el temor de Dios (*cf.* Sal 110,10), vayamos desde el valle del llanto hasta el monte de la paz» (*Sermón* 347).

–El ***Salmo 71*** expresa hoy en la liturgia que el Rey que esperamos hará justicia a los pobres y librará al que no tiene protector. Así, pedimos anhelantes que venga ya

ese reino y que se extienda por toda la tierra:

«Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente. Regirá a su pueblo con justicia y a los humildes con rectitud. En sus días florecerá la justicia y la paz, dominará de mar a mar; del gran río al confín de la tierra… Librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector, se apiadará del pobre y del indigente y salvará la vida de los pobres».

La liturgia exclama: «Perdona los pecado de tu pueblo y danos la salvación». Este ardiente anhelo de la venida del Señor nos obliga a desechar de nosotros todo lo que pueda desagradarle a Él cuando llegue, todo lo que se oponga a su Espíritu, que es amor a la pequeñez, a la humillación, a la pobreza, al sacrificio, a la cruz.

–***Lucas 10,21-24***: *Jesús se llena de alegría bajo la acción del Espíritu Santo*. La misericordia del Señor le ha elegido para acercarse con él a los pequeños, a los pobres. Los caminos de los hombres no son los caminos de Dios. El único camino para encontrarnos con Dios es la humildad, el reconocimiento de la gran verdad de nuestra indigencia: «Ha escondidos estas cosas a los sabios y a los entendidos y las ha revelado a la gente sencilla». Comenta San Agustín:

«A los ridículos sabios y prudentes, a los arrogantes, en apariencia grandes y en realidad hinchados, opuso no los insipientes, no los imprudentes, sino los pequeños… ¡Oh, caminos del Señor! O no existía o estaba oculto para que se nos revelase a nosotros. ¿Y por qué exultaba el Señor? Porque el camino fue revelado a los pequeños. Debemos ser pequeños; pues si pretendemos ser grandes, como sabios y prudentes, no se nos revelará el camino» (*Sermón* 252; *cf.* 229, 248-250).

En el Adviento se nos repite muchas veces que preparemos el camino del Señor… Toda montaña y todo altozano serán allanados... Las sendas montañosas serán convertidas en ruta plana. Y toda carne contemplará la salvación de Dios (*Cf.* Lc 3,4*ss*).

Miércoles

La Iglesia en su liturgia pone en nuestros labios esta exclamación: «Ven, Señor, no tardes. Ilumina lo que esconden las tinieblas y manifiéstate a todos los pueblos» (Hab 2,3; 1 Cor 4,5). La oración *colecta* (Gelasiano) pide al Señor que El mismo prepare nuestros corazones, para que cuando llegue Jesucristo, su Hijo, nos encuentre dignos del festín eterno, y merezcamos recibir de sus manos, como alimento celeste, la recompensa de la gloria.

–***Isaías 25,6-10***. *El Señor dispondrá un festín para todos los pueblos.* Es lo que anuncia el profeta Isaías: Dios, vencidos los enemigos, dispone un banquete abundante, regio, e invita a todos los hombres. A los invitados les hace el regalo de su presencia personal, quitando el velo que les impide contemplarlo: «es un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera, manjares enjundiosos, vinos generosos». La imagen que nos presenta el profeta es un pálido reflejo de lo que realmente preparó Jesucristo con la Eucaristía, que nos dispone al banquete de la gloria eterna.

«El Señor mostró su benignidad y nuestra tierra ha producido su fruto». Consoladora promesa para los que se preparan a la solemnidad de Navidad. En la comunión eucarística nos da Dios Padre su benignidad: una gran festín de manjar exquisito, Jesucristo, el Salvador, su muy amado Hijo. Jesucristo se hace nuestro alimento y nos da su carne y su sangre, su espíritu y su vida. Con la fuerza de la sagrada comunión, la tierra de nuestra alma produce sus frutos: la virtud, la santidad, la unión con Dios.

La Iglesia nos llama a esta inestimable fuente de santificación, que es el banquete eucarístico. El llanto y el dolor desaparecen. El pan que Jesús reparte a la multitud anticipa el banquete en que Él se entrega a Sí mismo en comida a los invitados.

–***Salmo 22***: Ante la manifestación de la ternura de Dios que nos prepara un lugar en el banquete eucarístico y escatológico de su Hijo bien amado, la liturgia de hoy reza con el salmista: «Habitaré en la casa del Señor por años sin término». El Señor es nuestro Pastor. Con él nada nos falta. Nos hace recostar en verdes praderas, nos conduce hacia fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas. Nos guía por senderos justos. El camina con nosotros y con él nada tememos. Su vara y su cayado nos sosiegan. Prepara una mesa ante nosotros enfrente de nuestros enemigos, nos unge la cabeza con perfume y nuestra copa rebosa. Su bondad y su misericordia nos acompañan todos nuestros días.

–***Mateo 15,29-37***: *Jesús cura a muchos enfermos y multiplica los panes.* Jesucristo tiene predilección por los pobres, por los oprimidos, por los enfermos. Nos lo dice el Evangelio de hoy. También nosotros nos encontramos entre ellos: nos hemos hecho cojos por el apego a las criaturas, lisiados por el amor propio, ciegos por el orgullo, mudos por la soberbia y hemos contraído otras enfermedades espirituales. Hemos de pensar que solo Él es quien sana y que los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía han sido instituidos para esto.

Miremos a Jesús, cómo se compadece de la multitud que le sigue sin acordarse del sustento necesario. Y cómo realiza el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, que es símbolo de la Eucaristía, como lo ha entendido toda la tradición de la Iglesia.

En la Santa Misa hemos de integrarnos, con todo lo que somos y tenemos, en las necesidades de nuestros hermanos. Hemos de ayudarlos. La ofrenda de nuestras acciones, de nuestros sufrimientos, de nuestras alegrías, de nuestro trabajo, durante la celebración eucarística vienen a ser parte integrante del sacrificio, unidos nosotros a Cristo, teniendo sus mismos sentimientos. Hemos de participar en la Santa Misa con mente y corazón, con plena disponibilidad, para identificar siempre nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

Jueves

«Tú, Señor, estás cerca y todos tus mandatos son estables. Hace tiempo comprendí tus preceptos, porque Tú existes desde siempre» (Sal 118,151-152). En la oración *colecta* (Gelasiano), pedimos al Señor que despierte nuestros corazones y que los mueva a preparar los caminos de su Hijo; que su amor y su perdón apresuren la salvación que retardan nuestros pecados. Ansiamos la venida del Señor, pero nos vemos faltos de fuerza y de mérito. Solo en el Señor tenemos puesta nuestra confianza. *Comunión*: Para ello llevemos ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios (Tit 2,12-13).

–***Isaías 26,1-6***: *«Que entre el pueblo justo, el que es fiel».* El pueblo canta la victoria de Yahvé, que ha hecho inexpugnable a su ciudad, a la Iglesia. En ella habita el pueblo justo, pacífico y fiel. Su fuerza y su poder es el mismo Dios, la Roca fuerte. Pero no podemos olvidar que la condición humana se ha hecho por el pecado inestable y precaria, y que el enemigo no deja de oprimirnos con sus insidias.

Mientras estamos, pues, en este mundo la lucha ha de ser constante. Por todas partes nos atacan para derribarnos: la tentación del bienestar, la manipulación de las opiniones mediante los medios de comunicación social, las ideologías masi-ficadoras, el consumismo, el progreso téc-nico, en sí positivo y liberador… Todo esto llega a engendrar inseguridad, a hacer difícil experimentar un centro que uni-fique nuestra vida.

La respuesta bíblica es categórica. Solo Dios puede construir la ciudad, solo él puede ser el alcázar seguro, la Roca inexpugnable que vence todo lo que puede intentar destruirnos. Hemos de tener una fe viva, que ve y siente a Dios en todas las cosas y acontecimientos, que está plenamente convencida de su presencia, de su acción, de su santa voluntad, de su provi-dencia, de su imperio, de su gobierno en el mundo. Hemos de abandonarnos totalmente en las manos de Dios, en la providencia divina. Hemos de tener un amor intenso, constante, dispuesto a todos los sacrificios, humillaciones, dolores y re-nunciamientos. Querer lo que Dios quiere y permite. Todo es para nuestro bien.

–***Salmo 117***: El Señor es ayuda de los débiles, quienes, fortalecidos con la ayuda de Dios, poseerán la ciudad fuerte de que trata la lectura anterior. Como el Rey vencedor, que leemos en este salmo, demos gracias al Señor por su protección constante, y confesemos que solo en él encontramos la salvación. Solo es bendito y llega a feliz término el que no confía en sus propias fuerzas, sino en el nombre del Señor, pues «mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres, mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes… Señor, danos la salvación, Señor, danos prosperidad. El Señor es Dios: Él nos ilumina». Así lo esperamos en vísperas de la solemnidad del Nacimiento del Señor.

–***Mateo 7,21.24-27***: *El verdadero discípulo cumple la voluntad de Dios*. El discípulo fiel del Señor escucha la palabra y la pone en práctica. Cristo nos guía para que realicemos la voluntad del Padre. No nos basta con decir: Señor, Señor, si no cumplimos la voluntad de Dios. Comenta San Agustín:

«Hermanos míos: Venís con entusiasmo a escuchar la palabra: no os engañéis a vosotros mismos, fallando a la hora de cumplir lo que escuchasteis. Pensad que si es hermoso escucharla, ¡cuánto más lo será llevarla a la práctica! Si no la escuchas, si no pones interés en escucharla, nada edificas. Pero, si la escuchas y no la llevas a la práctica, edificas una ruina […] Quien la escucha y no la pone en práctica, edifica sobre arena; y edifica sobre la roca quien la escucha y la pone en práctica. Y quien ni siquiera la escucha, no edifica ni sobre la roca ni sobre la arena […] Si no edificas te quedarás sin techo donde cobijarte… Por tanto, si malo es para ti edificar sobre arena, malo es también no edificar nada; solo queda como bueno edificar sobre la roca» (*Sermón* 79, 8-9, en Cartago, antes del 409).

El Dios-Fortaleza, llega a ser Dios-Roca, fundamento sobre el que nos toca a nosotros construir. La vida contemplativa y la vida activa son necesarias para todos y cada uno. Sin el fundamento –vida interior, alimentada por la Palabra de Dios– no se puede construir, lo mismo que una vida de piedad, sin la práctica efectiva de las virtudes, es estéril. Sin Dios, sin Cristo, nada podemos hacer. Cristo viene a enseñarnos a construir el edificio de nuestra santidad. Escuchémoslo en las celebraciones litúrgicas.

Viernes

El canto de entrada teje un ramillete con las imágenes más bellas para anunciar la visita del Señor: «El Señor viene con esplendor para visitar a su pueblo con la paz y comunicarle la vida eterna». En la oración *colecta* (Gregoriano), pedimos al Señor que despierte su poder y que venga; que su brazo liberador nos salve de los peligros que nos amenazan a causa de nuestros pecados. Esta misma convicción la expresamos cantando en la *comunión*: «Aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa» (Flp 3,20-21).

–***Isaías 29,17-24***: *Oráculo sobre la salvación escatológica*. Yahvé esta a punto de

intervenir para salvar de manera definitiva a los hombres. Los pobres, los oprimidos, los inocentes experimentarán el gozo de la liberación, la alegría de su cercanía a Dios. Hemos confiado en el Señor y Él no nos defrauda. Por eso proclamamos que Él es Santo. Las obras de Dios y el testimonio de su pueblo son una prueba de su inmensa bondad. Todos pueden comprobarlo.

Nuestra fe en la venida del Señor debe traducirse en una acción sin reservas para acelerar su día, trabajando con confianza para mejorar el ambiente en que vivimos. Tomemos nota de la situación de minoría en que se encuentran los verdaderos cristianos, incluso en países tradicionalmente cristianos: engaños, inmoralidades, corrupción, calumnias etc., y Jacob (el verdadero pueblo cristiano) tiene que sufrir. Practiquemos con el ejemplo la justicia; opongamos a la relajación cada vez más grave de las costumbres el testimonio de una conducta personal y familiar irre-prensible. El cerco cerrado del egoísmo y del desinterés ha de ser contrapuesto con la espiral incomparable de la generosidad que nos lleva a ayudar a todos.

¡Cuántos hombres viven hoy alejados por completo de la Iglesia de Cristo, y alejados de Dios! Compadezcámonos de la miseria espiritual de todos y cada uno de ellos. Pidamos apasionadamente por ellos y esperemos que llegue su hora de perdón, de redención, de salvación. Clamemos con la liturgia de este tiempo: «Señor, ten compasión de nosotros y danos tu salvación». «¡Muestra, Señor tu poder y ven a salvarnos! ¡Líbranos de nuestros pecados, de nuestro olvido de Dios! ¡Ven, Señor, y no tardes!».

–Con el ***Salmo 26***, en consonancia con el tema de la esperanza propia del Adviento, cantamos al Señor suplicándole que Él sea «nuestra luz y nuestra salvación». La vida cristiana es vida de esperanza. Ante las repetidas promesas de Dios que nos anuncian la salvación, este salmo es la respuesta óptima a Dios que nos salva: «Una cosa pido al Señor por los días de mi vida. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida».

Navidad nos ofrece el remedio a nuestra sed de riquezas y placeres, de nuestra avidez de honores y dignidades, de nuestro afán de dominio y de prestigio. Nos ofrece el remedio a nuestra concupiscencia sin límites, de nuestro amor propio… El Señor, por el contrario, desciende hasta nosotros en la humildad de nuestra naturaleza. Viene a revelarnos la verdad. Viene a darnos la única vida verdaderamente profunda, dichosa y perfecta: la vida divina.

–***Mateo 9,27-31***: *Jesús prueba y purifica la fe*. El Señor evita la publicidad del milagro para que no se falsifique la finalidad de su venida. Los dos ciegos dan prueba de una auténtica fe: confían en el poder que Jesús tiene para curarlos. También ahora Jesús nos ofrece por la liturgia de la Iglesia su poder salvador. Pero hemos de reconocer antes nuestra propia miseria. Los ciegos invocan al Señor. Le piden su curación.

Reconozcamos, pues, nuestra ceguera. Tenemos necesidad de ser iluminados con la luz de Cristo. Él lo dijo: «Yo soy la Luz del mundo» (Jn 8,12). Cristo es la luz del mundo: por la fe santa que Él inspira en las almas; por el ejemplo que nos da con su vida santísima, en el pesebre, en Naza-ret, en la Cruz, en su Resurrección, en la Eucaristía, en el Sagrario, por la luminosa túnica de gracia con que envuelve a nuestras almas; por la santa Iglesia que brilla con luz refulgente por sus dogmas, por sus sacramentos, por toda su liturgia y predicación. A la luz de este Sol sin oca-so, todo aparece claro, transparente. Gracias a su Luz, adquirimos un conocimiento exacto, infalible, de nuestro origen y de nuestro destino, de nuestro Dios y de toda nuestra vida.

Digamos, pues, como los dos ciegos: «¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!»

Sábado

En el canto de *entrada* decimos anhelantes: «Despierta tu poder, Señor, Tú que te sientas sobre querubines, y ven a salvarnos» (Sal 79,4.2). Y en la *comunión* se nos asegura que viene en seguida y que trae consigo su salario, para pagar a cada uno, según su propio trabajo (Ap 22,12). Pedimos, pues, al Señor que, ya que para librar al hombre de la antigua esclavitud envió a su Hijo a este mundo, nos conceda a los que esperamos con devoción su venida la gracia de su perdón y el premio de la libertad verdadera (*colecta*, Rótulus de Rávena, siglo V).

–***Isaías 30,18-21.23-26***: *Apenas el Señor te oiga, te responderá*. El profeta anuncia la misericordia de Dios, que proporcionará a su pueblo consuelo y gozo. Dios tiene paciencia con el pecador, en espera de su conversión. Está siempre atento a intervenir apenas gima en su búsqueda. Hasta cuando aparece lejano y silencioso, dejando al pueblo en la prueba, está siempre presente para indicar el camino justo. Y cuando el pueblo lo sigue, Yahvé lo colma de bendiciones, cura sus heridas.

Todo esto se realiza principalmente en Cristo, a cuya venida en la Noche de Navidad nos preparamos. La certeza de la consolación final no está separada del dolor que habitualmente nos acompaña. El «pan de la aflicción» y «el agua de la tribulación» son el alimento diario del hombre. Nos resulta difícil aceptar de la misma mano el sufrimiento y la alegría, pero no podemos olvidar que todo se nos da para nuestro bien (Rom 8,28). El Señor es el gran Maestro que no se cansa de indicarnos el camino, a pesar de que nosotros nos inclinemos a perderlo por nuestra malicia.

Hemos de levantar la mirada para leer los acontecimientos; entonces, seremos dóciles a las enseñanzas divinas y caminaremos por la única dirección por la que encontraremos al Señor, «que curará nuestras heridas». ¡Cuántos están todavía en las tinieblas del error, incluso los que se llaman cristianos, pero no viven como tales! Desechemos las obras de las tinieblas, de la vida pagana, infiel, y empuñemos las armas de la luz. Caminemos a la luz de Cristo. Él cura todas nuestras enfermedades.

–El ***Salmo 146*** fue cantado al Señor por Israel, al salir del destierro: «El Señor sostiene a los humildes». También nosotros lo hacemos ahora, pues se acerca nuestra liberación: «Dichosos los que esperan en el Señor. Alabad al Señor que Él merece todo nuestro canto y nuestra acción de gracias. Él sana los corazones destrozados, venda nuestras heridas», como el Buen Samaritano. «Nuestro Dios es grande y poderoso, conoce el número de las estrellas y a todas las llama por su nombre. Su sabiduría no tiene medida… Dichosos los que esperan en el Señor».

Para vivir esto debemos morir a nosotros mismos, con nuestros gustos, nuestros intereses particulares, nuestros deseos pecaminosos, nuestras malas inclinaciones. Debemos resucitar a una vida nueva conforme al espíritu de Cristo. «Revestíos del Señor Jesús», nos dice el Apóstol. Saturados de ese espíritu, animados por Él, respirando su mismo aliento, ya no ambicionemos más que a Dios, ya no deseemos más que cumplir su voluntad. Él nos basta. ¡Solo Dios!

–***Mateo 9,35–10,1.6-8***: *Jesús se compadece de la muchedumbre*. Y la misión de Jesús se prolonga por medio de sus discípulos. Es para Cristo y para ellos la hora de la compasión con los hermanos, los hombres y mujeres de todos los tiempos. ¡Cuántos marchan por la vida como ovejas sin

pastor! Necesitan de nuestra ayuda. Todo cristiano ha de ser necesariamente misionero, aunque en esto existan grados y modos diversos. Todos estamos obligados a difundir el mensaje de salvación, con nuestras oraciones y sacrificios, con nuestra palabra y con nuestro ejemplo.

Con gran corazón, con inmenso amor hagámonos solidarios de todos los males y sufrimientos de los hombres que nos rodean y de los que viven a mucha distancia de nosotros. Todos son hermanos nuestros y a todos debe llegar nuestra ayuda. «A Ti levanto mi alma». Tal es el clamor que debe brotar de nuestro corazón en este tiempo de Adviento al contemplar tanta miseria moral en nosotros y en todos los hombres. Ningún poder humano puede darnos la redención verdadera, la liberación que en realidad necesitamos todos los hombres. Únicamente Jesucristo, el Hijo de Dios humanado, nos puede salvar. San Buenaventura lo afirma orando:

«Clama, alma devota, cercada de tantas miserias, clama a Jesús y dile: "¡Oh Jesús, Salvador del mundo, sálvanos, ayúdanos, oh Señor Dios Nuestro!, esforzando a los débiles, consolando a los afligidos, socorriendo a los frágiles, consolidando a los vacilantes"... ¡Alégrate, viendo que Jesús ahuyenta los demonios en la remisión del pecado, alumbra a los ciegos infundiendo el verdadero conocimiento, resucita a los muertos al conferir la gracia, cura los enfermos, sana los cojos, endereza a los paralíticos y contraídos, robusteciendo su espíritu, a fin de que sean fuertes y varoniles por la gracia los que antes eran flacos y cobardes por la culpa» (*Las cinco festividades del Nacimiento de Jesús*, fest. III, 3)

2ª Semana de Adviento

Domingo

Entrada: Con gran gozo iniciamos esta celebración cantando, «Pueblo de Sión; mira al Señor que viene a salvar a los pueblos. El Señor hará oír su voz gloriosa en la alegría de vuestro corazón» (Is 30, 19.30).

En la oración *colecta* (Gelasiano) invocamos al Señor y le pedimos a él que es todopoderoso y rico en misericordia que, cuando salimos animosos al encuentro de su Hijo, no permita que lo impidan los afanes del mundo, y que nos guíe hasta Él con sabiduría divina, para que podamos participar plenamente del esplendor de su gloria.

En seguida (*ofertorio*, Gregoriano), pedimos que los ruegos y ofrendas de nuestra pobreza conmuevan al Señor y, al vernos desvalidos y sin méritos propios, acuda compasivo en nuestra ayuda. En la *comunión* cantamos: «Levántate, Jerusalén; ponte sobre la cumbre y mira la alegría que te va a traer tu Dios» (Bar 5, 5; 4, 36). Y pedimos después al Señor (*postco-munión*, Gregoriano) que, alimentados con la Eucaristía por la comunión de su sacramento, nos dé sabiduría para sopesar los bienes de la tierra amando intensamente los del cielo.

Ciclo A

El Adviento es tiempo fuerte de revisión de vida y conducta, al menos en la medida en que nuestro vivir cotidiano se encuentre tarado por el rechazo del influjo regenerante y santificador de Jesucristo. Como trasfondo litúrgico, la Historia de la Salvación nos actualiza en la expectación mesiánica provocada y alentada por los profetas y encauzada por el Bautista, para llevar al pueblo de Dios a un encuentro responsable con Cristo.

–***Isaías 11,1-10***: *Con equidad dará sentencia al pobre*. Los vaticinios mesiánicos del profeta Isaías proclaman las dos líneas características de la semblanza del Emmanuel: su ascendencia davídica según la carne y su condición salvadora de Mesías. Su identidad humana con nosotros y su capacidad divina para transformar nuestras vidas. Toda la historia del pueblo elegido es un tiempo de espera en el cumplimiento de las promesas divinas. Los profetas hicieron todo lo posible para conducir a Israel al verdadero camino de la salvación.

La lectura nos muestra hoy nuestras propias responsabilidades. Cristo ha venido históricamente una vez para siempre, pero hemos de esperar para que llegue a nosotros y a todo el mundo el Reino de Dios. El creyente tiene, o ha de tener, un empeño categórico: hacer venir a Cristo más perfectamente a sí y al mundo, con una presencia más dinámica, dada por el Espíritu Santo en el Bautismo. Hemos de dejarnos guiar por Él para realizar, con el rey mesiánico, el plan de salvación en cada uno de nosotros y en los demás.

–Con el ***Salmo 71*** cantamos: «Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente. Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes, para que rija a tu

pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector. Él se apiadará del pobre y del indigente y salvará la vida de los pobres». Todos somos pobres ante el Señor.

–***Romanos 15,4-9***: *Cristo salvó a todos los hombres*. En los designios divinos Cristo, del que todos los hombres necesitan para ser salvados, es el gran Recon-ciliador. San Pablo llama al amor la «ley de Cristo» (Gál 6,2) o «la plenitud de la ley» (Rm 13,10; Gál 5,14). La importancia del amor cristiano es tal que no puede absolutamente ser llamado una virtud; sería como vaciar de su sentido verdadero al amor de Dios mismo o de su Hijo hacia nosotros.

Para San Pablo, el ejemplo de Cristo, que para salvarnos se hace obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2, 8), ha de ser estímulo y acicate para que nosotros hagamos lo mismo por la salvación de los hermanos. El Adviento, tiempo de espera, debe incitar a todos los cristianos a una profunda reflexión sobre nuestra responsabilidad en la salvación de los hombres alejados de Dios.

–***Mateo 3,1-12***: *Haced penitencia, porque se acerca el Reino de los cielos*. A una presencia de Cristo más intensa en nosotros solo es posible llegar por una renovación radical de nuestro ser interior y de nuestra conducta exterior. Comenta San Agustín:

> «Reciba, pues, cada uno con prudencia las amonestaciones del preceptor, para no desaprovechar el tiempo de la misericordia del Salvador que se otorga en esta época de perdón para el género humano. Al hombre se le perdona para que se convierta y no haya nadie a quien condenar. Dios verá cuándo ha de llegar el fin del mundo; ahora, por de pronto, es el tiempo de la fe» (*Sermón* 109, 1).

La conversión supone que nos hemos desviado. Hemos de cambiar de actitud, de mentalidad. Testigos de la necesidad que todo hombre tiene de Cristo, nuestra conducta ha de ser tal que vaya abriendo los corazones al misterio de Cristo Salvador.

Ciclo B

Para la sagrada Liturgia, *Sión* representa a *Jerusalén*, a la nueva Jerusalén de la Iglesia, a la Jerusalén de la eterna claridad en el cielo. Significa también el reinado de Dios en las almas cristianas. «Preparad el camino del Señor», allanad, reparad las calles, tenedlo todo a punto para el gran momento en el que el Rey divino, Cristo, el Señor, quiera entrar en la ciudad, en las almas. Durante el Adviento debemos vivir más conscientes, profunda y fielmente unidos a la comunidad de la Iglesia. Debemos ser una sola alma. Debemos tener todos un solo corazón, una sola fe, una sola esperanza, un solo amor, una sola oración, un solo sacrificio.

–***Isaías 40,1-5.9-11***: *Preparadle un camino al Señor*. En su designio de salvación Dios pone todo su amor; llega hasta enviarnos a su propio Hijo, el Salvador. Pero la voluntad personal y colectiva de los hombres habrá de poner toda la sinceridad de su conversión, que los haga disponibles para Cristo.

Israel es un pueblo en camino. Esto aparece en toda la Sagrada Escritura, sobre todo en la primera lectura de hoy, de un modo claro y preciso: de un estado de esclavitud hay que pasar a otro de liberación y de paz. La Iglesia vive ese mismo misterio, como nos lo ha recordado el Concilio Vaticano II. Es heredera de las prerrogativas de Israel. Pueblo en camino, Israel estaba dirigido hacia el cumplimiento de una esperanza salvífica. Pueblo en camino, la Iglesia está dirigida hacia el cumplimiento de una comunión total con Cristo; y por eso

vive una espiritualidad de esperanza, esto es, de íntima unión con Dios en Cristo, que vive en su Iglesia. De ahí la impronta escatológica: la aspiración continua a la plenitud de la Jerusalén celeste.

–***Salmo 84***: Esperamos a Cristo y el cumplimiento de su acción salvífica en nosotros. «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Voy a escuchar lo que dice el Señor: Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La salvación está ya cerca de sus fieles y la gloria habitará en nuestra tierra… La justicia marchará ante Él, la salvación seguirá sus pasos».

–***1 Pedro 3,8-14***: *Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva*. El tiempo significa solo una amorosa espera por parte de Dios, que quiere que todos los hombres lleguen a estar en actitud de salvación cuando el Señor venga. El vocabu-lario usado es típicamente escatológico-apocalíptico. El sentido de las palabras y de las imágenes en las que predomina el fuego, parece ser éste: la acción definitiva de Dios, su vuelta escatológica, exige una purificación interior que, al mismo tiempo, destruye lo que está mal y exalta el bien de la salvación.

Hay que «saber esperar», como diría el Beato Rafael Arnaiz. Tenemos que colaborar con la gracia de Dios. El Señor viene a la Sión del Nuevo Testamento, al reino divino de la Santa Iglesia, al cual somos llamados también nosotros. Aquí, en la Santa Iglesia: lo encuentro, lo veo, lo oigo, lo toco. Aquí me da él la salvación, el perdón de mis pecados, la gracia, la vida. Cristo –su salvación y redención– se ha dado a los hombres en su Santa Iglesia. Cuanto más nos identifiquemos con la comunidad de fe, de oración, de sacrificio, de dolor, de apostolado, que es la Iglesia, más hondamente participaremos de la redención y salvación divinas.

–***Marcos 1,1-8***: *Preparadle el camino al Señor*. Juan fue el heraldo de Cristo. Toda su vida fue un grito de alerta contra nuestra inconsciencia y nuestra irresponsabilidad. ¡Preparad los caminos del Señor… reformad vuestras vidas! ¡Abrid vuestro corazón al Corazón sacratísimo del Redentor!

La Iglesia, llamándonos así en la liturgia, prolonga la predicación del Bautista, y como dice San Gregorio Magno, prepara los caminos al Señor que viene:

«Todo el que predica la fe recta y las buenas obras ¿qué hace, sino preparar el camino del Señor para que venga al corazón de los oyentes, penetrándolos con la fuerza de la gracia, ilustrándolos con la luz de la verdad, para que, enderezadas así las sendas que han de conducir a Dios, se engendren en el alma santos pensamientos?» (*Homilía 20 sobre el Evangelio*).

El concilio Vaticano II fue en su día, y sigue siendo, para toda la Iglesia una renovada tensión de Adviento, una auténtica renovación profunda por la conver-sión evangélica: «La Iglesia, que encierra en su seno pecadores, siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación» (*Lumen Gentium* 8).

Pero anterior a la renovación de las estructuras es la renovación de las personas: esa profunda conversión integral en la interioridad del hombre sin Cristo, que le abre a la verdadera cristificación, a la intimidad transformante con Cristo. Asó lo enseñó explícitamente Pablo VI en su encíclica *Ecclesiam suam* (6-VIII-1964):

«La reforma no puede afectar ni a la concepción esencial ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia… No podemos acusar de infidelidad a nuestra querida y santa Iglesia de Dios… No nos fascine el deseo de renovar la estructura de la Iglesia por vía carismática…, introduciendo arbitrarios ensueños de artificiosas renovaciones en el esquema constitutivo de la Iglesia… Es necesario evitar otro peligro, que el deseo de reforma

podría engendrar… en quienes piensan que la reforma de la Iglesia debe consistir principalmente en la adaptación de sus sentimientos y de sus maneras de proceder a los mundanos» (41-43).

Ser heraldos de Cristo para quienes no lo conocen ni lo aman. ¡Ése es nuestro ineludible deber de Adviento!

Ciclo C

La liturgia de este Domingo nos recuerda que nuestra meta es siempre Cristo, la gran promesa de la salvación hecha por el Padre para todos los hombres de todos los tiempos. Y que el camino que nos con-duce hasta Cristo es también de iniciativa divina. Los grandes profetas de Dios no han tenido otra misión en la Historia de la Salvación que preparar ese camino bajo la luz esplendorosa de la Revelación, es decir, abriendo las conciencias a la Palabra de Dios, renovadora de los corazones para el misterio de Cristo.

–***Bar 5,1-9***: *Dios mostrará su esplendor sobre Jerusalén*. El profeta Baruc anunció la salvación mesiánica como un retorno gozoso a la patria por los caminos de la justicia y de la piedad, de la humilde esperanza y de la rectitud del corazón, preparados por el mismo Señor que nos redime.

Ha pasado la hora del duelo y de la tristeza, y por ello Jerusalén debe adornarse con sus mejores ornamentos de gloria. Es la hora de la glorificación de sus hijos, de su retorno triunfal. Jerusalén va a ser en adelante como una reina majestuosa, aureolada por la gloria de Dios… Es una idealización de los tiempos mesiánicos. La justicia es la característica de la nueva teocracia mesiánica; por eso el Mesías se ceñirá con el cinturón de la justicia. Y esa justicia de los tiempos mesiánicos es fruto del conocimiento de Dios que suscribirá una nueva alianza escrita en los corazones.

El reino del Mesías es ante todo de un orden espiritual. «Desde Sión reverbera el esplendor de su belleza»: el Señor hace su entrada en el divino reino de su Iglesia. Aquí vuelve de nuevo a vivir su vida. La vida de la Iglesia es la vida de Cristo. El que quiera participar de la vida de Cristo tiene que asimilar por los sacramentos la vida de la Iglesia. Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que nosotros vivamos por Él (Jn 4,9). «En Él, en el Hijo de Dios, estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1, 4). Él vino y nos dio también a nosotros, los gentiles, «la potestad de ser hijos de Dios» ¡Una nueva vida, una vida divina! Los profetas, al prever los tiempos mesiánicos, se quedaron muy cortos. La realidad es mucho mayor que lo que ellos previeron y anunciaron con imágenes sublimes.

–El ***Salmo 125*** canta el gozo de esta salvación tan admirable: «El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres».

–***Filipenses 1,4-6.8-11***: *Manteneos limpios e irreprochables para el día de Cristo*. El ideal de la perfección cristiana y de la caridad creciente son las garantías evangélicas que nos pueden llevar santos e irreprochables hasta el Día del Señor. ¡Hasta el encuentro definitivo con el Corazón del Redentor! En el contexto del Adviento hemos de subrayar en esta lectura la idea del crecimiento, del desarrollo de la vida cristiana. Hemos de advertir como un deber imperioso e improrrogable que es necesario desarrollar la propia vida cristiana hacia formas más concretas y encarnando testimonios de los valores que ella encierra. No podemos contentarnos con una actitud de mera observancia de prácticas y preceptos. El cristiano no es solo un observante, sino también y principalmente un testigo de la vida de Cristo en toda su plenitud desde la Encarnación hasta su Ascensión a los cielos. Este tiempo litúrgico nos ofrece la ocasión de una revisión del modo cómo

somos testimonio cristiano en medio del mundo.

–***Lucas 3,1-6***: *Todos verán la salvación de Dios*. Ni el pesimismo enervante, ni la temeraria autosuficiencia, ni las conductas tortuosas son senderos que nos llevan a Cristo. Solo la renovación interior puede abrir nuestras vidas al mensaje del Evangelio y al Amor santificador de Cristo. Si el Adviento ha introducido en la historia humana la Época última y se identifica con ella, ha de ser por esto una actitud constante de la vida cristiana. El creyente ha de sentirse siempre en estado permanente de conversión. Oigamos a San León Magno:

«Demos gracias a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo, que, por la inmensa misericordia con que nos amó, se compadeció de nosotros y, estando muertos por el pecado, nos resucitó a la vida de Cristo (Ef 2,5) para que fuésemos en Él una nueva criatura, una nueva obra de sus manos. Por tanto, dejemos al hombre viejo con sus acciones (Col 3,9) y renunciemos a las obras de la carne nosotros que hemos sido admitidos a participar del nacimiento de Cristo. Reconoce ¡oh cristiano! tu dignidad, pues participas de la naturaleza divina (2 Pe 1,4) y no vuelvas a la antigua vileza con una vida depravada. Ten presente que, arrancado al poder de las tinieblas (Col 1,13) se te ha trasladado al reino y claridad de Dios. Por el sacramento del bautismo te convertiste en templo del Espíritu Santo. No ahuyentes a tan escogido huésped con acciones pecaminosas» (*Homilía 1ª sobre la Natividad del Seño*r 3).

Para poder crecer en la caridad y desarrollar el discernimiento (1ª lect.), para saber leer en los acontecimientos de la historia (1ª y 3ª lect.) la presencia salvífica de Dios, es menester que el creyente se abra continuamente a Dios y a la historia.

De ahí la actualidad de la predicación del Bautista como programa de apertura penitencial a Cristo y a la gracia del Evangelio en cuantos buscan sinceramente los designios divinos de la salvación cristo-céntrica. Es nuestra vida íntegra la que habrá de llevar a los demás hombres la autenticidad de nuestra fe y de nuestra comunión con Cristo, el Señor, más allá del altar y del templo. Hemos de ir por la vida abriendo a los hombres senderos para Cristo.

Lunes

En la *entrada* decimos jubilosos con los profetas: «escuchad, pueblos, la palabra del Señor; anunciadla en las islas remotas: mirad a nuestro Salvador que viene; no temáis» (Jer 31,10; Is 33,4). En la oración *colecta* (Rótulus de Rávena), pedimos al Señor que suban a su presencia nuestras plegarias y que colme en sus siervos los deseos de llegar a conocer en plenitud el misterio admirable de la Encarnación de su Hijo. En la *comunión* pedimos al Señor que venga, que nos visite con su paz, para que nos alegremos en su presencia de todo corazón (Sal 103,4-5).

–***Isaías 35,1-10***: *Dios viene en persona y os salvará*. El profeta manifiesta el gozo por la restauración de Judá, signo y realización histórica de la salvación. Es obra personal de Yavé. En ella revela su poder, sus caminos, su misericordia. Cristo, perdonando el pecado y curando a los enfermos se nos presenta como el auténtico Salvador y Redentor. La salvación del hombre consiste en su transformación. Pero el hombre es incapaz de transformarse por sí solo. Intenta, obtiene algo, aspira a ello con sinceridad y con sufrimiento: pero la desproporción del hombre frente a la propia salvación es radical.

Solo Dios puede salvar, transformar. Dios solo es invocado y esperado. Cuando «viene» todo cambia en el hombre. Nace un hombre «nuevo» y muere lo que era «viejo». Lo importante es que el hombre invoque y espere en Dios, haciendose disponible a su palabra y a su gracia con ánimo, sin temor. Lo que el profeta Isaías dice recu-

rriendo a imágenes tan brillantes es precisamente esto: Allá donde llega Dios, cambia la realidad: la vida en lugar de la muerte, el bien en lugar del mal, la alegría en lugar del llanto. Un amor práctico y desinteresado: he ahí el signo del Reino de Dios en medio de los hombres.

En Cristo ha aparecido verdaderamente el reino de Dios sobre la tierra. Él es la misma personificación del amor que salva y ayuda, que se entrega a los pobres, que se humilla hasta los enfermos y los cura, que no retrocede hasta los mismos leprosos y que domina a la muerte. Así viene Él constantemente a nosotros. Él es a quien esperamos, a quien necesitamos. Él nos basta. Él solo. En Él todo lo tenemos: el Camino, la Verdad y la Vida.

–***Salmo 84***: «Dios nos anuncia la paz y la salvación, que están ya cerca». Este mensaje lo escucharon los deportados de Babilonia, que ya habían expiado en el sufrimiento su infidelidad. Dios lo repite en cuantos se convierten a Él de corazón. Por eso seguimos cantando nosotros ese Salmo: Nuestro Dios viene y nos salvará. «Voy a escuchar lo que dice el Señor: Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La salvación está ya cerca de sus fieles y la gloria habitará en nuestra tierra. La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante Él, la salvación seguirá sus pasos».

–***Lucas 5,17-26***: *Hoy hemos visto cosas admirables.* El hecho de la curación del paralítico en Cafarnaún se emplea normalmente en un sentido apologético. Es un texto clásico para mostrar la realidad mesiánica de Cristo; su misma divinidad; la conciencia que tenía de ella. La argumentación de Cristo es clara y eficaz.

Pero además del argumento apologético se descubre también el significado salvífico. En Cristo Dios pone su poder a disposición de la incapacidad del hombre. Nada se sustrae a la eficacia de su acción divina. Cuerpo y alma, salud física y salud espiritual, pecados y enfermedades, todo se pliega a su querer. El hombre no puede salvarse por sí solo. Puede y debe encontrarse con Dios, que viene a Él en Cristo. Le debe encontrar con fe y confianza, superando las dificultades, incluso aquella de la muchedumbre que se interpone entre Él y Dios.

Pero es Dios quien salva. Y salva por amor y con amor. El infinito poder de Cristo es el poder del Amor infinito. No hay salvación sin amor. Cristo se inclina sobre las miserias humanas del cuerpo y, sobre todo, del alma. La salvación en sentido cristiano está en el amor de Dios y del prójimo, en adorar y servir por amor.

La cumbre teológica del relato evangélico de hoy la encontramos en las palabras: «¿quién puede perdonar los pecados sino Dios solo?» El milagro fue el sello de las palabras. El poder de la Iglesia se apoya en Cristo. Los pecadores encuentran a Jesús en su Iglesia, en el sacramento de la penitencia. Los saciados por sí mismos lo rechazan. Creen no nece-sitarlo.

Martes

El Señor no solo desea que creamos en su venida: «El Señor vendrá y con Él todos sus santos; aquel día brillará una gran luz» (Za 15,5.7), sino también que la deseemos con ardor: «El juez justo premiará con la corona merecida a todos los que tienen amor a su venida» (1 Tim 4, 8). La oración *colecta* (Rótulus de Ráve-na) pide al Señor, que ha manifestado su salvación hasta los confines de la tierra, que nos conceda esperar con alegría la gloria del nacimiento

de su Hijo.

–***Isaías 40,1-11***: *El Señor consolará a su pueblo.* Dios vendrá en persona a tomar posesión de su trono y a otorgar el perdón a su pueblo. El destierro ha sido solo como un servicio purificador, exigido por el pecado. Pero no se ha roto el pacto. Cumplida su misión, el servicio termina. La vuelta es un prodigio continuado del Señor, como en el primer Éxodo. Un heraldo anuncia la buena noticia.

La religión de la Biblia no puede ser reducida a la melancolía porque afirma la condición pasajera de todo. Hay en ella la certeza de una realidad que jamás vendrá a menos en la Palabra de Dios. Su presencia salvífica en la historia humana le coloca junto al hombre, para que éste comparta con Él la vida entera, sea liberado así de la esclavitud de Babilonia, y guiado hacia la salvación de Jerusalén. Dios es siempre fiel a sus promesas y nunca nos dejará solos. Comenta San Agustín:

«Te vence, oh hombre, tu concupiscencia; te vence porque te halló en mal estado; te halló en la carne y por eso te venció. Emigra de ella… Aun viviendo en la carne, no estés en la carne: "Toda carne es heno; en cambio la palabra de Dios permanece eternamente" (Is 40, 6-8). Sea el Señor tu refugio. Si te acosa la concupiscencia, si te apura, si junta todas sus fuerzas contra ti, habiéndose engrandecido por la prohibición de la ley, teniendo que sufrir a un enemigo más poderoso, sea el Señor tu refugio, tu torre fortificada frente al enemigo. No vivas en la carne, sino en el espíritu. ¿Qué es vivir en el espíritu? Poner la esperanza en Dios… No te quedes en ti; trasciéndete a ti mismo; coloca tu asiento en quien te hizo. La Santa Iglesia es precursora. Ella nos conduce de la mano hasta Cristo, hasta el Salvador, por medio de su fe, de su dogma, de su moral, de sus sacramentos, de su liturgia y de su espíritu» (*Sermones* 288-289).

Penetrémonos todos del espíritu de la Iglesia, de sus sentimientos, de su liturgia de Adviento. ¡Caminemos guiados por su mano hacia Jesucristo!

–***Salmo 95***. Los desterrados que vuelven de Babilonia a la libertad de su patria cantaron: «Nuestro Dios llega con poder». Cantemos también nosotros con ellos, pues se acerca nuestra liberación, que nos hará pasar de una vida miserable a una vida más perfecta. Cantemos al Señor un cántico nuevo, que con nosotros cante toda la tierra. Bendigamos el Nombre del Señor, proclamemos día tras día su victoria. Contemos a todos los pueblo su gloria, sus maravillas a todas las naciones. Digamos a todos los pueblos: el Señor es Rey, un Rey que gobierna a los pueblos rectamente. Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto contiene, vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque, delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra. ¡Que todos nos sometamos a su imperio!

–***Mateo 18,12-14***: *El Señor no quiere que se pierda nadie*. Dios se ha revelado en el Antiguo Testamento como Padre de misericordia, lleno de bondad y tardo a la cólera, que nos ama entrañablemente, que nos escucha y perdona. Este Padre se nos ha revelado plenamente en su Hijo Jesucristo como Amor que se alegra siempre que un pecador vuelve a Él, que busca la oveja perdida. Comenta San Agustín:

«No juzguemos el pensamiento de los otros, al contrario, presentemos a Dios nuestras preces, incluso por aquellos sobre los que tenemos alguna duda. Quizá la novedad que supone comporte en Él alguna duda; amad más intensamente al que duda, alejad con vuestro amor la duda del corazón débil… Confiad a Dios su corazón por el que debéis orar. Sabed que es abandonado por los malos y ha de ser recibido por los buenos. Vuestro amor al hombre sea mayor que vuestro antiguo odio al error… Cristo vino a llamar a los enfermos…, buscó la oveja perdida… He aquí cómo Cristo vino a sanar a los enfermos: así supo vengarse de sus enemigos… Lo encomendamos a vuestras oraciones, a vuestro amor, a vuestra amistad fiel. Acoged su debilidad. Según como vayáis vosotros delante, así irá él detrás. Enseñadle el buen camino» (*Sermón* 279,11).

Hemos de imitar a Cristo en la solicitud por la oveja descarriada. Despreciar a uno que yerra, que va equivocado, es la antítesis del cristianismo. Dar a todos y a cada uno la certeza de ser buscado, es decir, amado, comprendido, defendido, es la esencia del cristianismo. El Señor vino a salvar a los que estaban perdidos; sigamos también nosotros su ejemplo.

Miércoles

Entrada: «Ven, Señor, y no tardes. Ilumina lo que esconden las tinieblas y manifiéstate a todos los pueblos» (Hb 2,3; 1Cor 4,5). En la *comunión* halla respuesta la súplica anterior: «El Señor llega con poder e iluminará los ojos de sus siervos» (Is 40,10).

En la *colecta* (Rótulus de Rávena), al Señor que nos manda abrir el camino a Cristo, le pedimos que no permita que desfallezcamos en nuestra debilidad los que esperamos la llegada saludable de Aquel que viene a sanarnos de todos nuestros males.

–***Isaías 40,25-31***: *El Señor todopoderoso da fuerza al cansado*. Yavé se enfrenta con los ídolos. Nada de lo que hay en el mundo, por grande y sublime que sea, puede compararse con Yavé. Él lo ha creado todo y lo conoce todo. No ignora nuestras situaciones concretas. Todo lo ve, todo lo penetra. Para el que cree, la confianza en Dios no carece de fundamento, no es una alienación que aparta al hombre de la tarea terrena. Dios es la fuerza que continuamente, sin que nunca vaya a menos, nos empuja.

Nuestro tiempo es tiempo de gran prueba para el que tiene fe y confianza en Dios. Todo parece contradecir las convicciones del creyente. Se exalta por doquier y exageradamente el progreso de la técnica. Se ve ese progreso solamente como obra propia de la inteligencia humana; pero, ¿quién da al hombre la inteligencia y quién la mantiene activa? Sin embargo, muchos plantean el dilema falso: o Dios o el hombre. Se aparta así el hombre de Dios y se entrega a idolillos.

Para quien cree ese dilema es falso. De aceptarse, significaría la muerte del hombre, porque el hombre o vive o muere con la vida o con la muerte de Dios. No se niega el progreso humano. La Iglesia lo ha fomentado siempre. Ni tampoco se niega el campo de autonomía del hombre. Pero sí se afirma que el hombre sin Dios queda indescifrable, sin sentido.

Pues bien, hoy y siempre la liturgia de Adviento nos recuerda que ha de realizarse en nuestra alma la obra del amor de Dios, que salva, que ayuda y sana. ¡Abrámonos a su acción bienhechora! ¡Solo Él puede salvarnos totalmente!

–El ***Salmo 102*** nos hace contemplar la grandeza de Dios frente a nuestra debilidad, que, no obstante todo el progreso humano, conocemos por la constante experiencia de nuestras limitaciones. Reconozcamos que el poder salvador de Dios no es solo para el justo. Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. Él viene a buscar lo que estaba perdido:

«Bendice, alma mía, al Señor y todo mi ser a su santo Nombre; bendice, alma mía, al Señor y no olvides sus beneficios. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; Él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos paga según nuestras culpas».

–***Mateo 11,28-30***: *Venid a mí todos los que estás agotados*. El Señor ofrece paz y sosiego a las personas que está opri-midas por muchas causas. El Maestro bueno opone a esta carga su yugo, hecho de mansedumbre, humildad y amor. Comenta San Agustín:

«Las cargas propias que cada uno lleva son los pecados. A los hombres que llevan cargas tan pesadas y detestables, y que bajo ellas sudan en vano, les dice el Señor: "Venid a Mí todos"… ¿Cómo alivia a los cargados de pecado, sino mediante el perdón de los mismos? El orador se dirige al mundo entero, desde la especie de tribuna de su autoridad excelsa, y exclama: "Escucha, género humano, escuchad, hijos de Adán; oye, raza que te fatigas en vano. Veo vuestro sudor, ved mi don. Sé que estáis fatigados y agobiados y, lo que es peor, que lleváis sobre vuestros hombros pesos dañinos; y, todavía peor, que pedís no que se os quiten esos pesos, sino que os añadan otros… Concedo el perdón de los pecados pasados, haré desaparecer lo que oprimía vuestros ojos, sanaré lo que dañó vuestros hombros. Llevad mi yugo. Ya que para tu mal te había subyugado la ambición, que para tu salud te subyugue la caridad… Esos pesos son alas para volar. Si quitas a las aves el peso de las alas, no pueden volar… Toma, pues, las alas de la paz; recibe las alas de la caridad. Ésta es la carga; así se cumple la ley de Cristo» (*Sermón* 164, 4*ss*., en Hipona, el año 411).

Jueves

El canto de *entrada* lo hacemos con el Salmo 118,151-152: «Tú, Señor, estás cerca y todos tus mandatos son estables; hace tiempo comprendí tus preceptos, porque Tú existes desde siempre». El programa de nuestra vida nos lo presenta la antífona para la *comunión*: «Llevemos ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios» (Tit 2,12-13).

La oración *colecta* (Gelasiano) pide al Señor que despierte nuestros corazones y que los mueva a preparar los caminos de su Hijo, para que cuando venga podamos servirte con una conciencia pura.

–***Isaías 41,13-20***: *Yo soy tu Redentor, el Santo de Israel*. Los judíos en el destierro han sido como un gusano pisoteado por las naciones. Pero Yavé lo defiende, lo lleva en la mano. Hace de Él un instrumento de purificación para los enemigos de Dios: trillo que tritura, bieldo que aventa. Yavé es su libertador. Él mismo será fuente para su pueblo sediento. El mundo reconocerá el poder de Dios.

Esto se ha visto en los tiempos mesiánicos. El Señor libera al hombre del hambre, de la miseria, de la esclavitud, de la ignorancia y de las enfermedades, es uno de los anhelos de la humanidad. El hombre incrédulo piensa que todo está en sus manos, pero se equivoca, porque el egoísmo es el mayor enemigo de los males de este mundo. El hombre egoísta solo piensa en su propio bienestar. Solo Dios y los que lo aman pueden ser la salvación del mundo en todos los tiempos. Dios es nuestro libertador, porque solo en Él se halla la solución de los problemas humanos. Solo Él puede suscitar en los hombres sentimientos humanitarios. De todos modos la raíz de todos los males es el pecado y solo Dios puede perdonarlo.

Juan el Bautista envió una embajada a Jesús para ver si Él era el Mesías. Jesús da la respuesta: «Los ciegos ven, los paralíticos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, la alegre noticia es anunciada a los pobres» Nosotros somos los ciegos, los paralíticos, los leprosos, los muertos. Cristo ha venido y nos ha curado, nos ha resucitado a la vida de la gracia. No tenemos necesidad de más

Mesías ni de me-sianismos. Cristo ha venido y con Él la salvación de todo el mundo, un nuevo or-den social que mitiga y suprime la miseria humana.

–El ***Salmo 144*** canta con gozo esta verdad: «El Señor es clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad. Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey, bendecir tu nombre por siempre jamás. El Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. Por eso queremos que todas las criaturas le den gracias, lo bendigan sus fieles, proclamen la gloria de su reinado, que hablen de sus hazañas, explicando sus hazañas a los hombres, la gloria y majestad de su reinado, porque su reinado es un reinado perpetuo y su gobierno va de edad en edad». «De su plenitud todos hemos recibido, gracia por gracia» (Jn 1,12. 16) «Sabemos que hemos sido transplantados de la muerte a la vida» (1 Jn 3, 14). «Vivamos, pues, la no-vedad de esta vida» (Rom 6,4), como verdaderos hijos de Dios, participando de su naturaleza divina.

–***Mateo 11,11-15***: *Ninguno más grande que Juan el Bautista.* El Antiguo Testamento tuvo la misión de preparar la venida del Mesías. El último profeta fue el Bautista, que lo señaló con el dedo. Jesús de Nazaret es el que inaugura la nueva era. Con Él hemos sido hechos hijos adoptivos de Dios y coherederos de su gloria. Pero, hemos de luchar, ser comprometidos con entera radicalidad con lo que exige esa nueva vida. Así lo expresa San León Magno:

«¿Cómo podrá tener parte en la paz divina aquél a quien agrada lo que desagrada a Dios y el que desea encontrar su placer en cosas que sabe ofenden a Dios? No es ésta la disposición de los hijos de Dios, ni la nobleza recibida con su adopción... Grande es el misterio encerrado en este beneficio, que Dios llame al hombre hijo y el hombre llame a Dios Padre. Estos títulos hacen comprender y conocer a quien se eleva a tal altura de amor... Nuestro Señor Jesucristo, al nacer verdaderamente hombre, sin dejar de ser verdaderamente Dios, ha realizado en sí mismo el origen de una nueva criatura, y en el modo de su nacimiento ha dado a la humanidad un principio espiritual.

«¿Qué inteligencia podrá comprender tan gran misterio, qué lengua narrar una gracia tan grande? La injusticia se vuelve inocencia; la vejez, juventud; los extraños toman parte en la adopción; y las gentes venidas de otros lugares entran en posesión de la herencia. Desde este momento, los impíos se convierten en justos; los avaros, en bienechores; los incontinentes, en castos; los hombres terrestres, en hombres celestes (*cf.* 1 Cor 15, 49), ¿De dónde viene un cambio tan grande sino del poder del Altísimo? El Hijo de Dios ha venido a destruir las obras del diablo. Él se ha incorporado a nosotros y a nosotros nos ha incorporado a Él, de modo que el descenso de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios» (*Homilía 7ª sobre la Natividad del Señor*, 3 y 7)

La fe cristiana es un don de Dios, pero ella exige del hombre una entrega, una elección. Los valores auténticamente humanos pueden preparar al cristianismo, pero éste exige un salto más allá de la humanidad. Quiere una decisión tomada delante de Cristo, aceptándolo como modelo que transforma radicalmente la experiencia humana. Reducir la religión cristiana a los límites de lo razonable, de lo «honesto» en el sentido únicamente humano, es una tentación a la que se recurre con frecuencia. Esto no significa que para ser buenos cristianos no se tenga que ser ante todo razonables y honestos. Pero vivamos con Cristo una vida nueva. Continuemos en nosotros la misma vida de Cristo. Seamos todos un nuevo Cristo viviente. El verdadero cristiano es un sarmiento unido a la Vid que es Cristo. Si nosotros no ponemos obstáculos, la vida de Cristo es nuestra vida. Nos preparamos para la Navidad en que se ha de consumar nuestra plena unión con Cristo

Viernes

«El Señor viene con esplendor a visitar a su pueblo con la paz y comunicarle la vida eterna». Así cantamos (*entrada*) al comienzo de esta celebración. Y del modo siguiente en el momento de la *comunión*: «Aguardamos a un Salvador: El Señor Jesucristo. Él transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa» (Flp 3, 20-21).

En la *colecta* (Gelasiano) pedimos al Señor que su pueblo permanezca en vela aguardando la venida de su Hijo, como el criado que espera la llegada de su amo, para que, siguiendo las normas del Maestro, salgamos a su encuentro, cuando llegue, con las lámparas encendidas.

–***Isaías 48,17-19***: *¡Si hubieras atendido a mis mandatos!* El destierro es para Israel una prueba de Dios, para que conozca sus caminos, para que vea a dónde le lleva su infidelidad. Es también una lección para nosotros. Todo pecado grave priva de la amistad con Dios, de su unión. La infidelidad exige el destierro, símbolo de la lejanía de Dios. Una vez más se nos amonesta que solo con Dios vienen al hombre todos los bienes que desea: la paz, la justicia, la prosperidad…

Cierto que es un lenguaje lejano a nosotros. Pero la advertencia tiene un valor perenne. Dios se presenta como un Maestro, con sus mandamientos y preceptos. Dios se presenta como Señor. El hombre moderno no siente la perversidad del pecado. Lo considera como un comportamiento desviado a causa de condiciona-mientos psicológicos y sociales que debe empeñarse en superar.

Pero el pecado, como dice San Basilio «consiste en el uso desviado y contrario a la voluntad de Dios de las facultades que Él nos ha dado para practicar el bien» (*Regla monástica* 2,1). «Puede decirse, afirma San Agustín, que, en lo espiritual, hay tanta diferencia entre justos y pecadores, como en lo material entre el cielo y la tierra» (*Sermón de la Montaña* 2). Y Casiano: «Nada hay que reputar por malo como tal, es decir, intrínsecamente, más que el pecado. Es lo único que nos separa de Dios, que es el bien supremo y nos une al demonio, que es el mal por antonomasia» (*Colaciones* 6).

No se puede construir la conciencia humana sin un fundamento divino.

–Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida, quien lo sigue no caminará en las tinieblas. Por eso, para el justo la ley del Señor es su gozo. Bien lo dice el ***Salmo1***: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos, sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón, no se marchitan sus hojas y cuanto emprende tiene un buen fin. No así los impíos, no así; serán paja que arrebata el viento, porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal».

–***Mateo 11,16-19***: *No hacen caso ni de Juan ni de Jesús*. Hay personas incapaces de ver al Señor. Son los eternos insatisfechos, los intransigentes con los demás, los que solo ven lo negativo de los hombres, los que siempre interpretan mal sus actos, los que se consideran superiores a los demás. El Señor tuvo que enfrentarse con personas semejantes.

Por eso contra el Señor y contra su mensaje de salvación se han dirigido en todos los tiempos las acusaciones más diversas y contradictorias. También les sucede lo mismo a aquellos que le siguen con amor verdadero. Comenta San Agustín:

«Aquí no se baila; pero no obstante que no se baile, se leen las palabras del Evangelio: “Os hemos cantado y no habéis bailado”. Se les reprocha, se les recrimina y se les acusa por no haber bailado. ¡Lejos de nosotros el retornar aquella in-

solencia! Escuchad cómo quiere la Sabiduría que lo entendamos. Canta quien manda; baila quien cumple lo mandado. ¿Qué es bailar sino ajustar el movimiento de los miembros a la música? ¿Cuál es nuestro cántico? No voy a decirlo yo, para que no sea algo mío. Me va mejor ser administrador que actor. Recito nuestro cántico: "No améis al mundo, ni a las cosas del mundo"…(1 Jn 2,15).

«¡Qué cántico, hermanos míos! Escuchasteis al cantor, oigamos a los bailarines: haced vosotros con la buena ordenación de las costumbres lo que hacen los bailarines con el movimiento de sus cuerpos. Hacedlo así en vuestro interior: que las costumbres se ajusten a la música. Arrancad los malos deseos y plantad la caridad» (*Sermón* 311, 4-8, en Cartago, año 405).

Sábado

En el canto de *entrada* expresamos nuestros anhelos por la venida del Señor: «Despierta tu poder, Señor, Tú que te sientas sobre querubines, y ven a salvarnos» (Sal 79,4.2). En la *comunión* tenemos la respuesta: «Mira, llego en seguida, dice el Señor, y traigo conmigo mi salario, para pagar a cada uno su propio trabajo» (Ap 22, 12).

En la oración *colecta* (Rótulus de Rávena), pedimos al Señor que amanezca en nuestros corazones su Unigénito, resplandor de su gloria, para que su venida ahuyente las tinieblas del pecado y nos transforme en hijos de la luz.

–***Eccl. 48,1-4.9-11***: *Elías volverá de nuevo*. El elogio del profeta Elías en el libro de Sirac concluye con una alusión a su venida al final de los tiempos para preparar los corazones de los hombres. En el Nuevo Testamento se aplica esto a San Juan Bautista, que vino en el espíritu y poder de Elías para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. Acojamos, pues, su mensaje.

Un profeta semejante al fuego, por la palabra ardiente como el horno encendido. De esta manera, por el celo ardiente, es presentado Elías, el defensor de Yavé, el profeta de la vida austera. Hablar de profetas y de profecías es hoy casi una moda, pero no ciertamente en el sentido de vidente, sino en el sentido de testimonio. En la Iglesia los profetas pueden ser incómodos, pero son siempre necesarios. Dios los suscita, igual que a los apóstoles, para que ayuden a la Iglesia en su camino.

Le ayudarán a condición de que sean profetas auténticos, defensores de Dios, austeros, celosos, suscitados por Dios, por cuyo honor han sido devorados por el celo. Atribuirse la calificación de profetas, querer pasar por tales, es cosa fácil, una tentación hoy bastante frecuente, sobre todo si se quiere evadir la doctrina apostólica del Magisterio de la jerarquía eclesiástica y actuar con resentimientos.

El verdadero profeta está dominado por Dios. Y es tal su testimonio de vida que se halla pronto a morir por el Evangelio, por su fe cristiana. Su vida es ejemplar en todo, principalmente en la obediencia, en la humildad, en la caridad. Todo profeta auténtico prepara el camino del Señor, procura hacer rectas sus veredas, rellena los valles y allana la altivez, principalmente con su vida santa.

–Con el ***Salmo 79*** pedimos al Señor que nos restaure, que brille su rostro y nos salve: «Pastor de Israel, Tú que guías a José como a un rebaño, resplandece ante Efraín, Benjamín y Manasés. Dios de los ejércitos, vuélvete; que brille tu rostro y nos salve. Mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu Viña, la cepa que tu diestra plantó y que Tú hiciste vigorosa. Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que Tú fortaleciste. No nos alejaremos de Ti; danos la vida para que invoquemos tu nombre».

Dios no nos abandona. Actuó por medio de los profetas del Antiguo Testamento para preparar los caminos del Mesías. Envió a un nuevo Elías en la persona del Bautista.

Él, el Pastor de Israel eterno, venga también ahora a visitar a su Viña, su Iglesia, y proteja a su escogida, a su amada.

–***Mateo 17,10-13***: *Elías ya ha venido, pero no le reconocieron*. En la tradición bíblica el profeta Elías había de venir. Elías ya vino, dice el Señor y no lo reconocieron, sino que lo trataron a su antojo. Así, también el Hijo del Hombre va a padecer en manos de ellos.

Cuando dijo esto el Señor, sus discípulos entendieron que se refería a Juan el Bautista. Todo profeta es tal en relación a Cristo. Le prepara el camino de la conciencia de los hombres con su predicación y su testimonio de vida. Está dispuesto a desaparecer cuando Él llegue. Ha de percatarse de que su misión está cumplida. Sobre todo le imitará en su conducta. Como Cristo, y como los antiguos profetas que lo anunciaron, el profeta de hoy y de todos los tiempos sabe que le espera la incomprensión, el sufrimiento, tal vez la muerte.

Pero no se busca a sí mismo; no se deja enredar por la soberbia sutil de sentirse «distinto» de los otros y, por consiguiente, mejor que los demás. No exige reconocimientos, ni honores. Acepta la dramaticidad de la fe y de su vocación. Está en paz con su conciencia. No quiere ser dominador del prójimo, sino solo un testigo, un colaborador, un servidor. Todos hemos de ser profetas si aceptamos las profundas exigencias de nuestro bautismo. Ante todo y sobre todo, hemos de lograr humildad, servicialidad, caridad y, en una palabra, santidad de vida. San Juan Crisóstomo alaba así la tarea de San Juan Bautista:

«Es deber del buen servidor no sólo el de no defraudar a su dueño la gloria que se le debe, sino también el de rechazar los honores que quiera tributarle la multitud... San Juan dijo "quien viene detrás de mí, en realidad me precede", y "no soy digno de desatar la correa de sus sandalias", y "Él os bautizará con el Espíritu Santo y el fuego", y que había visto al Espíritu Santo descender en forma de paloma y posarse sobre Él. Por último atestiguó que era el Hijo de Dios y añadió "he ahí al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"...

«Como solo se preocupaba de conducirlos a Cristo y hacerlos discípulos suyos, no lanzó un largo discurso. San Juan sabía que, una vez que hubieran acogido sus palabras y se hubieran convencido, no tendrían ya necesidad de su testimonio a favor de Aquél... Cristo no habló; todo lo dijo San Juan... Juan, haciendo oficio de amigo, tomó la diestra de la esposa, al conciliarle con sus palabras las almas de los hombres. Y Él, tras haberles acogido, los ligó tan estrechamente a sí mismo que ya no regresaron a aquél que se los había confiado... Todos los demás profetas y apóstoles anunciaron a Cristo cuando estaba ausente. Unos, antes de su Encarnación; otros, después de su Ascensión. Sólo él lo anunció estando presente. Por eso también lo llamó "amigo del esposo", pues sólo él asistió a su boda» (*Homilías sobre el evangelio de S. Juan* 16 y 18).

3ª Semana de Adviento

Domingo

Este Domingo manifiesta una gran alegría por la proximidad de la solemnidad de Navidad: «Estad alegres siempre en el Señor; os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca» (*entrada*: Flp 4,4-5). Por eso la Iglesia exhorta en la *comunión*: «Decid a los cobardes de corazón: sed fuertes, no temáis, mirad a vuestro Dios, que va a venir a salvaros» (Is 35,4).

En la oración *colecta* (Rótulus de Rávena), al Señor que ve cómo su pueblo espera con fe el Nacimiento de su Hijo, le pedimos nos conceda llegar a la Navidad, fiesta de gozo y salvación, de modo que podamos celebrarla con alegría desbordante.

En el *ofertorio* (Veronense) pedimos al Señor que, al presentarle nuestras ofrendas, lleve a cabo en nosotros las obras de salvación que ha querido realizar por el sacramento eucarístico. Y lo mismo se suplica en la *postcomunión* (Gregoriano): «que la comunión que hemos recibido nos prepare a las fiestas que se acercan, pu-rificándonos del pecado».

Ciclo A

La nota característica de este Domingo tercero de Adviento es la del gozo. Al recorrer los formularios litúrgicos de este Domingo, nos encontramos con términos que crean una atmósfera dilatada de gozo, de alegría: canto de entrada, oración colecta… No se trata de una alegría frívola, vacía y pagana de hombres irresponsables, sino de la alegría profunda de sa-bernos amados por Dios y redimidos por Cristo. Esta alegría de nuestra fe nos lleva también al gozo de darla a conocer a los demás.

–***Isaías 35,1-6.10***: *Dios vendrá y nos salvará*. Al tiempo de la promesa ha seguido la plenitud de la realidad. En Cristo Jesús, superado ya el tiempo de la esperanza, hemos podido contemplar la belleza y la gloria de Dios Salvador. Él ha venido en persona a salvarnos.

Tres ideas principales se nos ofrecen en esta lectura: un nuevo Éxodo, el renacimiento de una fe y el culmen de la salvación. Es una síntesis y una conclusión de toda la Historia de la Salvación. Dios y su pueblo se han reencontrado de nuevo. El retorno a la Tierra prometida significa la esperanza escatológica que tiene como objeto el reino universal de Dios. Todos hemos sido rescatados por Cristo. El Redentor nuevo, que se nos ha dado, quiere que todos los hombres retornen a Dios con un gozo profundo y perdurable.

–Con el ***Salmo 145*** expresamos nuestro anhelo de salvación: «Ven, Señor, a salvarnos». El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos. El Señor abre los ojos del ciego, endereza a los que se doblan, ama a los justos, guarda a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la viuda…El Señor reina eternamente.

–***Santiago 5,7-10***: *Manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca*. La fidelidad, la esperanza y la responsabilidad activa nos son ahora necesarias para prepa-

rarnos a la segunda venida del Señor, de Cristo-Juez, y alcanzar de este modo el fruto de la salvación: nuestra identificación con Él.

La paciencia, fruto del Espíritu Santo, es el signo característico del cristiano. Es un atributo de Dios: «Lento a la ira y rico en clemencia» (Sal 102, 8). Mostrarse pacientes es la primera característica de la caridad. Dios recompensa la paciencia fiel de sus héroes sufridos. Esto es lo que vemos en tantos ejemplos bíblicos y en la misma historia de la Iglesia.

*–**Mateo 11,2-11***: *¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?* Juan el Bautista envía sus emisarios para cerciorarse de la realidad del Cristo-Mesías. Él es un ejemplo viviente frente al riesgo de una vida frívola, vacía y antievangélica por ignorancia de Cristo. ¡Cuántos hay en el mundo que aún no lo conocen!

¿Qué hemos de hacer? No podemos quedarnos con los brazos cruzados. Hemos de hacer todo lo posible para que todos conozcan a Cristo y vayan a Él. Juan solo se preocupa de que sus discípulos vayan a Jesús. «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?» ¡He ahí el gran interrogante de los discípulos de Juan, del pueblo de Israel, de toda la humanidad! Y Jesús da su respuesta, clara, dictada por la plena conciencia de su divina misión:

Sí, soy yo. Y esto nos lo dice Jesús con hechos bien ciertos: «los ciegos ven, los paralíticos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, la alegre nueva es anunciada a los pobres» Un amor práctico, desinteresado: he ahí el signo de todo cristianismo auténtico. En Cristo ha aparecido el verdadero reino del amor que salva y ayuda, que se entrega a los pobres, que se inclina hacia los enfermos y los cura, que no retrocede ante los mismos leprosos y que domina la muerte.

Así viene Él a nosotros, hoy y todos los días, para hacernos felices con su amor. Y esto es lo que también hemos de hacer nosotros con los demás: amarlos como Él los amó.

Ciclo B

Cristo vino hace veinte siglos. No obstante todavía no lo hemos tomado en serio: aún no tenemos exacta conciencia de la necesidad que tenemos de Él; aún no hemos decidido conformar nuestra conducta con su doctrina salvadora y san-tificadora; aún no estamos identificados plenamente con Él. Por todo esto, el misterio de Navidad debe suponer para nosotros una revisión auténtica y profunda de nuestra vida y conducta a la luz de Cristo.

*–**Isaías 61,1-2.10-11***: *Desbordo de gozo con el Señor*. Isaías proclama el anuncio de la venida de Cristo como un tiempo de gracia, como un año jubilar que debe rehacer y renovar exterior e interiormente nuestras vidas, en plena fidelidad al amor de Dios Salvador. El principio que mueve al profeta es típicamente bíblico: Dios quiere dar a su pueblo una gloria nueva y espléndida para mostrar así a las naciones que lo habían humillado, que Él es poderoso y socorre a los humildes.

Dios no tiene necesidad de nadie para realizar sus proyectos, pero se complace en utilizar a los hombres como sus instrumentos, incluso a los menos aptos. Israel, concretamente, fue reducido casi a la nada y ahora es instrumento válido para Dios.

Este año de gracia sirve, pues, para consolar a los tristes, a los fieles abatidos de que hablaba antes. En este año se ve la manifestación misericordiosa de Dios. Una nueva era se abre para los afligidos de Sión, los cuales dejarán la ceniza del duelo para recibir la diadema, el signo de la alegría.

La liberación está cerca. Esto es lo que nos inculca la liturgia de hoy con estos textos bíblicos.

«¡El Señor está cerca!» No tengáis miedo ni preocupación alguna. Más aún: manifestadle a Él, en vuestras oraciones y en vuestras acciones de gracias, todas vuestras inquietudes y preocupaciones. Él está cerca y viene como Libertador y Salvador: «Señor, tú has bendecido a tu tierra y has destruido el cautiverio de Jacob», es decir, del pueblo de Israel, que gemía en la cautividad de Babilonia.

Sufrimos actualmente la cautividad de la humanidad, y la de cada uno de nosotros, pues siempre estamos necesitados de alguna liberación, de un progreso más perfecto en la vida espiritual. Y por eso hoy, con la liturgia de la Iglesia, clamamos: «¡El Señor está cerca!» ¡Pusilánimes, tened valor, no os asustéis! ¡Alegraos continuamente! Aun en medio de las necesidades y angustias, en medio de inquietudes y sobresaltos, en medio de las dificultades y desalientos de la vida. ¡El Salvador está cerca!

–Y por eso entonamos también ahora con la Virgen María el ***Magnificat***: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava… Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación… A los hambrientos los colma de bienes… Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia». El espíritu de humildad y alegría expresado por la Virgen María en el Magníficat, es repetido de generación en generación. San Ildefonso de Toledo le suplica con gran ternura:

«Señora mía, dueña y poderosa sobre mí, Madre de mi Señor, Sierva de tu Hijo, engendradora del que creó el mundo, a tí te ruego, te oro y te pido que yo tenga el espíritu de tu Hijo... Tú eres la elegida de Dios, recibida por Dios en el Cielo, próxima a Dios e íntimamente unida a Dios... Me llego a ti, la única Virgen y Madre de Dios. Te suplico, la sola hallada esclava de tu Hijo, que me otorgues también consagrarme a Dios y a ti, ser esclavo de tu Hijo y tuyo, servir a tu Señor y a ti. A Él como a mi Hacedor, a ti como Madre de nuestro Hacedor... Que ame a Jesús en aquél espíritu en quien tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo...

«Alegrándome yo con los ángeles, gozoso con las palabras angélicas, me congratulo con mi Señora, me alegro con aquélla de la cual el Verbo de Dios se hizo carne, porque creí lo que ella conoció, porque conocí que es Virgen y Madre, porque por medio de ella sucedió que la naturaleza de mi Dios se viniese a mi naturaleza» (*De Virginitate perpetua Sanctæ Mariæ* I y XII).

–***1 Tesalonicenses 5,16-24***: *Que todo vuestro ser, alma y cuerpo sea custodiado sin reproche hasta la Parusía del Señor*. La verdadera alegría cristiana, que nos proclama San Pablo, es el gozo de ser de Cristo y para Cristo, y solo puede consistir en la renuncia al mal y en la fidelidad amorosa al Espíritu de Jesús. Tal es la voluntad del Padre para nuestra salvación.

La alegría del cristiano consiste en comprobar la continua presencia amorosa y solícita de Dios en la propia vida, y en reconocer la posibilidad de responder por la gracia a su amor. La oración cristiana no es solo de petición y acción de gracias, es también de afectos y de coloquio contemplativo sobre las perfecciones divinas. La oración, en su sentido más profundo, es fruto de la vida divina que invade al hombre y hace de el un verdadero hijo de Dios. A Él le llamamos Padre, y lo hacemos con toda propiedad.

–***Juan 1,6-8.19-28***: *En medio de vosotros hay uno que no conocéis*. Con su vida y su mensaje de purificación espiritual, el Bautista nos invita hoy a buscar con sincera ansiedad a Cristo, actuante ya en nosotros por la gracia y el Evangelio. Hemos de compenetrarnos con su Corazón sagrado. Comenta San Agustín:

«Le preguntan los judíos: "¿Eres tú el Cristo

acaso?" Si no fuera porque todo valle ha de ser rellenado y todo monte rebajado, él hubiese encontrado la ocasión para engañarles. Ellos querían escuchar de su boca lo que creían respecto a él. Tan maravillados estaban de su gracia que, sin duda, hubiesen creído lo que él les hubiera dicho… Pero hubiese perdido el mérito propio…

«En efecto, Juan no alumbra a todo hombre. Cristo sí. Juan reconoce que es una lámpara, para que no la apague el viento de la soberbia. Una lámpara puede encenderse y apagarse. La Palabra de Dios no puede apagarse, pero sí la lámpara» (*Sermón* 289,4, predicado antes del año 410. Unas 16 veces trata San Agustín de esto en sus *Sermones*. En el 380,7, dice que Juan Bautista es la luz iluminada y Cristo la luz que le ilumina).

Ciclo C

La liturgia de la palabra constituye hoy, en relación con otros textos litúrgicos de este domingo, un pregón de alegría evangélica, cifrada para el creyente, en el gozo íntimo de *ser de Cristo*, por vocación predestinada y por el don de la fe. Es, además, la alegría de quien se sabe destinado al encuentro con Jesucristo en su segunda venida.

La próxima Navidad nos proclamará el misterio del Emmanuel –Dios con nosotros– y la posibilidad que el misterio de Cristo nos ofrece: la alegría de vivir ahora en la más entrañable intimidad con Él en su Iglesia a través de su liturgia.

–***Sofonías 3,14-18***: *El Señor se alegrará en ti*. En los días amargos de la cautividad de Babilonia, el Espíritu puso en los labios de Sofonías un mensaje de esperanza para su pueblo: Dios mismo habitará entre sus elegidos.

El profeta subraya la responsabilidad de los dirigentes del pueblo: sacerdotes y profetas son acusados severamente, pues se les atribuye la corrupción en las diversas clases del pueblo. Pero también el pueblo es culpable. Solo hay, pues, un remedio: *la conversión*, que se traduce en la observancia de las normas de la ley. Justicia para con todos, que no se oprima a los débiles, sino que se preste ayuda a los pobres, respeto a los extranjeros, puntual cumplimiento de los deberes del culto para con Dios.

De este modo se restablecerá la amorosa relación entre Dios y su pueblo, como en los años más felices de la historia de Israel. El tono de estas palabras hace resaltar más la alegría que Dios prepara a su pueblo elegido. El Señor nos ama infinitamente y nos ayuda en todas nuestras necesidades. El Señor está cerca.

Pues bien, éste es el mismo Redentor que nació en Belén hace unos dos mil años. Es el mismo que esperamos hoy como Libertador en su segunda venida, al fin de los tiempos. Es el mismo que «transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa» (Flp 3, 21).

«¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20), suplicaban los cristianos de los primeros siglos y ahora lo hacemos también nosotros siempre en la celebración la Euca-ristía, después de la consagración. Y hoy, concretamente, hemos de estar preparados a esa venida ante la proximidad de la Navidad. Hemos de revestirnos de una cordial y santa bondad para con todos y cada uno de nuestros hermanos, todos los hombres.

–Como ***Salmo***, cantamos con el profeta Isaías: «El Señor es mi Dios y Salvador; confiaré y no temeré, porque mi fuerza y mi poder es el Señor… Dad gracias al Señor, invocad su nombre, contad a los pueblos sus hazañas» (Is 12).

–***Filipenses 4,4-7***: *El Señor está cerca*. Vivir en la cercanía de Dios, en la intimidad del Verbo encarnado, constituye la raíz más profunda de la alegría cristiana y la clave de una vida destinada a la eternidad. Comenta San Agustín:

«¿Qué es gozarse en el mundo? Gozarse en el mal, en la torpeza, en las cosas deshonrosas y deformes. En todas estas cosas encuentra su gozo el mundo… Por lo tanto, hermanos, "alegraos en el Señor", no en el mundo, es decir, gozaos en la verdad, no en la maldad; gozad con la esperanza de la eternidad, no con la flor de la vanidad. Sea ése vuestro gozo dondequiera, y cuando os halléis así, "el Señor está cerca; no os inquietéis por nada"» (*Sermón* 171,4-5).

–***Lucas 3,10-18***: *¿Qué hemos de hacer?* La alegría de ser de Cristo nos da a todos una actitud de sinceridad para adaptar nuestra vida incondicionalmente a la voluntad amorosa de Dios: ¿Qué tenemos que hacer?

El Adviento, en cuanto tiempo de preparación para Navidad, es decir, para el encuentro salvífico con Cristo, entraña profundas actitudes penitenciales: disponibilidad por la renuncia, disponibilidad por la esperanza, disponibilidad por la alegría.

La Virgen María es el modelo perfecto. Su *Fiat* decisivo y total es la actitud de conversión más perfecta alcanzada por una criatura humana en la historia de la salvación. «¡Alegraos en el Señor!» Él purificará y elevará vuestros pensamientos, curará vuestra desmedida afición a lo terreno y orientará hacia Dios vuestros afanes, vuestras preocupaciones, vuestro amor y toda vuestra vida. «Olvidad vuestras preocupaciones». No os angustie el tener que renunciar a las cosas terrenas y caducas. Depositad en Dios todas vuestras inquietudes. Abrid de par en par las puertas de vuestro corazón al Señor, que viene, que está en medio de nosotros, y decidle: «¡Muestra, Señor, tu poder y ven a salvarnos!»

Lunes

En la *entrada*, con textos de Jeremías y de Isaías, decimos a todos los pueblos: «Escuchad la palabra del Señor; anunciadla en las islas remotas. Mirad a nuestro Salvador, que viene; no temáis» (Jer 31,10; Is 35,4). Y en la oración *colecta* (Gelasiano), pedimos al Señor que escuche nuestra súplica e ilumine las tinieblas de nuestro espíritu con la gracia de la venida de su Hijo.

En la *comunión* pedimos al Señor que venga, que nos visite con su paz, y entonces nos alegraremos en su presencia con todo nuestro corazón (Sal 105,4.5; Is 38,3).

–**Números 24,2-7.15-17**: *Surge un astro, nacido de Jacob*. Lo anuncia la profecía de Balaán: «La estrella y el cetro surgirán en Israel». La tradición judeo-cristiana ha interpretado esa frase en referencia al Mesías. Ésos son símbolos de la realeza del Cristo, del Hijo de David y Rey espiritual del pueblo elegido, la Iglesia, que llevará a cabo la liberación de todos los hombres.

Entre la palabra profética y Jesús, Verbo de Dios y cumplimiento de las promesas, hay una relación de interpretación recíproca. Todas las frases de la Escritura, llenas de la palabra de Dios, se comprenden solo si son consideradas como referidas a Jesucristo. Y se comprende mejor a Jesucristo cuando se le ve esperado por Abrahán, Moisés o David, según las promesas que a ellos les hizo la Palabra divina.

A los paganos que entran en la Iglesia, no se les imponen las observancias de la ley mosaica y, sin embargo, su entrada es un ingreso en el pueblo de Dios (Rom 11,16-24), una participación en la promesa, en la esperanza de Israel (Ef 2,12). La importancia del Antiguo Testamento para la Iglesia está en el hecho de que, si Dios habla siempre a cada hombre, esta palabra consiste en proponerle a cada uno la única Palabra, pronunciada en la historia: Jesús, hijo de Abrahán, Hijo de Dios. La meditación del Antiguo Testamento y del Nuevo no es para el cristiano un gusto meramente arqueoló-

gico, sino la búsqueda del propio presente y del propio futuro en la historia del Israel de Dios.

–Con el ***Salmo 24*** pedimos al Señor que nos enseñe sus caminos, que nos instruya en sus sendas, que haga que caminemos con lealtad, porque Él es nuestro Dios y nuestro Salvador. Le rogamos que recuerde que su ternura y su misericordia son eternas, y que se acuerde de nosotros con misericordia, por su bondad. «El Señor es bueno y recto y enseña el camino a los pecadores; hace caminar a los humildes».

Nosotros solos nada podemos. Somos incapaces de conseguir nuestra salvación. Necesitamos la luz, la gracia, la dirección, la fuerza del Salvador para poder salir del pecado, para evitar recaer en el mismo y para crecer en la gracia, practicar la justicia y la bondad sobrenaturales, para poder orar, para poder vivir la vida divina, para poder ejercitar las virtudes, para poder realizar obras meritorias, para poder progresar en la vida espiritual.

–***Mateo 21,23-27***: *¿De dónde venía el bautismo de Juan?* Jesús es la respuesta de Dios a las esperanzas más profundas del hombre. La espera y la petición pueden llegar a ser principio de la respuesta y de la escucha. Comenta San Agustín:

«Apareció la lámpara, huyeron las tinieblas. Efectivamente, aunque se hallasen corporalmente presentes, huyeron [de la luz] con el corazón, diciendo que ignoraban lo que sabían. Y la prueba de esa huída es el temor del corazón. Temían que el pueblo los apedrease si decían que el bautismo de Juan procedía de los hombres; pero temían también quedar convictos por Cristo si decían que procedía del cielo. Huyeron, pues, confundidos. Mencionado el nombre de Juan, temieron y, llenos de turbación, callaron…

«Así, pues, a Cristo, nuestro Señor, se le preparó la lámpara: Juan Bautista. Sus enemigos, que le interrogaban capciosamente, se alejaron confundidos, nada más aparecer la luz de la lámpara. Pero, nosotros, hermanos, reconocemos al Señor gracias a Juan Bautista, el precursor, y, más aún creemos en Cristo por el testimonio del mismo Señor. Hagámonos cuerpo de la Cabeza que es Él, para que haya un solo Cristo, Cabeza y Cuerpo, y así se cumplirá en nosotros, hechos unidad, aquello: "sobre Él florecerá mi santificación"» (*Sermón* 308 A,7-8).

Cuanto más miserables seamos por nosotros mismos, más debemos volvernos hacia Él, más debemos orar, dar gracias, rogar y suplicar sin descanso. Y el Señor nos librará. Está cerca con su amor, con su misericordia, con su Corazón salvífico.

Martes

La liturgia de hoy, en la *entrada* de la misa, nos anuncia y asegura que «vendrá el Señor, y con Él todos sus Santos; aquel día brillará una gran luz» (Zac 15,5.7). Por eso la oración *colecta* (sacramentario de Bérgamo) pide al Señor, Dios nuestro, que, ya que por medio de su Hijo nos ha transformado en nuevas criaturas, mire con amor esta obra de sus manos y, por la venida de Cristo, su Unigénito, nos limpie de las huellas de nuestra antigua vida de pecado.

–***Sofonías 3,1-2.9-13***: *La salvación del Mesías es para los pobres*. El profeta anuncia la aparición de un pueblo pobre y humilde que confiará en el nombre del Señor. Ese día todas las naciones de los gentiles presentarán ofrendas al Dios de Israel, el único Dios verdadero. Ser pobre es para Sofonías ser justo, vivir sumiso a la voluntad de Dios. La indefectibilidad de Israel y, en el Nuevo Testamento, de la Iglesia, está fundada sobre la fidelidad de Dios a sus promesas. Esa fidelidad, a veces, no excluye, sino exige que Dios rechace tentativas de reformas dirigidas por las autoridades que gobiernan al pueblo, como en el caso de la reforma de Josías (2 Re 23,25-27).

Es verdad que Dios ligó su causa a la de su pueblo, cuando estrechó un pacto con él. Pero, si la Alianza llega a ser un motivo de autocomplacencia y de orgullosa seguridad, el Señor, a través de la prueba de la humildad, guía a su pueblo a la conversión, a la confianza. La humillación del pueblo no es humillación de Dios. El Señor muestra su grandeza frente a Israel mediante su juicio, pero igualmente lo muestra frente a los gentiles, a través del juicio sobre Israel, manteniendo siempre su fidelidad a la Alianza, su amor, su presencia en la historia.

Nosotros somos ahora el pueblo pobre y humilde que confía en el nombre del Señor. Él, como Cabeza, vive en nosotros, sus miembros; y por eso nos impulsa a convertirnos en una viva irradiación de su bondad, de su alma, dulce y nobi-lísima. Un cristianismo de bondad, de ab-negación desinteresada, de generosos servidores, de alegres operarios: he aquí lo quiere hacer de nosotros la liturgia de este tiempo de Adviento, que nos prepara a la solemnidad de Navidad.

–Dios quiere obrar en nosotros una conversión constante, un perfeccionamiento continuo de nuestra vida espiritual. Por eso decimos con el ***Salmo 33***: «Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloría en el Señor; que los humildes lo escuchen y se alegren. Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostros no se avergonzará. Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y lo salva de sus angustias… Cuando uno grita al Señor, Él lo escucha y lo libra de sus angustias».

Nosotros a veces comprendemos muy mal nuestro cristianismo, nuestro vivir en Cristo y en su Iglesia. Permanecemos todavía muy apegados a nosotros mismos, muy cortos de espíritu, con gran egoísmo. Hemos de vivir más intensamente la vida de Cristo en nosotros. En definitiva, hemos de convertirnos cada vez con mayor perfección.

–***Mateo 21,28-32***: *Los publicanos y prostitutas creyeron en Juan*. El cristiano verdadero se compromete con Cristo. Cristo es radical en su llamada. Nos quiere llevar por el camino de la cruz y quiere que le amemos más que a todas las cosas. Hay cristianos que tardan en comprometerse, pero lo hacen (Nicodemo, la Samaritana, Zaqueo...) Otros quisieran comprometerse, pero no se deciden a de-jarlo todo. Tratan de servir a dos señores: a Dios y al diablo.

Tenemos necesidad de redención. No todo en nosotros es perfecto. Sintiendo con la liturgia, nos consideramos hoy como noche, como tinieblas, como vasto, hórrido y estéril desierto; como ciegos, paralíticos, mudos, pusilánimes; somos los cautivos que languidecen entre las cadenas del pecado, de las costumbres y aficiones desordenadas, de las pasiones, del amor propio, de la propia estima, de la vanidad…

Todos nosotros no somos todavía lo que debiéramos ser. En muchas cosas permanecemos aún esclavos de muchas imperfecciones; no estamos completamente libres para Dios, para Cristo, para un amor perfecto… Necesitamos con urgencia al Salvador. Por eso la Iglesia en su liturgia de Adviento grita: «¡Lloved, cielos, de arriba! ¡Nubes, mandadnos al Justo! ¡Ábrete, tierra, y germina al Salvador!»...

La vida que Cristo nos da es una participación en la vida divina. Nosotros disfrutamos de ella mediante la gracia de la filiación divina. ¡Verdaderamente estamos salvados! ¡Redención! La vida divina desciende hasta nosotros y nuestra vida es elevada hasta lo divino. Ésta es la gracia que esperamos en la Navidad del Señor.

Miércoles

Entrada: «Ven, Señor, y no tardes. Ilumina lo que esconden las tinieblas y manifiéstate a todos los pueblos» (Hb 2,3; 1 Cor 4,5). En la oración *colecta* (Gelasia-no), pedimos a Dios todopoderoso que la fiesta, ya cercana, del Nacimiento de su Hijo nos reconforte en esta vida y nos obtenga la recompensa eterna.

–***Isaías 45,6-8.18.21-26***: *Ábrase la tierra y brote al Salvador*. El oráculo profético anuncia la llegada de la salvación que será el Justo en persona, el Mesías, que trae la victoria a su pueblo. Yavé se revela como el Señor único de la naturaleza y de la historia. La creación es signo y escenario de la salvación, que desciende y cala como el rocío, germina como un fruto de la tierra, con la fuerza de Dios. San Bue-naventura resume esta historia:

«Ya en el principio de la creación de la naturaleza, colocados en el Paraíso los primeros padres y justamente arrojados después por divino decreto en pena de haber comido del fruto vedado, la soberana misericordia no dilató el retraer al camino de la penitencia al hombre extraviado, dándole esperanza de perdón en la promesa de un Salvador futuro. Y porque ni la ignorancia o la ingratitud hiciesen ineficaz a nuestra salud tan grande dignación de Dios, en las cinco edades de este siglo dejó de anunciar, prometer y revelar con figuras la venida de su Hijo por medio de los patriarcas, jueces, sacerdotes, reyes y profetas, desde el justo Abel hasta Juan el Bautista, a fin de que, multiplicados en el discurso de muchos miles de tiempos y de años los grandes y maravillosos oráculos, levantase nuestras inteligencias a la fe e inflamase nuestros corazones con ardientes deseos» (*El árbol de la vida*, *Del misterio del origen* I,2)

Solo Dios puede salvar al hombre. A esa salvación invita a todos. Y es Jesucristo el que de hecho realiza esa salvación universal. Estamos habituados a pensar que Dios hace uso de las capacidades y de la actividad de los cristianos para actuar en la historia. Pero el profeta Isaías subraya que Dios se sirve a veces de instrumentos desconocidos y no necesariamente santos. No podemos encerrar la acción de Dios en nuestros pobres esquemas.

Todo radica en la obediencia a la voluntad de Dios. El cristiano descubrirá el valor de la sumisión a las circunstancias cuando la fe le revele en ello la mano de Dios. Él sabrá esperar, no tanto las etapas de una evolución de la que es artífice consciente, sino *el tiempo de Dios*. El Señor lo dice claramente. Solo Él es el Dios único y verdadero. No hay otro.

Él nos ha salvado por medio de Jesucristo. No podemos esperar otros mesianismos. Dios es un juez justo y salvador y no hay ninguno más… Él lo ha jurado por su nombre; de su boca sale una sentencia, una palabra irrevocable: «Ante Él se doblará toda rodilla y por Él jurará toda lengua». Todos hemos de proclamar: «Solo el Señor tiene la justicia y el poder». El torrente de vida divina se desborda e invade a la naturaleza humana, asumida por el Hijo al encarnarse entre nosotros. Abramos, pues, nuestra alma a esta invasión de vida divina. Acerquémonos a ella, llenos de fe, de veneración, de amor, de agradecimiento y de fervientes deseos.

–Al volver de Babilonia, Israel experimentó una vez más el amor que Dios le tenía. Dios anuncia la paz a su pueblo. Por el libertador Ciro la anuncia a Israel en el destierro, por la venida de Cristo la anuncia al mundo pecador; por su venida gloriosa la anunciará finalmente a todos los hombres. ¡Que venga este anuncio de paz! ¡Que las nubes lluevan al Justo! Así nuestra tierra dará su fruto.

Es lo que pedimos con el ***Salmo 84***: «Voy a anunciar lo que dice el Señor. Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La salvación está ya cerca de sus fieles y la

gloria habitará en nuestra tierra. La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan. La fidelidad brota de la tierra y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante Él, la salvación seguirá sus pasos».

–***Lucas 7,19-23***: *Jesús curó muchas enfermedades y libró de malos espíritus*. Para Juan, como para los cristianos contemporáneos, vale el principio de que Dios escucha no nuestros deseos, sino sus promesas. Nosotros, en general, creemos saber lo que Dios debería hacer para ser Dios: y cuando la verdadera obra de Dios se manifiesta, no sabemos reconocerla. Pero sigue siendo verdad que Dios es *el Señor de la historia*, tanto de cada persona, cuanto del mundo, y dirige los acontecimientos para servir a su designio de amor y de salvación.

Por eso se ha de evitar una lectura superficial de los acontecimientos y hay que procurar descubrir en todo el signo de la venida del Reino. Es objeto de una especial misericordia divina quien no se escandaliza de Él. Para el bien de los hombres Él realiza milagros, pero no quiere la popularidad. Encarna la misión del Siervo que sufre. Él ha de morir en la cruz y resucitar.

Jesús se define por sus obras. Y éstas son signos de su misterio. Pero el encuentro con Él nos introduce siempre en su misterio. Y por no avenirse a esto muchos se escandalizaron de Él. No comprendieron la realidad sublime de su misión santificadora. Y lo mismo sucede ahora. El encuentro con Jesucristo se produce a través del misterio de la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia. El Vaticano II en la Constitución *Dei Verbum,* 10, da las claves definitivas de la fe que salva: Escritura, Tradición y Magisterio.

Jueves

La *entrada* de la misa hoy suplica: «Tú, Señor, estás cerca y todos tus mandatos son estables; hace tiempo comprendí tus preceptos, porque Tú existes desde siempre» (Salmo 118,151-152). En la oración *colecta* (Gelasiano), pedimos al Señor que alegre con la venida salvadora de su Hijo a los que somos sus siervos indignos, afligidos por nuestros pecados.

–***Isaías 54,1-10***: *El amor de Dios para con su pueblo es indefectible*. Dios mismo será quien redima a su pueblo, ofreciéndole una Alianza de paz. El tema de los desposorios ha sido en algunos profetas signo de la unión del alma con Dios. Por el pecado, la esposa se ha mostrado infiel. Esta ruptura con Dios es, por tanto, como un adulterio. Pero el Señor, en su gran amor misericordioso, reanuda ese lazo de amor esponsal. Es bien conocida la historia de los pactos entre Dios e Israel, la infidelidad de éste, y la restauración del pacto por parte de Dios, siempre fiel a la Alianza.

Así también sucede con cada alma rescatada. Redimida por el bautismo, rechaza luego el amor de Dios por el pecado. Pero Dios la atrae de nuevo con el perdón de su misericordia. Los místicos han vivido a fondo esos desposorios del alma con Dios. Escribe Santa Teresa:

> «Ya tendréis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente. ¡Bendita sea su misericordia que tanto se quiere humillar! Y, aunque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar a entender lo que pretendo, que el sacramento del matrimonio. Porque, aunque de diferente manera, porque en esto que tratamos jamás hay cosa que no sea espiritual –esto corpóreo va muy lejos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos, al que deben tener los que se desposan , van mil leguas lo uno de lo otro), porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas y tan delicadísimas y suaves, que no hay cómo se decir; mas sabe el Señor darlas muy bien a sentir» (*5 Moradas* 4,3).

«Gran misterio es éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia» (Ef 5,32). El desposorio da acceso al alma a un estado superior y lo prepara a la unión perfecta con Dios.

–Ante el anuncio de la salvación, cantamos al Señor con el ***Salmo 29***: «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo; su cólera dura un instante, su bondad de por vida; al atardecer nos visita el llanto, por la mañana el júbilo. Escucha, Señor, y ten piedad de mí». Mis deseos son estar siempre contigo, unido siempre a ti con un inmenso amor que solo Tú puedes darme.

–***Lucas 7,24-3***: *La misión de Juan fue abrir el camino a Jesucristo*. Vivió la tragedia de los perseguidos por confesar la verdad. Solo los humildes y los pecadores entendieron su mensaje. Juan vivió solamente para anunciar al que había de venir. Es nuestro modelo en el seguimiento de Cristo. Vivamos solo para Él. Comenta San Agustín:

«Reconózcase, pues, el hombre humilde: reconozca por la confesión del pecado que el Dios excelso se ha humillado, y así sea exaltado por la consecución de la justicia. Hay, por tanto, dos realidades: el Señor y Juan, la humildad y la grandeza. Dios, humilde en su grandeza; y el hombre humilde en su debilidad. Dios humilde por el hombre, y el hombre humilde por sí mismo. Dios hecho humilde en beneficio del hombre, y el hombre humilde para no hacerse daño… Disminuya, pues, la honra del hombre y aumente la de Dios, para que el hombre encuentre su honra en la honra de Dios» (*Sermón* 380,7-8).

Cristo hace ver que Juan Bautista no solo es un profeta, sino más que cualquiera de ellos, porque es el Precursor del Mesías. Los otros vieron al Mesías desde lejos en sus vaticinios, pero el Bautista lo presenta oficialmente al pueblo. Por eso se cumple la profecía de Malaquías, interpretado por los Rabinos: que Elías en persona presentaría y ungiría al Mesías. Ésta fue la obra de Juan: presentarlo y ungirlo en el bautismo que lo proclamaba Mesías. Preparó Juan los caminos morales para la venida de Cristo. Pero el ingreso en el reino es superior que la preparación al mismo. En el Nuevo Testamento tenemos la realización del Antiguo. Por lo mismo, aquél es superior a éste, como la Ley de Cristo lo es con respecto a la de Moisés.

Viernes

Comenzamos con la siguiente aclamación en el canto de *entrada*: «El Señor viene con esplendor a visitar a su pueblo con la paz y comunicarle la vida eterna». En la *colecta* (Veronense), pedimos al Señor que su gracia nos disponga y nos acompañe siempre; así los que anhelamos vivamente la venida de su Hijo, a su llegada encontremos auxilio para el tiempo presente y para la vida futura.

–***Isaías 56,1-3.6-8***: *El Señor salva a judíos y a extranjeros*. En un oráculo, en el que se anuncia que Dios acepta como fieles suyos a todos los pueblos, se proclama que su salvación está para llegar ya y su victoria a punto de revelarse. Según el Nuevo Testamento, es Cristo quien trae esta anunciada salvación de Dios, el mismo que, en expresión de San Pablo, es justicia de Dios (1 Cor 1,30) para salvación de todo el que cree, sea judío o gentil (Rom 1,16). Basta practicar el derecho, hacer justicia, reconocer a Dios y someterse a Él, entregarse a Él con todo el corazón, mediante la fe en Cristo Jesús y ser recibido en el bautismo.

La observancia del derecho divino y de modo particular del sábado, tiene su fundamento en la espera de la salvación y del juicio de Dios. Y esto no tanto porque la ob-

servancia constituya un título merecedor de la salvación futura, cuanto porque en la celebración del sábado, según la teología de Israel, se anticipa y se pregusta el sábado eterno, la presencia definitiva de Dios gozada en su Casa.

Israel sabe vivir en una realidad provisional, en la cual es llamado al trabajo y a la fatiga. Pero el sábado, el cese del trabajo, es indicio de la presencia de Dios entre su pueblo; es dar lugar a Dios, a su obra de orden y de armonía, de justicia y de paz. Es obra aún velada e inicial, pero que lleva consigo la promesa del cumplimiento. En ese cumplimiento es donde está realmente la salvación que el Antiguo Testamento añora y anhela.

Es un gran misterio que cuando llegó a Israel la verdadera salvación, la realidad que esperaba, solo un grupo reducido la aceptó. Pero sigue siendo verdad que él fue el pueblo elegido. Por eso hemos de orar mucho por ese pueblo, para que se entregue a Cristo.

–Pronto va a venir la salvación, pero se trata de una salvación universal y sin fronteras, que abarca a todos los hombres que buscan a Dios con sincero corazón. Este misterio no fue entendido por la mayoría de los judíos, y a veces tampoco por algunos cristianos. Sin embargo, el ***Salmo 66*** canta abiertamente: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. El Señor tenga piedad y nos bendiga. Conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud y gobiernas las naciones de la tierra. La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor nuestro Dios. Que Dios nos bendiga; que le teman hasta los confines del orbe» con santa devoción.

–***Juan 5,33-36***: *Juan es la lámpara que arde y brilla*. Entre los testigos de Cristo, uno de los más fidedignos es Juan el Bautista. Pero el testimonio más apodíctico de Cristo son sus propias obras. Para los judíos de su tiempo el Bautista era una lámpara que ardía y brillaba. Él era el precursor. Su misión era mostrar oficialmente a Cristo. El prestigio que el Bautista tuvo entonces en Israel fue excepcional. No solo se refleja en los Evangelios, sino que es recogida también por el historiador judío Josefo.

Juan negó que él fuera el Mesías. Solo tenía la misión de señalarlo. Tenían que haberlo recibido, ya que apelaban a un testimonio humano. Mas aquella embajada de los judíos al Bautista fue una frivolidad sin efecto alguno. Juan era la lámpara, que arde y alumbra en la noche a falta del sol. Buena era la lámpara, la misión del Bautista, como buena es la luz de la lámpara al anochecer. Pero no quisieron verla. Cerraron los ojos. No supieron seguirla para encontrar el camino que conduce a Cristo. Solo unos pocos judíos reconocieron a Cristo y lo siguieron.

Pero, además de la luz de esta lámpara, existía el resplandor mucho mayor de las obras de Cristo. Y tampoco los judíos quisieron abrir los ojos a esas espléndidas realidades que Cristo manifestaba con su doctrina y sus milagros. San Juan Cri-sóstomo afirma que la soberbia y la incredulidad les cegaron:

«Hay motivo sobrado para maravillarse y quedar perplejo si se considera que quienes habían sido educados con los libros proféticos y escuchado a diario a Moisés y a los profetas de las épocas siguientes, que tantas cosas habían predicho acerca de la venida de Cristo, cuando vieron a Cristo mismo obrar prodigios constantemente... después de que fueran obrados tantos prodigios en su provecho, a pesar de haber escuchado a diario la lectura de los profetas y la propia voz del mismo Cristo, que les enseñaba sin concederse reposo, fueran ciegos y sordos hasta el punto de no permitir que ninguna de esas cosas les llevara a aceptar la fe en Cristo...

«Escuchad a San Pablo, que nos da la explicación: "ignorando la justicia de Dios, buscaron establecer su propia justicia sin someterse a la justicia de Dios" (Rom 10,3)... O sea, que la causa de sus males fue la incredulidad. Y la incredulidad, por su parte, era resultado de su soberbia y obstinación... Nada aleja tanto de la benevolencia de Dios y nada arrastra tantas almas a la eterna condenación como la tiranía de la soberbia. Cuando nos domina, toda nuestra vida se hace impura, por mucho que practiquemos la castidad, la virginidad, el ayuno, la plegaria, la limosna y el resto de las virtudes... El Dios de los humildes, mansos y bondadosos os dé a vosotros y nosotros un corazón contrito y humillado» (*Homilía IX sobre el evangelio de San Juan*)

4ª Semana de Adviento

Domingo

El cuarto Domingo de Adviento está polarizado en la cercana solemnidad de Navidad. En la *entrada* alzamos un cántico de esperanza: «Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la victoria: ábrase la tierra y brote la salvación» (Is 40,8). En la *colecta* (Gregoriano), pedimos al Señor que derrame su gracia sobre nosotros, que hemos conocido por el anuncio del ángel la encarnación de su Hijo, para que lleguemos por su pasión y su cruz a la gloria de la resurrección.

En la oración sobre las *ofrendas* (Bérgamo), se pide que el mismo Espíritu, que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique los dones que se han colocado sobre el altar. En la *comunión* se proclama que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel (Mt 1,23; Is 7,14). La *postcomunión* (Gregoriano) pide que el pueblo que acaba de recibir la prenda de su salvación, sienta el deseo de celebrar dignamente el nacimiento del Hijo de Dios, al acercarse la fiesta de Navidad.

Ciclo A

Inminencia de Navidad, del Emmanuel, «Dios con nosotros». Dios hecho hombre,

para hacer a los hombres hijos de Dios. Es una liturgia eminentemente mariana.

–***Isaías 7,10-14***: *La Virgen concebirá y dará a luz un hijo*. Cuando el profeta Isaías pretende proclamarnos el misterio del Emmanuel, el Espíritu le hace anunciar justamente la maternidad virginal de María. Dios es el dueño absoluto de los acontecimientos. La confianza en Dios es siempre el medio más seguro de salvación.

El rey Acaz procura obtener la salvación fuera del plan divino, que es un plan de salvación universal, y es castigado. La Casa de David, en cambio, va a ser en las manos de Yavé un instrumento para obtener un bien universal a todos los hombres. Dentro de ella, la misión de la Virgen-Madre es misteriosa, pero realísima. Comenta San Agustín:

«No te resulte extraño, alma incrédula, quienquiera que seas; no te parezca imposible que una Virgen dé a luz y permanezca Virgen. Comprende que es Dios quien ha nacido, y no te extrañará el parto de una Virgen» (*Sermón* 370,2, en el día de Navidad).

–Con el ***Salmo 23*** decimos: «Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes. Él la fundó sobre los mares, Él la afianzó sobre los ríos. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón… Va a entrar el Señor. Él es el Rey de la gloria».

–***Romanos 1,1-7***: *Jesucristo, de la estirpe de David, es el Hijo de Dios*. Jesucristo, en su doble naturaleza, divina y humana, constituye el centro de la historia de la salvación y la garantía de la redención para todos los hombres. Todo cristiano debe sentirse unido con un vínculo especial a Cristo.

La vocación al apostolado es general, pero alguno viene elegido de modo particular para ser un instrumento especial. No existen apóstoles a título personal. Los apóstoles lo son porque existe un Evangelio, un Salvador que les ha elegido, llamado y enviado, y que con ellos desarrolla el plan divino, ya anunciado en el Antiguo Testamento. El fin de toda la redención es llamar al hombre a la santidad. El cristiano no abandona el mundo, pero vive en él, siguiendo el impuso de la gracia, e iluminándolo todo con la paz de Dios.

–***Mateo 1,18-24***: *Jesús nacerá de la Virgen María*. El hecho más claro de toda la historia de la salvación es que el Redentor nos ha venido por María. Él ha sido, en su condición humana, el ser más íntegramente mariano que ha existido. Comenta San Agustín:

«¿Cómo aparece en una Virgen tal Palabra?… Los ángeles son algo realmente grande, no algo sin importancia. Y sin embargo, ellos adoran la carne de Cristo, sentada a la derecha del Padre. Ésta es obra, sobre todo, del Espíritu Santo. En relación a esta obra, su nombre aparece cuando el ángel anunció a la santa Virgen el Hijo que iba a nacer. Ella se había propuesto guardar virginidad, y su marido era el guardián de su pudor, antes que destructor del mismo; mejor, no era *guardián*, puesto que esto quedaba para Dios, sino *testigo* de su pudor virginal, para que su embarazo no se atribuyese a adulterio.

«Cuando el ángel le dio el anuncio, dijo: "¿Cómo puede ser esto, si yo no conozco varón?" Si hubiese tenido intención de conocerlo, no le hubiera causado extrañeza. Tal extrañeza es la prueba de su propósito… Y el ángel le respondió: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti"» (*Sermón* 225,2, en Hipona, el día de Pascua).

Ciclo B

En este último Domingo de Adviento la Iglesia nos invita encarecidamente a abrir nuestras conciencias al acontecimiento clave de la Historia de la Salvación, y de la historia de la humanidad: la Encarnación del Verbo de Dios, el nacimiento del Redentor. Hemos de abrir nuestros corazones a este gran acontecimiento y vivirlo con fe y

amor, bajo la acción interior de la gracia.

–***2 Samuel 7,1-5.8.12.14.16***: *El reino de David durará para siempre en la presencia del Señor*. Y ahora ha llegado la plenitud de los tiempos (Gál 4,4). Aquella antigua promesa, reiterada a David y vinculada a su descendencia, se convierte, al fin, en una realidad definitiva: Dios se hace presencia viva en Jesús, Hijo de David por la Virgen María.

La salvación tiene su itinerario, pero avanza con instituciones humanas y sobre ellas. Dios no forja un modelo y lo impone a los hombres, sino que se asocia a sus actuaciones, haciendo prevalecer siempre su plan de salvación. Su mensaje alcanza a sus oyentes a través de palabras humanas. Hay que escuchar lo que Dios dice a través de sus mensajes escritos, pero también es importante entender lo que se revela en el transcurso histórico del hombre y de los pueblos.

Pero al mismo tiempo Dios, la Verdad, la Salvación, transciende cualquier forma o institución histórica. La salvación no camina más que sobre las bases señaladas por el Espíritu Santo, animador de toda la historia. Y siempre «el Señor está cerca de todos los que lo invocan» (Sal 144,18).

Nosotros, pues, sacrifiquemos todo lo caduco y transitorio, y volvámonos hacia el Señor, hacia el Redentor. Seamos como la Iglesia y como María, vírgenes y esclavos. Vírgenes: apartados de todo lo que no sea Dios o no conduzca a Él. Esclavos: entregados abnegadamente y de modo total a Dios y a su gracia. Solo Él puede hacernos completamente felices.

–Con el ***Salmo 88*** digamos: «Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades… Sellé una alianza con mi elegido, jurando a David, mi siervo: “Te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono para todas las edades”. Él me invocará: “Tú eres mi Padre, mi Dios, mi Roca sal-vadora”. Le mantendré eternamente mi favor y mi alianza con Él será estable».

–***Romanos 16,25-27***: *Revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos*. En Cristo se nos revela toda la plenitud del Misterio de Salvación, escondido durante siglos en los designios divinos, oculto en su promesa de Redención para todos los hombres.

Para San Pablo, el mensaje fundamental de Cristo es la revelación del Misterio. Es el plan secreto que recapitula todos los momentos dispersos de la historia. El hombre vive en un contexto demasiado limitado y no puede abarcar la dimensión de la que forma parte. La revelación cristiana viene continuamente a su encuentro: le recuerda el punto de partida y la meta de su llegada. Pero siempre permanece el misterio que hemos de acoger con una fe inmensa, abandonados enteramente al beneplácito divino. «El Señor está cerca de todos los que lo invocan sinceramente». Reconozcamos con humildad la propia nada y apartémonos de todo lo que no sea Dios.

–***Lucas 1,26-28***: *Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo*. María es el punto final del Adviento, porque nos convierte en realidad y nos da definitivamente al que había de venir, al Dios con nosotros. El Evangelio no es tanto un texto de historia o un tratado de Teología, cuanto un memorial de fe. San Lucas nos refiere la experiencia de la Virgen María y de los primeros creyentes no solo para informar, sino también y, sobre todo, para animar a sus oyentes y lectores. Escribe San Am-brosio:

> «Sin duda, los misterios divinos son ocultos y, como ha dicho el profeta, no es fácil al hombre, cualquiera que sea, llegar a conocer los designios de Dios (Is 40,13). Por eso el conjunto de acciones y enseñanzas de nuestro Señor y Salvador nos dan a entender que un designio bien pensado ha

hecho elegir con preferencia para Madre del Señor a la que había sido desposada con un varón. Pero ¿por qué no fue hecha Madre antes de sus esponsales? Posiblemente para que nadie dijera que había concebido pecaminosamente.

«Con razón, pues, ha indicado la Escritura las dos cosas: que ella era esposa y que era virgen; Virgen, para que apareciera limpia de toda relación con un varón; desposada, para sustraerla al estigma infamante de una virginidad perdida, en la que su embarazo hubiera sido signo de su caída. El Señor ha querido mejor permitir que algunos dudasen de su origen, antes que de la pureza de la Madre. Sabía Él qué delicado es el honor de una virgen, qué frágil la fama del pudor; y no juzgó conveniente establecer la verdad de su origen a expensas de su Madre» (*Comentario Evang. Lucas* II,1).

Los Santos Padres nos aseguran que la Virgen María concibió primeramente a Cristo de un modo espiritual, es decir, con su fe, con su pureza virginal, con su humildad, con su entera sumisión a Dios, con su obediencia, con el reconocimiento de su pequeñez y de su indignidad. Primero tuvo que ser *virgen*, tuvo que estar desprendida de todo lo que no era Dios. Después tuvo que ser *esclava*, es decir, tuvo que entregarse humilde y totalmente a Dios, a su divina voluntad.

Permanecer como Sagrario viviente entre los hombres, portadora de Cristo y partícipe eficaz de su Vida y de su Obra, constituye la responsabilidad profunda de la Virgen María en su divina Maternidad. Ésa es una maravillosa comunión de vida con Cristo, a la que también nosotros hemos de aspirar a diario por nuestra comunión eucarística.

Ciclo C

Histórica y teológicamente el Adviento se resuelve en la realidad maternal de la Virgen María. Ella señala, en la historia de la salvación, el paso de la profecía mesiánica a la realidad evangélica, de la esperanza a la presencia real y palpitante del Verbo encarnado. Por todo esto, el cuarto Domingo de Adviento es sumamente mariano. Solo de la mano maternal de la Virgen María podemos llegar al conocimiento exacto del misterio de Cristo, pues de hecho, a través de Ella, determinó Dios ofrecernos la realidad exacta del Emmanuel, el «Dios con nosotros». Hemos de prepararnos, pues, ayudados por la Virgen, para vivir lo más plenamente posible la celebración litúrgica del Nacimiento del Salvador.

–***Miqueas 5,2-5***: *De ti saldrá el Jefe de Israel*. He aquí otro profeta que nos adelanta el misterio mariano del Dios en medio de su pueblo: de Belén, de la Mujer bendita, surgirá el Redentor. El texto de Miqueas es mesiánico no solo en el sentido literal de la palabra, porque mira al nacimiento del Mesías, esto es, de un Rey de la estirpe de David, sino también en el sentido cristiano, porque la realización histórica del sentido pleno de la profecía la deja abierta para su realización en Cristo.

El texto se refiere también al tema teológico cristiano. La Iglesia vuelve siempre en el memorial de la celebración litúr-gica a su origen. Toda la humanidad debe recuperar la imagen del mundo verdadero, creado bueno por Dios. Pero esto requiere una renuncia al pasado de pecado, una conversión: exige la cruz. La paz y la salvación del mundo dependen de uno que ha de venir con el poder de Dios, y no van a conseguirse por las leyes o instituciones históricas. Éste es el fundamento de la naturaleza personalista de la salvación cristiana.

–Con el ***Salmo 79*** pedimos: «Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve. Pastor de Israel, escucha. Tú, que te sientas sobre querubines, resplandece. Despierta tu poder y ven a salvarnos. Dios de los

ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que Tú hiciste vigorosa… Danos vida para que invoquemos tu nombre».

–***Hebreos 10,5-10***: *Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad*. La Encarnación no es solo el Misterio del Hijo de Dios en consanguinidad con nosotros, los hombres. Es también el Misterio del Verbo en condición victimal, solidaria y redentora ante el Padre por todos nosotros. Éste es el sentido de la segunda lectura de hoy.

El antiguo sistema sacrificial no era malo, y tuvo validez como signo, como aspiración e invocación de la realidad. Pero era necesario otra cosa: la victimación del Verbo encarnado, que una consigo a todos los hombres. Y éstos han de compartir su victimación con Él, sometiéndose totalmente a la voluntad de Dios, siendo *esclavos* de una humilde y constante fidelidad a la gracia divina.

–***Lucas 1,39-45***: *¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?* La Virgen María, la Mujer bendita, la primera creyente y realizadora del Misterio de Cristo, es el punto final del Adviento. Ella misma fue el signo viviente, que hizo presente en el mundo la realidad del Verbo encarnado. Isabel es con Juan el Bautista el símbolo de la espera del judaísmo e, indirectamente, el símbolo de toda la humanidad. Y es también el prototipo del modo ideal de acoger al Mesías salvador.

Pero se notará cómo la capacidad de reconocer al Salvador está unida a la fe, y ésta solo es posible por la gracia de Dios. El hombre aspira humanamente a la salvación, pero los caminos del Señor no son nuestros caminos y, consiguientemente, solo el Espíritu Santo puede hacer que reconozcamos y aceptemos la salvación. Dios salvador se hizo presente en la naturaleza humana y solo en la relación personal y vital con el Dios encarnado está la salvación.

De aquí se deriva el carácter personal del cristianismo. Navidad es la fiesta del amor misericordioso de Dios: «Tanto amó Dios al mundo, que le envió a su mismo Hijo Unigénito, para que, creyendo en Él, no perezca, antes alcance la vida eterna» (Jn 3,16). Esto es lo que ha realizado Dios por nosotros, por nuestra redención y salvación eterna. Vivir en hondura, sin intermitencias, sin separación existencial alguna, su comunión total con Cristo constituyó la identidad perfecta de María y el testimonio evangelizador de su vida temporal entre los hombres. Una comunión total de vida con Cristo que también nosotros hemos de procurar a diario con la gracia de Dios.

17 de Diciembre

Comenzamos ya, con gran alegría, la semana preparatoria de Navidad. Y cantamos en la *entrada*: «Exulta, cielo; alégrate, tierra, porque viene el Señor y se compadecerá de los desamparados» (Is 49,33).

En la oración *colecta* (Rótulus de Rávena) pedimos a Dios creador y restaurador del hombre, que ha querido que su Hijo, Palabra eterna, se encarnara en el seno de María, siempre Virgen, que escuche nuestras súplicas, para que Cristo, su Unigénito, hecho hombre por nosotros, se digne, a imagen suya, transformarnos plenamente en hijos suyos.

–***Génesis 49,2.8-10***: *No se apartará de Judá el Reino*. La bendición de Jacob sobre sus hijos augura la supremacía de Judá hasta la llegada del Cristo que esperan las naciones. La perspectiva de la salvación se va definiendo poco a poco. Esta lectura es un bello poema. Recoge el oráculo de Jacob sobre la tribu de Judá, que destacará por su vigor, independencia y supremacía sobre las demás tribus.

David y Salomón eran del linaje de Judá, y con ellos el pueblo judío obtuvo un gran esplendor. Jerusalén está en el territorio de Judá. Toda la historia judía está en función de Cristo; así toda la historia humana, representada por Israel, está en función de la venida del Mesías. La verdadera preeminencia de Judá está, pues, en que de esta tribu había de nacer Cristo, Salvador del mundo.

Por eso no se le quitará a Judá el cetro, porque es un cetro que supera las vicisitudes históricas y políticas de un pueblo. Es el cetro de Dios. El único que no puede quitarse, porque nunca ha sido dado. Es intrínseco a Dios mismo. Es el signo de su poder, pero, sobre todo, de su amor, porque reinando Dios, sirve a sus siervos, a quienes hace amigos.

Por eso, decimos con la liturgia que Cristo es la Sabiduría de Dios, que llega de un confín a otro de la tierra, disponiendo todo con suavidad y energía. Lo que el mundo juzga estupidez, es elegido por Dios para confundir con ello a los sabios. La Sabiduría de Dios en el pesebre, en la pobreza, en el silencio, en la debilidad… La Sabiduría de Dios en la cruz.

–La bendición de Jacob sobre Judá se realiza plenamente en Cristo: su mano tendrá un cetro real, su Reino será la Iglesia, que camina hacia la Jerusalén celeste, llamada visión de paz. El ***Salmo 71*** nos invita a la contemplación de esta Iglesia definitiva, de aquel Reino de Jesucristo en el que florecerán la justicia y la paz:

«Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente. Que los montes traigan la paz y los collados, la justicia. Que Él defienda a los humildes del pueblo y socorra a los hijos del pobre… Que domine de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra. Que su nombre sea eterno…, que Él sea la bendición de todos los pueblos, y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra».

–***Mateo 1,1-17***: *Genealogía de Jesucristo, hijo de David*. El que es acogido por los justos y perseguido por su propio pueblo desde el comienzo. Cristo está vinculado estrechamente a su pueblo y a la humanidad entera. En su genealogía entran

mujeres de origen no israelita. En la historia de la salvación Dios elige a veces caminos que pueden desconcertar a los hombres. De entre los hijos de Jacob elige a Judá, ni el primero ni el último.

Nuestra fe ha de habituarse a este paso de Dios, aunque nos parezca, a veces, desconcertante. Cristo es Dios y hombre. En cuanto hombre tiene una ascendencia. No es un mito. Es un ser histórico que se inserta en su pueblo de Israel. No sería hombre, si no fuera de este modo. De Cristo, Mesías de todas las naciones, se habría podido pasar por alto su origen histórico. Sin embargo, no ha sido así. El evangelista nos narra su origen humano con diligencia y detalladamente. San León Magno comenta:

«De nada sirve reconocer a nuestro Señor como hijo de la bienaventurada Virgen María y como hombre verdadero y perfecto, si no se le cree descendiente de aquella estirpe que en el Evangelio se le atribuye.

«Dice, en efecto, Mateo: "Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham"; y a continuación viene el orden de su origen humano, hasta llegar a José, con quien se hallaba desposada la Madre del Señor.

«Lucas, por su parte, retrocede por los grados de ascendencia y se remonta hasta el mismo origen del linaje humano, con el fin de poner de relieve que el primer Adán y el últio Adán son de la misma naturaleza... Consustancial como era [Cristo] con el Padre, se dignó a su vez hacerse consustancial con su Madre, y siendo como era el único que se hallaba libre de pecado, unió consigo nuestra naturaleza... No hubiérsemos podido beneficiarnos de la victoria del triunfador, si su victoria se hubiera logrado al margen de nuestra naturaleza.

«Por esta admirable participación, ha brillado para nosotros el misterio de la regeneración, de tal manera que, gracias al mismo Espíritu por cuya virtud fue concebido Cristo, hemos nacido nosotros de nuevo de un origen espiritual» (*Carta* 31).

El infinito se alcanza pacientemente en el límite, aceptando ser lo que somos. Se supera solo lo que se acepta y se ama. La divina Sabiduría se revistió de naturaleza humana, tomó la forma frágil de un niño. Eligió la pequeñez, la pobreza, la obediencia, la sujeción a otro, la vida oculta. Lo que el mundo tiene por bajo y despreciable, lo que cree nulo es preferido por Dios, para aniquilar aquello que cree ser algo (1 Cor 1,20).

18 de Diciembre

«El Mesías que Juan anunció como Cordero, vendrá como Rey», cantamos en la *entrada* de esta celebración. En la *colecta* (Gelasiano) pedimos al Señor que nos conceda a los que vivimos oprimidos por la antigua esclavitud del pecado, vernos definitivamente libres por el renovado misterio del Nacimiento de su Hijo.

–***Jeremías 23,5-8***: *Suscitaré a David un vástago legítimo.* El profeta anuncia la venida de un gran Rey, descendiente de David. Es el Mesías prometido, que traerá al mundo la salvación. «El Señor nuestra Justicia» es como un doblaje de la expresión «el Señor con nosotros», y equivale a *Jesús*: Dios salvador. Justicia es lo mismo que santidad.

El deseo de salir de las angustias presentes podría ser una forma de aliena-ción, de evasión, de refugio psicológico, si aquellos días mesiánicos no fueran un ideal que hemos de alcanzar, un modelo que imitar; más aún, si aquellos días futuros no fuesen, en esta tensión, ya presentes.

En efecto, así como la vida eterna –de la que la era mesiánica es figura y con la que se confunde muchas veces profética-mente– está ya en parte vivida en el tiempo por anticipación, la espera no es refugio evasivo. En la espera tenemos ya una afirmación, una presencia. Se espera lo que ya se posee en parte, pero lo que se espera es algo que,

en su inagotable riqueza, está aún por poseer, por buscar, por esperar. Sí, pero todavía no. Es decir: tenemos la realidad, pero no en su plenitud, que solo se puede alcanzar en la gloria futura.

Por eso pedimos en la liturgia de Adviento que el Salvador venga. Es el Dios fuerte. Fuerte en los prodigios que realiza, fuerte en el gobierno, en la conservación y en la propagación de la Iglesia. Fuerte en la redención y en la santificación de las almas, fuerte en su amor para con nosotros, indignos. Fuerte en su misericordia, fuerte en ayudarnos en todas nuestras necesidades:

«Oh Adonai, Dios fuerte, Dios omnipotente. Tú eres quien se apareció a Moisés en la zarza ardiente. Tú eres quien le dio la ley en el monte Sinaí. ¡Ven, alárganos tu mano y sálvanos», cantamos hoy en la antífona para el Magníficat en Vísperas.

–En el ***Salmo 71***, el nuevo David, que Dios promete a los que han sido deportados a Babilonia, es figura de Jesucristo. Supliquemos, pues, con este Salmo que venga el Reino definitivo de Cristo, el nuevo David. Él «librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector. Él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres. Bendito sea el Señor, Dios de Israel, el único que hace maravillas. Bendito por siempre su nombre glorioso, que su gloria llene la tierra. Amén, Amén... ¡Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente!».

–***Mateo 1,18-24***: *Jesús es el Hijo de Dios*. Escribiendo la genealogía ascendente hasta Abrahán, San Mateo (1,1-17) ha querido demostrar la verdadera humanidad de Jesús. Ahora bien, en el evangelio de hoy, se pone en claro el otro aspecto del Salvador: el de Hijo de Dios. Leemos en la *Carta a Diogneto*, carta muy antigua, hacia el año 200:

«Nadie pudo ver a Dios ni darle a conocer, sino Él mismo fue quien se reveló [en Jesucristo]. Y lo hizo mediante la fe, único medio de ver a Dios. Pues el Señor y Creador de todas las cosas, el que lo hizo todo y dispuso cada cosa en su propio orden, no solo amó a los hombres, sino que fue también paciente con ellos. Siempre fue, es y seguirá siendo benigno, bueno, incapaz de ira y veraz. Más aún, Él es el único bueno, y cuando concibió en su mente algo grande e inefable, lo comunicó únicamente con su Hijo» (*Diogneto* 8).

La figura de San José tal como aparece en el relato evangélico es elevada y dramática, esculpida con fe y humildad. No es que San José acepte venir a ser padre de Dios, no. Podría hacer eso con un desmedido orgullo o con una presuntuosa y falsa humildad. Lo que sí hace José es entregar toda su vida a Dios, seriamen-te, en una donación incondicional. Acepta ser conducido por Dios por caminos misteriosos; acepta recibir a su cuidado a la Virgen María, en toda su fragilidad femenina, que era verdadera, al igual que era verdadera la fragilidad infantil de Jesús niño. Para estas fragilidades poderosas, pero también débiles, José acepta hacer de escudo, con su debilidad de hombre ciertamente elegido por Dios, con altas gracias divinas y dones especiales.

San José acepta valientemente y con alegría cumplir la misión para la que el Señor le ha elegido. No cabe duda de que Dios le ha preparando especialísimamente, y que él siempre ha aceptado la voluntad de Dios, prestándose a colaborar en todo lo posible con la gracia divina. El Evangelio, dentro de su concisión, es muy ex-plícito: José, «como era bueno». ¡Cuántas renuncias suponen esas palabras! Tenemos necesidad de su ejemplo y de su intercesión en estos tiempos en los que los hombres, siguiendo sus propios planes, quedan extenuados, vacíos y sin alma.

19 de Diciembre

El canto de *entrada* nos asegura que «el que ha de venir vendrá, y no tardará, y ya no habrá temor en nuestra tierra, porque Él es nuestro Salvador» (Hab 10,37). En la oración *colecta* (Rótulus de Rávena) pe-dimos al Señor, Dios nuestro, que, ya que en el parto de la Virgen María ha querido revelar al mundo entero el esplendor de su gloria, nos asista ahora con su gracia para que proclamemos con fe íntegra y celebremos con piedad sincera el misterio admirable de la Encarnación de su Hijo.

–***Jueces 13,2-7.24-25***: *Un ángel anuncia el nacimiento de Sansón*. Como en las narraciones evangélicas de la infancia, un ángel de Dios anuncia el nacimiento de Sansón, el libertador de Israel, que, en cuanto nazareo, tenía que llevar una vida de austeridad y privaciones. En ese pasaje escriturístico se nos muestra el proceder de Dios en la historia de la salvación. Es decir, nos muestra su bondad y su omnipotencia, que utiliza a las criaturas humanamente menos capaces para llevar a cabo su plan salvífico.

Estos prodigios evidencian una verdad, muchas veces olvidada. Cuando los instrumentos humanos actúan eficazmente, olvidamos con frecuencia que esa eficacia procede de Dios. Y así no reconocemos suficientemente la acción de Dios ni le tributamos el agradecimiento que merece.

El orgullo es el enemigo de la salvación de las almas, de la Iglesia, del cristianismo. Levanta soberbio su cabeza: quiere aniquilar la fe en Dios, la fe en Cristo, la religión cristiana. Los hombres vuelven la espalda y se alejan del verdadero Dios, buscando otros dioses que ellos mismos se fabrican. Quieren llegar así a una divinización total del pensamiento humano, a una divinización total de la vida del hombre. Del verdadero Dios, de su inmensa bondad en la creación y en la salvación, ni siquiera ha de hablarse. En cambio, todo lo que no sea Él puede consentirse, todo puede aceptarse, hasta los ideales y las aspiraciones más ridículas.

Por eso el Señor se lamenta: «Admiraos, cielos; espantaos, puertas celestes, dice el Señor. Dos errores ha cometido mi pueblo: me han abandonado a Mí, fuente de aguas vivas, y se han construido cisternas rotas, incapaces de contener agua» (Jer 2, 13). Es una gran advertencia para nosotros.

–Desamparado, pero no desesperado, el autor del ***Salmo 70***, mientras medita las antiguas maravillas que Dios ha realizado en su favor, le pide ser salvado de todo enemigo. Estas maravillas de tiempos pasados el Espíritu nos las recuerda para infundirnos esperanza en nuestras dificultades presentes. Por eso exclamamos: «Llena estaba mi boca de tu alabanza y de tu gloria, todo el día. Sé Tú mi Roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres Tú. Dios mío, líbrame de la mano perversa. Porque Tú, Dios mío, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. Cantaré tus proezas, Señor mío, narraré tu victoria, tuya entera. Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas»

–***Lucas 1,5-25***: *Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista*. En estos relatos de anunciaciones de nacimientos subyace la fe. Algunos de los protagonistas de estos anuncios prodigiosos tienen una adhesión profunda de fe, mientras que otros, como aquí Zacarías, se resisten a creer.

Son frecuentes los escepticismos en Israel, que siempre se ve confundido por Dios. También esa incredulidad llega hasta el apóstol Santo Tomás. Pero hay también en Israel una tradición formidable de fe, que

llega a su culmen en la Virgen María. Aunque es la fe la mejor disposición para la acción de Dios –se diría que casi la condición natural para la manifestación del milagro–, Él, Dios, no se deja vencer por la incredulidad humana, como si el escepticismo de los hombres tuviese el poder de detenerlo. Y así, aunque el milagro puede ser un premio de la fe, también puede ser a veces un motivo para creer.

Por eso Dios castiga a Zacarías, pero no retira el milagro. Y San Agustín comenta:

« Zacarías, que ha de engendrar a la voz, ahora calla. Calla por no haber creído. Con razón enmudece hasta que nazca la voz» (*Sermón* 290,4).

La voz clamará en el desierto anunciando al Retoño de la raíz de Jesé, que se levantará enhiesto como una bandera, visible a todos los pueblos; ante Él enmudecen los reyes, a Él claman los pueblos in-fieles. Por eso hoy clama la liturgia: ¡Ven, Señor, no tardes más, sálvanos!. Establece tu reino entre nosotros: el reino de la verdad, de la justicia, del amor y de la paz. ¡Ven, Señor, no tardes más!

20 de Diciembre

Con el profeta Isaías cantamos en la *entrada* de esta celebración: «Saldrá un renuevo de la raíz de Jesé y la gloria del Señor llenará toda la tierra. Todos los hombres verán la salvación de Dios» (Is 11,1.40, 3). En la oración *colecta* (Rótulus de Rávena) se pide al Señor y Dios nuestro, a cuyo designio se sometió la Virgen Inmaculada, aceptando, al anunciárselo el ángel, encarnar en su seno a tu Hijo, que ya que Él la ha transformado, por el don del Espíritu Santo, en templo de la divinidad, nos conceda, siguiendo su ejemplo, la gracia de aceptar sus designios con humildad de corazón.

–***Isaías 7,10-14***: *Ésta será la señal: la virgen concebirá un hijo*. El profeta y el rey se hallan frente a frente. Acaz solicita la ayuda de Asiria para vencer a sus enemigos. Bajo una falsa religiosidad, oculta una absoluta falta de fe en la intervención divina. En esa coyuntura nacional, Isaías, el hombre de Dios y de la fe, le ofrece un signo: «La Virgen concibe y da a luz un hijo y le pone por nombre Dios-con-nosotros». Palabras tan grandiosas solo pueden decirse del Mesías, Jesucristo bendito, y así se dicen en el Evangelio (Mt 1,18-25). Él es el signo de la ayuda de Dios al mundo.

Tal vez hoy no se perciba en muchos casos la presencia de Dios en los acontecimientos de cada día, pues nos fiamos mucho del progreso. Pero, en realidad, ese progreso falla muchas veces. Aunque hay medicinas para todo, éstas a veces no curan, y los hombres se siguen muriendo. Tenemos necesidad del auxilio divino, incluso en la evolución del progreso. Todo lo debemos a Dios.

Además hemos de ver a Dios en los hombres, porque éstos son como sombras de Cristo, que continúa caminando en el paso del pobre, del necesitado, del fiel que está injertado en Él. Por eso todo hombre, y el cristiano de modo especial, es signo y transmisor de la presencia divina en el mundo.

«He aquí que una virgen concebirá». Con la sagrada liturgia, reconozcamos también nosotros a María, la Virgen Madre de Dios, en la santa Iglesia. Como aquella, también la Iglesia lleva en su seno a Cristo, la verdad, la salvación, la gracia. Solo en ella encontrará la humanidad a Cristo.

Venid, subamos al monte del Señor –al monte Sión–, vayamos a la casa del Señor –al templo de Jerusalén, a la morada de Dios, a la Virgen María, a la Iglesia–. Allí nos enseñará Él sus caminos. Seamos fie-

les al Señor, a la Virgen María, a la santa Iglesia.

–Por la venida de Cristo todo el mundo se transformará en un templo de su presencia. Esto debe ser cada vez más explícito y manifiesto, por eso cantamos con el ***Salmo 23***:

«Ya llega el Señor, Él es el Rey de la gloria. Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes. Él la fundó sobre los mares. Él la afianzó sobre los ríos. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón. Ése recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Éste es el grupo que busca al Señor, que viene a tu presencia, Dios de Jacob».

Así cantamos nosotros, que en este Adviento nos preparamos para celebrar dignamente el Nacimiento del Salvador.

–***Lucas 1,26-38***: *El Señor solicita por el ángel la aquiescencia de María*. Dios tiene necesidad de la nada de su criatura abierta a Él. Las más grandes obras de Dios se realizan en el silencio y la oscuridad. En la Anunciación la Virgen María tiene una misión relevante. Ha llegado la plenitud de los tiempos, el tiempo mesiá-nico. Sus signos son sencillez, humildad, plenitud, alegría. María es la nueva Jerusalén, el nuevo Templo. La Gloria de Dios habita en Ella. San Bernardo, en el nombre de toda la humanidad, le habla así con inmensa devoción:

«Oiste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo. Oiste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo... También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, la palabra misericordiosa de tu respuesta. Se pone en tus manos el precio de nuestra salvación. En seguida seremos librados, si tú das tu consentimiento...

«Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso, con todos los antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de la muerte. Este te pide el mundo postrado a tus pies...

«Da pronto tu respuesta. Responde presto al ángel o, por mejor decir, al Señor por medio del ángel. Responde una palabra y concibe la Palabra divina. Emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna...

«Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas a tu Creador. Mira que el Deseado de todas las naciones está llamando a tu puerta... Levántate, corre, ábrele. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

«“Aquí está, dice la Virgen, la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”» (*Homilía* 4).

Así, con la fe de María comienza la nueva Alianza. Ella es elegida y preparada para ser signo de la presencia de Dios, y es signo tan transparente y eficaz, que se hace para nosotros como su tabernáculo viviente, una custodia viva, en la que mora plenamente el Señor.

Ante la propuesta divina, traída por el ángel, María no conoce más que una obediencia ciega, una entrega y un abandono absolutos: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». El Verbo entonces se hace carne en Ella por obra del Espíritu Santo. ¡Venid, adoremos! La Virgen de Nazaret es el Templo nuevo, la nueva Arca de la Alianza, en la que se acerca a nosotros el mismo Dios en persona.

«He aquí que una Virgen concebirá». ¡El alma virginal! La mujer llena de gracia, que vive enteramente de Dios y de Cristo. La fortaleza virginal clausurada, que abre sus puertas para que entre en ella el Rey de la gloria. Ella es la Virgen de corazón puro y de manos inmaculadas. Es la Virgen que no tiene más que una respuesta a la llamada divina: «He aquí la esclava del Señor». Con su poder el Redentor se acerca a la prisión donde el hombre, pobre y pecador, yace en las sombras de la muerte. Viene a él, mise-

rable, por la Virgen María.

Por eso hoy la liturgia canta en Vísperas, en la antífona del Magníficat: «oh llave de David, y cetro de la casa de Israel. Tú abres y nadie puede cerrar; cierras y nadie puede abrir. Ven y libra al que yace aherrojado en la prisión, sentado en tinieblas y sombras de muerte».

21 de Diciembre

En la *entrada* de la Misa, con el profeta Isaías, proclamamos con fe y alegría: «Vendrá el Señor que domina los pueblos, y se llamará Emmanuel, porque tenemos a Dios con nosotros» (Is 7,14; 8,10). En la oración *colecta* (Gelasiano) pedimos al Señor: «escucha la oración de tu pueblo, alegre por la venida de tu Hijo en carne mortal, y haz que cuando vuelva en su gloria, al final de los tiempos, podamos alegrarnos de escuchar de sus labios la invitación a poseer el reino eterno».

–***Cantar 2,8-14***: *Ya viene mi Amado saltando por los montes*. Ese Amado que viene a la humanidad no es otro que Cristo. Él se acerca hoy al encuentro de Juan. Pero también viene a nosotros, a todas las almas que lo esperan y desean. Cuando el amor de Dios, que viene, que vino, y que permanece como misterio vivo, afecta no solo a la fe y a la inteligencia, sino que invade todo el ser, entonces enciende el lenguaje incandescente del amor.

Es el amor que los místicos cristianos han vivido tan intensamente y que el profetismo del Antiguo Testamento ha descrito muchas veces para expresar las relaciones del alma con Dios. El Señor es el Amado, es el Enamorado que viene a los hombres, que nos lleva consigo al campo en flor, y que suscita en nosotros cantos únicos e inconfundibles.

Cuando Él se acerca, llega y entra en nuestras vidas, nosotros nos olvidamos de todo, del invierno que pasó y que volverá a venir… Más allá de las imágenes, estamos aquí, hemos llegado ya, al mundo de la era mesiánica que, a su vez, es signo de la escatología, de los nuevos cielos y de las nuevas tierras, que siempre florecerán, que siempre darán perfume de vida, porque siempre estarán habitadas por el Amor que viene cruzando los montes. Y nosotros, detrás de la ventana, lo esperamos, para que nos lleve a las viñas en flor.

Eramos tinieblas, noche, caos, aletargamiento, desfallecimiento, enfermedad y muerte. Nos faltaba la luz, nos faltaba el Sol de justicia. Abandonada a sí misma la pobre humanidad, se hunde irremisiblemente en las tinieblas y en la noche de la muerte. Se despeña en el abismo del error, de la continua y angustiosa duda. No tiene respuestas para los enigmas de una *vida* que se ha hecho *mortal*. Solo Dios da esas respuestas por medio de su Unigénito encarnado, cuyo Nacimiento anhelamos con esperanza renovada.

–Ante la Navidad que se acerca, ante el Señor que aparece a su Iglesia como el Esposo del Cantar de los Cantares, ante «los proyectos de su corazón», llenos de salvación y de amor, que se despliegan en la historia humana, nosotros, animados por el Espíritu Santo, estamos en condiciones de cantar con gozo la acción de gracias del ***Salmo 32***:

«Dichosa la nación, cuyo Dios es el Señor. Aclamad, justos, al Señor, cantadle un cántico nuevo. Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando los vítores con bordones. El plan del Señor subsiste por siempre, los preceptos de su corazón de edad en edad. Nosotros aguardamos al Señor. Él es nuestro

auxilio y escudo; con Él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre confiamos».

–***Lucas 1,39-45***: *¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?* La Virgen María, llena de gracia y templo de Dios, abre a todos su corazón. La alegría mesiánica que la llena es difusiva, y tiende, como todo don de Dios, a la comunión. Por eso María sale de sí misma y camina hacia su pariente Isabel. Y ésta, «llena del Espíritu Santo», entiende los signos de Dios y la proclama «dichosa porque ha creído». Comenta San Ambrosio:

«El Ángel que anunciaba los misterios, para llevar a la fe mediante algún ejemplo, anunció a la Virgen María la maternidad de una mujer estéril, ya entrada en años, manifestando así que Dios puede hacer todo lo que le place.

«Desde que lo supo, María, no por falta de fe en la profecía, no por incertidumbre respecto al anuncio, sino con el gozo de su deseo, como quien cumple un piadoso deber, se dirigió a las montañas.

«Llena de Dios de ahora en adelante ¿cómo no iba a elevarse apresuradamente hacia las alturas? La lentitud en el esfuerzo es extraña a la gracia del Espíritu» (*Comentario Evang. Lucas* II,19).

María, por su «sí», hace que la obra de Dios, su plan de salvación, sea una realidad para nosotros. Dios viene y viene por María. Por Ella nos llega el Sol verdadero: Cristo, el Salvador a quien nosotros esperamos.

Cristo es realmente la luz del mundo; y lo es por la fe santa que Él enciende en las almas; por la doctrina con que nos instruye y educa; por el ejemplo que nos da en el pesebre de Belén, en Nazaret, en la Cruz, en el Sagrario; por la túnica luminosa de gracia con que envuelve nuestra alma; por la santa Iglesia que nos entrega como verdadera Madre. A la luz de este Sol todo aparece claro, transparente.

Y ese Sol lució y luce ante nuestros ojos por medio de la Virgen María. Ahora Dios se nos aparece como un tierno y solícito Padre, que nos mira y nos trata como a verdaderos hijos suyos y nos convida a participar y a gozar con Él de su eterna y dichosa vida. Esta luz nos hace ver la nulidad de todo lo meramente humano, de todo lo terreno, de los bienes y felicidades de este mundo.

Por eso hoy la liturgia canta en Vísperas esta antífona del Magníficat: «¡Oh Oriente, Resplandor de luz eterna, Sol de justicia! Ven e ilumina a los que estamos sepultados en las tinieblas y sombras de muerte».

22 de Diciembre

El Salmo 23,7 sigue hoy resonando en la *entrada* de la eucaristía: «¡Portones! alzad los dinteles; que se alcen las antiguas compuertas; va a entrar el Rey de la gloria». En la oración *colecta* (Bérgamo), pedimos al Señor nuestro Dios: tú, que «con la venida de tu Hijo has querido redimir al hombre, sentenciado a muerte; concede a los que van a adorarlo, hecho Niño en Belén, participar de los bienes de su redención».

–***1 Samuel 1,24-28***: *Ana agradece el nacimiento prodigioso de Samuel*. Como antes la liturgia nos hizo contemplar los nacimientos prodigiosos de Sansón o de Juan, ahora nos recuerda el de Samuel. El cántico de Ana, su madre agradecida, prefigura el de la Virgen María: en uno y en otro caso se ensalza el poder de Dios que enaltece a los humildes.

Todo ello nos revela la acción misteriosa de Dios en la historia de la salvación. Para mostrar la potencia de su iniciativa en la redención de los hombres, Dios elige los instrumentos que a la luz del mundo parecen menos aptos. Él, que configura el interior de las personas, y que conoce el corazón de Ana, de Isabel y de la Virgen María,

elige estos medios humildes para sus grandiosas acciones de salvación.

Hay dones que se nos dan porque, inspirados por Dios, los pedimos; y hay dones que nos vienen de un modo completamente gratuito e inesperado, previniendo toda petición e incluso todo deseo. En este segundo modo, nosotros escuchamos al Señor, que entra de pronto en nuestra vida, y nos colocamos a su disposición, según el don divino y su llamada.

Así es como Jesús es dado a la Virgen María, superando toda expectación y más allá de las leyes naturales. Así es dado Samuel a su estéril madre Ana, que lo había suplicado a Dios, contra toda esperanza. En realidad, todos nosotros somos también dones de Dios, dones de su gracia indebida y sobreabundante; hijos suyos por naturaleza y por redención.

¿Qué es el hombre? Creado por Dios en un principio, alejado de Él por el pecado, hecho así miserable, separado de la Fuente de la Verdad y de la verdadera Vida, condenado a la privación eterna de Dios, a las tinieblas y a la eterna desdicha.

Y sin embargo, ha sido el hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Aletea todavía en él la llama del espíritu, con su impetuosa tendencia a la verdad, hacia la posesión de todo bien, hacia la felicidad y la paz, hacia Dios, su única plenitud posible. Y Dios en Cristo se compadeció de él. Oyó su clamor. Se acordó de su pobreza, de su debilidad, de su nada, de su ignorancia, de su propensión al mal, de sus errores, de sus pasiones desatadas… Y quiso salvarlo.

–Como miró el Señor la humillación de Ana, así ha mirado a nuestra desvalida humanidad, y por la Virgen María le ha dado la salvación. Por eso cantamos y bendecimos al Señor con el mismo ***cántico de Ana***:

«Mi corazón se regocija por el Señor, mi Salvador, mi poder se exalta por Dios; mi boca se ríe de mis enemigos, porque gozo con su salvación. Se rompen los arcos de los valientes, mientras los cobardes se ciñen de valor; los hartos se contratan por el pan, mientras los hambrientos engordan… El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta; da la pobreza y la riqueza, humilla y enaltece. Él levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono de gloria; pues del Señor son los pilares de la tierra, y sobre ellos afianzó el orbe» (1 Sam 2,1,4-5.6-7.8).

–***Lucas 1,46-56***: *El Poderoso ha hecho obras grandes por mí*. El Magníficat es, sin duda, la expresión más elevada de la Hija de Sión. Dios es alabado, porque miró la humildad de su Esclava. La misericordia de Dios se ha hecho realidad en Ella para beneficio de toda la humanidad. San Ambrosio dice:

«Que en todos resida el alma de María para glorificar al Señor. Que en todos esté el espíritu de María para alegrarse en Dios. Porque si corporalmente no hay más que una Madre de Cristo, por la fe Cristo es fruto de todos; pues toda alma recibe la Palabra de Dios, a condición de que, sin mancha y preservada de los vicios, guarde castidad con una pureza intachable» (*Comentario Evang. Lucas* II,27).

Hay a veces una humildad hipócrita, que niega con obstinación los propios dones, y que no los agradece al Señor. Con frecuencia es una humildad precaria y combatida, que no resiste a la tentación de la propia dignidad y que, para sostenerse, tiene necesidad de humillarse. O a veces es un cálculo sagaz para provocar alabanzas. Pero la verdadera humildad ignora estos modos tortuosos. Sabe que las buenas cualidades son dones de Dios, y a Él le da la gloria con un corazón sencillo.

Así la Virgen María. Ella reconoce con gozo que el Poderoso ha hecho en Ella grandes cosas, lo agradece y, llena de alegría, lo alaba exultante. Y no duda en admitir que todos los pueblos la llamarán bienaventurada. Todo en Ella es gratitud y sentirse pequeña ante la magnitud de Dios y de su don. ¡Cuánto hemos de aprender de Ella!

Por eso hoy, en la liturgia de las Vísperas, cantamos la antífona del Magníficat: «Oh Rey de las naciones, Deseado de las gentes y Piedra angular donde se apoyan judíos y gentiles. Ven y salva al hombre que Tú formaste del limo de la tierra».

23 de Diciembre

Cantamos en la *entrada*, «Un niño nos va a nacer y su nombre es: Dios guerrero; Él será la bendición de todos los pueblos» (Is 9,6; Sal 71,17). En la *colecta* (Rótulus de Rávena), pedimos al Señor todopoderoso y eterno, al acercarnos a las fiestas de Navidad, que su Hijo, que se encarnó en las entrañas de la Virgen María y quiso vivir entre nosotros, nos haga partícipes de la abundancia de su misericordia.

–***Malaquías 3,1-4; 4,5-6***: *Antes del día del Señor, os enviaré al profeta Elías*. Contra el sacerdocio infiel, Malaquías anuncia el terrible Día de Yavé. El Señor vuelve a su templo para renovarlo mediante el fuego purificador y reinstaurar en él un sacerdocio santo y una oblación justa y aceptable. La venida del Señor la anunciará un mensajero, como los heraldos pregonaban la venida del emperador: será el profeta Elías, arrebatado al cielo.

En el Nuevo Testamento, Jesús dice que su precursor, Juan Bautista, «es Elías, el que iba a venir» (Mt 11,14). También nosotros tenemos nuestro *día*. Hay muchos *días* en nuestra vida y también muchos «precursores» que nos lo anuncian y nos preparan para ese día concreto. *Días* concretos en los que Dios otorga sus dones y nos visita para provocar en nosotros una ascensión más en nuestro camino de perfección cristiana: unos misiones populares, unos ejercicios espirituales, una simple homilía… Hemos de acogerlos con un corazón abierto.

En todos esos *días* se hace más palpable la presencia del Emmanuel, es decir «Dios con nosotros». Él es el Hijo Uni-génito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, de igual sustancia que el Padre. Él, por nuestra salvación, descendió de los cielos, se encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre. ¡Dios con nosotros! Se hace po-bre con nosotros, ora con nosotros, siente y padece con nosotros. ¡Dios con nosotros! Nos da su amor, su verdad, su Corazón, su gracia, su sangre y, con todo esto, su perdón. Reconozcamos siempre en nuestra vida el *Día* del Señor y aceptémoslo con gratitud y alegría desbordante.

–El Señor está ya a la puerta para salvar a la humanidad. Pidámosle con el ***Salmo 24*** que nos enseñe sus caminos de purificación, de conversión, de perdón…, que lleguemos al conocimiento interno y sabroso de que «se acerca nuestra liberación». Digámosle confiadamente: «Señor, instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad; enséñame, porque Tú eres mi Dios y Salvador. El Señor es bueno y recto y enseña el camino a los pecadores; hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes. Las sendas del Señor son misericordia y lealtad, para los que guardan su alianza y sus mandatos. El Señor se confía con sus fieles y les da a conocer su alianza». Es el *Día* del Señor. Recibamos con humildad sus dones.

–***Lucas 1,57-66***: *Nacimiento del Bautista*. Dios le ha dado un nombre: Juan, que significa «Dios se ha compadecido». Es el Precursor de la gran misericordia de Dios, la venida de Cristo. Dios en su nacimiento, una vez más, interviene en la historia humana y la convierte en historia de la salvación. Alegrémonos también nosotros en el nacimiento de Juan. Escribe San Ambrosio:

«Isabel dio a luz a un hijo, y sus vecinos se unieron en su alegría. El nacimiento de los santos es una alegría para muchos, pues es un bien común, ya que la justicia es una virtud social. En el nacimiento del justo se ven ya las señales de lo que será su vida, y el atractivo que tendrá su virtud está presagiado y significado en esa alegría de los vecinos» (*Comentario Evang. Lucas* II,30).

Acojamos el día de la visita de Dios. Son muchas las visitas que nos hace el Señor en nuestro caminar hacia el Padre. Dios grande y santo viene a nosotros, pecadores indignos. Viene no para aniquilarnos, como lo hizo en otro tiempo: diluvio, Sodoma, Gomorra…, sino para librarnos, para darnos sus dones y gracias con los cuales progresemos en la virtud, en la vida interior. No se contenta simplemente con ocupar nuestro lugar y con expiar nuestros pecados, abandonándonos después a nuestra suerte, sino que viene muchas veces con sus visitas, con sus dones y sus avisos. Quiere levantarnos hasta Él mismo, nos incorpora consigo, nos comunica su propia vida y nos vivifica… Emplea también a veces sus intermediarios, sus precursores…

La figura del Bautista, el precursor, en estas vísperas ya de la Navidad, sigue llamándonos a una conversión que abra nuestros corazones al Señor que viene, que quiere venir más dentro de nuestras vidas. Oigamos a San Juan Crisóstomo:

Si Juan, siendo tan santo, «vivió entregado a una vida tan áspera, lejos de toda lujo y placer... ¿qué defensa habrá en nosotros que, después de tanta misericordia de Dios y tan grande carga de nuestros pecados, no mostramos ni la mínima parte de la penitencia del Bautista?... Apartémonos de la vida muelle y relajada, pues no hay modo de unir placer y penitencia» (*Homilías sobre Evg. Mateo* 10,4-5).

Reconociendo que somos pecadores, y que necesitamos absolutamente al Salvador, cantamos en Vísperas, en la antífona del Magníficat: «¡oh Emmanuel, Rey y Legislador nuestro, Expectación y Salvador de las gentes! Ven, a salvarnos, Señor, Dios nuestro».

24 de Diciembre

Con San Pablo exclamamos en la *entrada* de esta celebración: «Ya se cumple el tiempo en el que Dios envió a su Hijo a la tierra» (Gál 4,4). En la oración *colecta* (Veronense) pedimos al Señor Jesús que venga y no tarde, para que su venida consuele y fortalezca a los que esperan todo de su amor.

–***2 Samuel 7,1-5.8-11.16***: *El trono de David durará para siempre*. No será David el que edifique el templo del Señor. Pero el Señor le premia su buena intención, y le promete la perennidad de su dinastía. Por eso el Mesías será hijo de David y su reino será eterno. En el tierno Niño de Belén hemos de ver al fuerte y poderoso Rey divino, al Señor del universo, al Fundador del Reino de la Verdad y de la Vida, de la santidad y de la gracia, de la justicia del amor y de la paz.

La fe debe hacernos contemplar la corona y el cetro que la vista corporal no alcanza a ver. El Padre eterno decreta: «Yo mismo he establecido a mi Rey en Sión» (Sal 2,6). Y Cristo, el nuevo Rey, lo proclama ante el mundo: «El Señor me ha dicho: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemelo y te daré en herencia las naciones y te haré dueño de todos los confines de la

tierra» (7-8).

Nosotros creemos en su reinado, nos sometemos a su imperio, nos consideramos dichosos de ser conducidos, mandados y regidos por Él. Adoraremos al Rey en un pesebre, y lo veneraremos en su Ascensión a la derecha del Padre, cuando diga: «Se me ha dado todo poder sobre los cielos y sobre la tierra» (Mt 28,18). ¡Nos entregamos totalmente a su dominio! ¡Queremos servirle, vivir y morir en su santo servicio!

Ese reinado no se funda ni en la carne, ni en la sangre, ni en la raza, ni en el nacimiento, ni en las armas, ni en los ejércitos, ni en riquezas o grandes extensiones de tierra. No se funda tampoco en las dotes naturales del hombre: en su inteligencia, en sus ascendientes, ni en su influencia; tampoco en su cultura, en su renombre o en su perspicacia. Solo se funda en dos cosas: en la gracia divina y en la buena voluntad del hombre para recibir esa gracia. Abrámonos a esa gracia divina.

–Con el ***Salmo 88*** cantamos eternamente las misericordias del Señor. Dios prometió a David un reino para siempre, un trono para la eternidad, y por eso su fidelidad permanece en todas las edades. En Navidad se renueva esa alianza maravillosa en favor de todos los hombres:

«Anunciaré Su fidelidad por todas las edades. Porque dije: "Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad". Sellé una alianza con mi elegido, jurando a David, mi siervo: "Te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono por todas las edades". Él me invocará: "Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora". Le mantendré eternamente mi favor, mi alianza con él será estable». Solo en Cristo se ha realizado plenamente esta formidable promesa del Señor.

–***Lucas 1,67-79***: *Nos visitará el Sol que nace de lo alto*. Zacarías en el Benedictus descubre la misteriosa realidad escondida en aquellos niños, Juan y Jesús. En una hora de inspiración inefable, es profeta que declara y anuncia las obras de Dios, a quien alaba en el comienzo de la salvación. La fuerza de Dios se ha hecho presente en el seno de una Virgen. El Mesías viene a dar la libertad que es necesaria para servir a Dios con santidad y justicia. En el Mesías, el pueblo de Dios será regido por un Rey bueno, pacífico y salvador. Juan será el heraldo, la voz. Su grandeza está en preparar el camino del Señor, llevar al pueblo al conocimiento del Salvador. Oigamos a San Ambrosio:

«Considera qué bueno es Dios y qué pronto para perdonar los pecados. No solo le da a Zacarías lo que le había quitado, sino que le otorga también lo que no esperaba. Este hombre, después de largo tiempo mudo, profetiza; pues ésta es la máxima gracia de Dios, que aquellos que le habían negado le rindan homenaje.

«¡Que nadie pierda, pues, la confianza! Que nadie, con el recuerdo de sus faltas pasadas, desespere de las recompensas divinas. Dios sabrá modificar su sentencia, si tú sabes corregir tu falta» (*Comentario Evang. Lucas* II,33).

La misericordia de Dios, como ya había sido prometido a Abraham, ha hecho nacer de su descendencia el Sol que ilumina los pasos de los hombres por el camino de la paz, aunque muchas veces se obstinen en esconderse en las tinieblas del error y del pecado. «La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la admitieron. Él vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,5.11). Oigamos a San Juan Crisóstomo, que nos exhorta a recibir a Cristo:

«Él se nos ofrece para todo. Y así nos dice: "si quieres embellecerte, toma mi hermosura. Si quieres amarte, mis armas. Si vestirte, mis vestidos. Si alimentarte, mi mesa. Si caminar, mi camino. Si heredar, mis heredades. Si entrar en la patria, yo soy el arquitecto de la ciudad...

«"Y no te pido pago alguno por lo que te doy, sino que yo mismo quiero ser tu deudor, por el mero hecho de que quieras recibir todo lo mío. Yo

soy para ti padre, hermano, esposo; yo soy casa, alimento, vestido, raíz, fundamento, todo cuanto quieras soy yo; no te veas necesitado y carente de algo. Incluso yo te serviré, porque vine “para servir, y no para ser servido” (Mt 20,28). Yo soy amigo, hermano, hermana, madre; todo lo soy para ti, y solo quiero contigo intimidad. Yo soy pobre por ti, mendigo para ti, crucificado por ti, sepultado por ti. En el cielo estoy por ti ante Dios Padre; y en la tierra soy legado suyo ante ti. Todo lo eres para mí, hermano y coheredero, amigo y miembro. ¿Qué más quieres? ¿Por qué rechazas al que te ama y trabajas en cambio para el mundo, echándolo todo en saco roto?”» (*Homilía 76 sobre Evg. Mateo*).

Dejémosle al Salvador nacer de nuevo en nuestros corazones. El hombre de buena voluntad, que hoy abre su corazón a la verdad y al bien, el que está dispuesto a recibir sencillamente y con rectitud la verdad y a practicar el bien, alcanzará la amistad de Cristo y la posesión del reino de Dios. ¡Tan amplios y universales y, al mismo tiempo, tan sencillos son sus fundamentos! Dejemos que el Sol que nace de lo alto ilumine nuestras tinieblas. Sometámonos al reinado de Cristo. En él encontraremos la verdad, la paz y la vida.

8 de diciembre
La Inmaculada Concepción

«Me llena de gozo el Señor, mi alma se alegra con mi Dios, porque me ha vestido un traje de triunfo, me ha cubierto con una túnica de victoria; porque me ha enjoyado como una novia». Así canta la Iglesia en la *entrada* de esta celebración.

Las tres oraciones de esta solemnidad se encontraban ya en el Misal anterior y proceden del siglo XV. Oración *colecta*: «Oh Dios, que por la Concepción Inma-culada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada, y en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado, concédenos por su intercesión llegar a Él limpios de todas nuestras culpas».

En la oración sobre las *ofrendas* pedimos al Señor que reciba complacido el sacrificio que vamos a ofrecerle en la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María y que así como a Ella la guardó, con su gracia, limpia de toda mancha, nos guarde también a nosotros, limpios de todo pecado.

Y en la *postcomunión*: «Señor Dios nuestro, que el sacramento que hemos recibido repare en nosotros los efectos de aquel primer pecado del que fue preservada, de modo singular, en el momento de su Concepción, la Inmaculada Virgen María».

Por María se inició, adelantándola en el tiempo y en toda su eficacia, la obra redentora del que había de ser su propio Hijo y el Salvador de todos nosotros.

En la *comunión* cantamos una antífona inspirada en el Magníficat: «Han contado tus glorias, María, porque el Poderoso ha hecho en ti grandes obras».

–***Génesis 3,9-15.20***: «Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya». Al formular Dios su primer anuncio de salvación al hombre degradado por el pecado, allí estaba María, como ideal divino de una nueva Madre de todos los vivientes regenerados por Cristo.

Comenta San Efrén:

«He aquí que os he dado poder para aplastar con vuestro pie serpientes y escorpiones. [Esto es así] porque nuestro Señor disipó el error que dominaba [en el mundo] a causa de la serpiente, a fin de que imperase la verdad de Aquel que ha dado tal poder sobre las serpientes, de modo que sean aplastadas por los pies, lo cual equivale a decir que sean sometidos sus propios reyes. Así como la serpiente ha herido a Eva en el talón, el pie de María la ha aplastado» (*Comentarios al Diatessaron* 10,13).

–Con el ***Salmo 97*** cantamos al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, revela a las naciones su justicia; se acordó de su misericordia y de su fidelidad en favor de la casa de Israel… De todo el mundo y por mediación de María, la Virgen toda Inmaculada, vino el Redentor, Cristo Jesús.

–***Efesios 1,3-6.11-12***: *Dios nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo*. La primera criatura elegida y predestinada íntegramente para Cristo fue la Virgen María. Ella fue el primer triunfo de la gracia redentora de Cristo sobre la humanidad, pues la preservó hasta de la mancha original.

Comenta san Máximo de Turín:

«Cristo no tenía las espinas del pecado, pues nació no de la espina, sino del retoño (Is 11,1). El retoño era María, la agraciada, la Virgen, la que, de la pureza de su cuerpo, ha hecho germinar a Cristo, como una flor» (*Sermón* 66,4).

–***Lucas 1,26-38***: *Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo*. También a María quiso Dios cambiarle su nombre de mujer. La llamó, porque primero la hizo, «llena de gracia».

Comenta Teodoto de Ancira:

«Demos paso ya a los himnos de piedad e iniciemos con gozo nuestros cantos, celebrando, glorificando y enalteciendo el misterio que supera todo pensamiento y toda palabra. Comencemos con el divino saludo del morador del cielo Gabriel y digamos: “Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo” (Lc 1,28). Juntos con él continuemos diciendo: “Salve, oh deseable gozo nuestro; salve, exultación de las Iglesias; salve, nombre que inspira dulzura; salve, rostro encantador divinamente fúlgido; salve, venerabilísimo recuerdo; salve, vellocino salvador y espiritual; salve, Madre del resplandor indefectible, llena de Luz; salve, purísima Madre de santidad; salve, limpísima fuente de agua que da la Vida; salve, nueva Madre en quien se realiza un nacimiento nuevo; salve, Madre inefable del inalcanzable Misterio”…» (*Homilía 4 sobre la Madre de Dios*).

Navidad

Introducción

Historia

En un principio *Navidad y Epifanía* constituían una sola celebración con una solo objeto: la Encarnación del Verbo divino en las purísimas entrañas de la Virgen María. El nacimiento se celebraba en Oriente el 6 de enero y en Occidente el 25 de diciembre. Consta que hacia la mitad del siglo IV se celebraba en Roma la solemnidad del Nacimiento de Cristo el 25 de diciembre, escogido para contrarrestar la fiesta pagana del *Sol Invicto*.

Luego se determinó celebrar dos fiestas diferentes: una para el Nacimiento de Cristo y otra para su Epifanía o Manifestación: Reyes Magos, Bautismo y el primer milagro en las bodas de Caná.

Sentido teológico

Todo el misterio de la salvación se funda en el Nacimiento de Cristo según la carne en Belén de Judá. San Agustín y San León Magno han dado el sentido teológico y espiritual de esta solemnidad en sus sermones, como nosotros lo expondremos más adelante al tratar el sentido litúrgico de la misma.

25 de diciembre
Natividad del Señor

Solo trataremos aquí de la Misa del día, no de la de medianoche ni de la de la aurora.

La Liturgia nos lleva hoy a Belén, junto al pesebre, donde reposa el divino Rey, recién nacido. Dejémonos llevar por ella. Una vez ante el divino Niño, postrémonos en actitud de adoración y recitemos el símbolo de la fe y el prólogo del Evangelio según San Juan: «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, Engendrado no creado, de la misma sustancia que el Padre… Descendió de los cielos, por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de santa María Virgen…»

Y con el profeta Isaías digamos en el canto de *entrada*: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva a hombros el Imperio, y tendrá por nombre: Ángel del Gran Consejo» (Is 9,5).

La *colecta* (Veronense) ora: «Oh Dios, que de un modo tan admirable has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y de modo más admirable aún elevaste su condición por Jesucristo, concédenos compartir la vida divina de Aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana».

El *ofertorio* es el mismo del Misal anterior al Concilio Vaticano II: «Acepta, Señor, en la fiesta solemne de Navidad la ofrenda que nos reconcilia contigo de modo perfecto, porque en ella se encierra

la plenitud del culto que el hombre puede tributarte».

El Salmo 97,3, en la *comunión*, nos lleva a cantar, con toda la tierra, la victoria de nuestro Dios. Y en la *postcomunión*, que también se encontraba en el Misal anterior, pedimos al Dios de misericordia que hoy, que nos ha nacido de nuevo el Salvador para comunicarnos la vida divina, nos conceda hacernos igualmente partícipes del don de su inmortalidad.

–***Isaías 52,7-10***: *Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios*. Ha cumplido Dios su palabra de consolación. Nos ha redimido, dejándose ver y amar en medio de nosotros. Cristo es la realidad suprema del acercamiento pedagógico de Dios a nosotros. Cristo es el Mensajero que viene a anunciar la Buena Nueva: el Evangelio, de la paz y de la salvación.

Cristo colma la expectativa de la Historia y de todo hombre. Se pone a la cabeza de un pueblo nuevo que con Él camina más aprisa hacia Dios. El hombre adquiere una nueva conciencia de sí mismo, adquiere el sentido verdadero de la propia dignidad y la posibilidad de crecer hacia el más allá, hacia la salvación definitiva.

En el Misterio de la Encarnación se nos da Dios mismo con todo lo que Él es y con todo cuanto posee. Él sabe muy bien que ninguna otra cosa puede saciarnos más que Él mismo. Es, pues, legítima nuestra alegría y son buenas nuestras fiestas, pero sin el desorden ni el derroche.

–Con el ***Salmo 97*** cantamos al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo… Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Estamos salvados. Pero muchos hombres aún no lo saben o se comportan como si no lo supiesen.

–***Hebreos 1,1-6***: *Dios nos ha hablado por su Hijo*. Cristo es personalmente la Palabra de Dios vivo. En la plenitud de los tiempos el Padre nos ha hablado por su Hijo. Ha habido dos fases en la Revelación: la preparación por los profetas, primero, y en la plenitud de los tiempos la revelación perfecta por medio del Hijo. Son dos momentos continuos, de manera que, ciertamente, en todo tiempo Dios ha hablado a los hombres. Pero en el último tiempo su Palabra se ha expresado de un modo insólito y maravilloso, con un gesto nuevo de infinito amor. Cristo, Verbo encarnado, imagen de Dios y de su gloria es el signo sacramental de una nueva presencia de Dios en medio de nosotros. Es la Palabra eterna que dialoga con nosotros, y así nos regenera. Salva y libra al hombre de la esclavitud del pecado.

–***Juan 1,1-18***: *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*. El Verbo, que es Luz y Vida divina –Luz que salva y Amor que redime–, se ha hecho uno más entre nosotros. El Hijo de Dios se nos hace presente en la realidad viviente de un Corazón también humano. San Agustín ha comentado este pasaje evangélico muchas veces.

«Nadie dé muestras de ingenio, revolviendo en su cabeza pensamientos pobres, como el siguiente: –"¿Cómo, si en el principio ya existía el Verbo?… ¿cómo el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros?" Oye la causa. Cierto que a los que creen en su nombre les dio la potestad de ser hijos de Dios… ¿Es acaso maravilla que lleguéis vosotros a ser hijos de Dios, cuando por vosotros el Hijo de Dios llegó a ser hijo del hombre? Y si, haciéndose hombre, quien era más, vino a ser menos, ¿no puede hacer que nosotros, que éramos menos, pudiéramos venir a ser algo más? Él pudo bajar a nosotros, ¿y nosotros no podremos subir a Él? Tomó por nosotros nuestra muerte, ¿y no ha de darnos la vida? Padeció tus males, ¿y no te dará sus bienes?…

«Ésta es la fe. Mantén lo que no ves todavía. Es necesario que permanezcas ligado por la fe a lo que no ves, para no tener que avergonzarte

cuando llegues a verlo» (*Sermón* 119,5, en Hipona).

¡Qué inefable alegría debe producirnos nuestra viva fe en el misterio de la Navidad! Sigamos contemplando el Misterio con la ayuda de San Agustín:

«Un año más ha brillado para nosotros –y hemos de celebrarlo– el Nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. En Él la verdad ha brotado de la tierra (Sal 84,12); el Día del día ha venido ha nuestro día: alegrémonos y regocijémo-nos en Él (Sal 117,24). La fe de los cristianos conoce lo que nos ha aportado la humildad de tan gran excelsitud. De ello se mantiene alejado el corazón de los impíos, pues Dios escondió estas cosas a los sabios y prudentes y las reveló a los pequeños (Mt 11,25).

«Posean, por tanto, los humildes la humildad de Dios, para llegar también a la altura de Dios con tan grande ayuda, cual jumento que soporta su debilidad. Aquellos sabios y prudentes, en cambio, cuando buscan lo excelso de Dios y no creen lo humilde, al pasar por alto esto y, en consecuencia, no alcanzar aquello debido a su vaciedad y ligereza, a su hinchazón y orgullo, quedaron como colgados entre el cielo y la tierra, en el espacio propio del viento…

«Por tanto, celebremos el nacimiento del Señor con la asistencia y el aire de fiesta que merece. Exulten los varones, exulten las mujeres…Exultad, jóvenes santos… Exultad, vírgenes santas… Exultad, todos los justos… Ha nacido el Justificador. Exultad, débiles y enfermos, ha nacido el Salvador. Exultad, cautivos, ha nacido el Redentor. Exultad, siervos, ha nacido el Señor. Exultad, hombres libres: ha nacido el Libertador. Exultad, todos los cristianos, ha nacido Cristo» (*Sermón* 184, día de Navidad, después del año 412).

Y dice el mismo Doctor en otro sermón, predicado entre los años 412 y 416:

«Se llama día del Nacimiento del Señor a la fecha en que la Sabiduría de Dios se manifestó como Niño y la Palabra de Dios, sin palabras, emitió la voz de la carne. La divinidad oculta fue anunciada a los pastores por la voz de los ángeles e indicada a los Magos por el testimonio del firmamento. Con esta festividad anual celebramos, pues, el día en que se cumplió la profecía: "La verdad ha brotado de la tierra y la justicia ha mirado desde el cielo" (Sal 84,12).

«La Verdad, que mora en el seno del Padre, ha brotado de la tierra para estar también en el seno de una Madre. La Verdad, que contiene el mundo, ha brotado de la tierra para ser llevada por manos de mujer. La Verdad, que alimenta de forma incorruptible la bienaventuranza de los ángeles, ha brotado de la tierra, para ser amamantada por los pechos de carne. La Verdad, a la que no basta el cielo, ha brotado de la tierra para ser colocada en un pesebre.

«¿En bien de quién vino con tanta humildad tan grande excelsitud? Ciertamente, no vino para bien suyo, sino nuestro, a condición que creamos. ¡Despierta, hombre; por ti, Dios se hizo hombre!… Por ti, repito, Dios se hizo hombre. Estarías muerto para la eternidad si Él no hubiera venido. Celebremos con alegría la llegada de nuestra salvación y redención» (*Sermón* 185).

26 de diciembre San Esteban

Es el primero de los mártires, y de ahí que su testimonio haya conservado siempre un valor excepcional dentro de la Iglesia. El Espíritu de Dios era el que lo impulsaba a hablar y transfiguraba ante sus adversarios su rostro, que aparecía como el de un ángel (Hch 6-7). El mismo Espíritu fue el que lo fortaleció en el martirio y oró en él por los que lo apedreaban, y también por el joven Saulo, que guardaba los mantos de los que lo hacían. Gracias a Esteban tenemos a Pablo. La oración del primer mártir logra de Dios este gran éxito en los comienzos del cristianismo.

La oración *colecta* (del Misal anterior) pide al Señor nos conceda la gracia de imitar al mártir San Esteban, que oró por los verdugos que le daban tormento, para que así nosotros aprendamos a amar a nuestros enemigos.

–***Hechos 6,8-10; 7,54-59***: *Lleno del Espíritu Santo, muere como Cristo*. Al anunciarles Jesús a sus discípulos las persecu-

ciones que vendrían sobre ellos, les había prometido su asistencia. El Espíritu de Dios sería su fuerza y hablaría por su boca. Y esta promesa de Jesús que oímos en el Evangelio, la vemos cumplida en el martirio de San Esteban. Se hallaba éste lleno del Espíritu Santo y el mismo Espíritu inspiraba sus palabras.

–***Salmo 30***: «A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Sé la Roca de mi refugio, un baluarte donde me salve»... Cada día, en Completas, ensayando nuestra futura muerte, repetimos esas palabras primeras de Esteban.

–***Mateo 10,17-22***: *No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre*. San Fulgencio de Ruspe comenta:

«Ayer celebramos el nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos el triunfal martirio de su soldado. Ayer nuestro Rey, revestido con el manto de nuestra carne y, saliendo del recinto del seno virginal, se dignó visitar el mundo; hoy el soldado, saliendo del tabernáculo de su cuerpo, triunfador, ha emigrado al cielo.

«Nuestro Rey, siendo la excelsitud misma, se humilló por nosotros. Su venida no ha sido en vano, pues ha aportado grandes dones a sus soldados, a los que no sólo ha engrandecido abundantemente, sino que también los ha fortalecido para luchar invenciblemente. Ha traído el don de la caridad, por la que los hombres se hacen partícipes de la naturaleza divina…

«Así, pues, la misma caridad que Cristo trajo del cielo a la tierra ha levantado a Esteban de la tierra al cielo. La caridad que precedió en el Rey, ha brillado a continuación en el soldado. Esteban, para merecer *la corona*, que significa su nombre, tenía la caridad como arma y por ella triunfaba en todas partes» (*Sermón* 3,1-3).

En este día, en que la liturgia celebra a San Esteban, evocamos también el misterio de Navidad, pues las Vísperas son de la octava de esa solemnidad. Oigamos a San Agustín:

«Considera, oh hombre, lo que vino a ser Dios por ti. Aprende la doctrina de tan gran humildad de la boca del Doctor que aún no habla. En otro tiempo, en el paraíso, fuiste tan fecundo que impusiste nombre a todo ser viviente. Ahora, por ti yace en el pesebre, sin hablar, tu Creador; sin llamar por su nombre ni siquiera a su Madre. Tú, descuidando la obediencia, te perdiste en el ancho jardín de árboles fructíferos. Él, por obediencia, vino en condición mortal a un establo estrechísimo, para buscar, mediante su muerte, al que estaba muerto. Tú, siendo hombre, quisiste ser Dios, para tu perdición; Él, siendo Dios, quiso ser hombre, para tu salvación. Tanto te oprimía la soberbia humana, que sólo la humildad divina te podría levantar» (*Sermón* 188,3).

¡El Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza humana para ennoblecerla, para purificarla, para divinizarla, para sumergirla en su naturaleza divina! Tomó nuestra naturaleza humana para que nosotros fuéramos hijos de Dios. Lo somos por la gracia santificante. La vivimos, imitando, re-produciendo en nosotros las virtudes de Cristo: su amor al Padre, su celo por la salvación de las almas, su obediencia, su humildad, su pobreza, su santidad.

27 de diciembre
San Juan Evangelista

El Evangelista San Juan se encuentra relacionado muy particularmente con los diversos aspectos del misterio de Cristo. Él fue el que reclinó su cabeza sobre el pecho del Señor, y él estuvo al pie de la Cruz con la Virgen María, que fue confiada por Jesús a sus cuidados. Él fue testigo de la Resurrección del Señor. Y es conocido como el Evangelista teólogo, pues se remonta como un águila real hacia las alturas del Verbo de Dios.

La oración *colecta* (compuesta con textos del Veronense, del Gelasiano y del Gregoriano) pide a Dios, al Señor nuestro, que nos ha revelado por medio del apóstol San Juan el misterio de su Palabra hecha carne, nos conceda llegar a comprender y a amar

de corazón lo que el Apóstol nos dio a conocer.

–***1 Juan 3,1-4***: *Nuestras manos palparon el Verbo de la Vida*. San Juan, amigo íntimo del Verbo encarnado, nos da testimonio de lo que él vivió intensamente junto a Jesucristo, y todo lo escribe para que nuestra alegría sea completa.

–***Salmo 96***: «Alegraos, justos, con el Señor. El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Tiniebla y nube lo rodean, Justicia y Derecho sostienen su trono… Amanece la luz para el justo y la alegría para los rectos de corazón»…

–***Juan 20,2-8***: *El acto de fe es de San Juan*. Él corrió con Pedro al Sepulcro, llegó el primero y vio las vendas en el suelo, pero no entró. Como testigo de la Resurrección del Señor, «vio y *creyó*». San Agustín comenta:

«Así, pues, la Vida misma se ha manifestado en la carne, para que, en esta manifestación, aquello que sólo podía ser visto con el corazón fuera también visto con los ojos, y de esta forma sanase los corazones. Pues la Palabra se ve sólo con el corazón, pero la carne se ve también con los ojos corporales. Éramos capaces de ver la carne, pero no logramos ver la Palabra. La Palabra se hizo carne, a la cual podemos ver, para sanar en nosotros aquello que nos hace capaces de ver la Palabra…

«Aquéllos vieron, nosotros no; y, sin embargo, estamos en comunión con ellos, pues poseemos una misma fe… "Os escribimos esto, para que nuestra alegría sea completa". La alegría completa es la que se encuentra en una misma comunión, una misma caridad, una misma unidad» (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 1,1-3).

La Iglesia festeja hoy a San Juan Evangelista, pero continúa celebrando también el misterio insondable de Navidad. San Ambrosio nos ayuda a contemplarlo, meditando en el evangelio de San Juan:

«Con pocas palabras ha expuesto San Lucas cómo y en qué tiempo y en qué lugar ha nacido Cristo según la carne. Pero, si quieres conocer su generación celeste, lee el Evangelio de San Juan, que ha comenzado por el cielo para descender a la tierra. Encontrarás allí cuanto Él era, y cómo era y qué era, lo que había hecho y lo que hacía, dónde estaba y a dónde vino, cómo vino, en que tiempo vino, por que causa vino…

«Si hemos conocido la doble generación [del Verbo] y la misión de cada una, si advertimos por qué causa ha venido: tomar sobre sí los pecados del mundo moribundo, para abolir la mancha del pecado y la muerte de todos en sí mismo, que no podía ser vencido, lo lógico es que ahora el Evangelista San Lucas nos enseñe, a su vez y nos muestre los caminos del Señor, que va creciendo según la carne…

«Él ha sido niño para que tú puedas ser varón perfecto. Él ha sido ligado con pañales, para que tú puedas ser desligados de los lazos de la muerte. Él ha sido puesto en un pesebre, para que tú puedas ser colocado sobre los altares. Él ha sido puesto en la tierra, para que tú puedas estar entre las estrellas. Él no tuvo lugar en el mesón, para que tú tengas muchas mansiones en el cielo (Jn 14,2). Él, siendo rico, se ha hecho pobre por nosotros, a fin de que su pobreza nos enriquezca (1 Cor 8,9).

«Luego mi patrimonio es aquella pobreza del Señor, y su debilidad, mi fortaleza. Prefirió para sí la indigencia a fin de ser pródigo para todos. Me purifican los llantos de aquella infancia que da vagidos, y aquellas lágrimas han lavado mis delitos. Yo soy, pues, oh Señor Jesús, más deudor a tus injurias de mi redención, que a tus obras de mi creación. De nada me hubiera servido haber nacido sin el beneficio de la redención.

«He aquí el Señor, he aquí el pesebre por el que nos fue revelado este divino misterio: que los gentiles, viviendo a la manera de bestias sin razón en los establos serían alimentados por la abundancia del alimento sagrado. Entonces el asno, imagen y modelo de los gentiles, ha reconocido el pesebre de su Señor. Por eso dice: "El Señor me ha alimentado y nada me faltará" (*cfr*. Sal 22). ¿Son acaso insignificantes los signos por los cuales Dios se hace reconocer, el ministerio de los ángeles, la adoración de los Magos y el testimonio de los mártires? Él sale del seno materno, pero resplandece en el cielo; yace en un albergue terreno, pero está bañado de una luz celeste.

«Observa los orígenes de la Iglesia naciente: Cristo nace, y los pastores comienzan a velar; por

ellos, el rebaño de las naciones, que vivía hasta entonces la vida de los animales, comienza a ser congregado en el aprisco del Señor, para no ser expuesto, en las oscuras tinieblas de la noche, a los ataques de las bestias espirituales. Y los pastores vigilan bien, habiendo sido formados por el Buen Pastor. De este modo, el rebaño es el pueblo, la noche es el mundo, los pastores son los sacerdotes» (*Comentario a San Lucas* lib. II, nn. 40-43.50).

El nacimiento del Hijo de Dios humanado no es un idilio infantil, una agradable escena pastoril, un ejemplo inocente, un hecho que se repite una vez más, como tantas otras. El Nacimiento de Cristo es y debe ser, más bien, una fuerza que repercute e influye hondamente en la vida de la Santa Iglesia, en la vida de todos los cristianos. Y el Señor nos comunica muy especialmente su gloriosa vida divina por los sacramentos.

28 de Diciembre
Santos Inocentes

Al menos desde el siglo VI la Iglesia ha honrado en los días inmediatos a la Navidad del Señor a los *Santos niños Inocentes*. Recoge el hecho el evangelista San Mateo en la segunda lectura de esta fiesta. Se los considera como las primicias de los redimidos, en el sentido exacto de esta palabra, pues *confiesan* a Cristo, no con sus palabras, pero sí con su sangre.

La oración *colecta* (del Misal anterior) dice que los mártires inocentes proclaman la gloria del Señor en este día no con sus palabras sino con su sangre, y pide a Dios que nos conceda por su intercesión testimoniar con nuestra vida la fe que confesamos.

–***1 Juan 1,5–2,2***. No tiene esta perícopa una relación especial con la fiesta de hoy, salvo ciertas alusiones a la sangre de Jesús, que «es la víctima ofrecida por los pecados». De este modo ilumina el misterio de la muerte de los Niños Inocen-tes, que siendo inmolados a causa de Jesús, fueron hechos así miembros de su Cuerpo.

–***Salmo 123***: «Hemos salvado la vida como un pájaro de la trampa del cazador. Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte, cuando nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos, tanto ardía su ira contra nosotros. Nos habrían arrollado las aguas, llegándonos el torrente hasta el cuello; nos habrían llegado hasta el cuello las aguas espumantes. La trampa se rompió y escapamos»…Estas palabras se aplican a los Niños Inocentes, que por su muerte salieron a una vida mejor, vertiendo su sangre a causa de Cristo.

–***Mateo 2,13-18***: *Herodes mandó matar a todos los niños en Belén*. Se cumplió así el oráculo: «Un grito se oye en Ramá: llanto y lamentos grandes. Es Raquel, que llora a su hijos y rehusa el consuelo, porque ya no viven». Comenta San Quodvultdeus:

«Nace un niño pequeño, que es un gran Rey. Los magos son atraídos desde lejos; vienen a adorar al que todavía yace en el pesebre, pero que reina al mismo tiempo en el cielo y en la tierra. Cuando los magos le anuncian a Herodes que ha nacido un Rey, él se turba, y para no perder su reinado, lo quiere matar. Si hubiera creído en Él, estaría seguro en la tierra y reinaría sin fin en la otra vida.

«“¿Qué temes, Herodes, al oír que ha nacido un Rey? Él no ha venido a expulsarte a ti, sino para vencer al Maligno. Pero tú no entiendes estas cosas, y por ello te turbas y te enfureces, y, para que no escape el que buscas, te muestras cruel, dando muerte a tantos niños. Ni el dolor de las madres que gimen, ni el lamento de los padres por la muerte de sus hijos, ni los quejidos y los gemidos de los niños te hacen desistir de tu propósito. Matas el cuerpo de los niños, porque el temor te ha matado a ti el corazón”…

«Los niños sin saberlo, mueren por Cristo; los padres hacen duelo por los mártires. Cristo ha hecho dignos testigos suyos a los que todavía no podían hablar. He aquí de qué manera reina el

que ha venido para reinar. He aquí que el libertador concede libertad y el salvador da la salvación… ¡Oh gran don de la gracia! ¿De quién son los merecimientos para que triunfen así los niños? Todavía no hablan, y ya confiesan a Cristo. Todavía no pueden entablar batalla, valiéndose de sus propios miembros, y ya consiguen la palma de la victoria» (*Sermón 2, sobre el Símbolo*).

La Iglesia recuerda hoy y venera a los Santos Inocentes, pero, durante la octava de Navidad las Vísperas celebran esa solemnidad. Por eso exponemos su contenido teológico y espiritual con las *Homi-lías de Navidad* de San León Magno.

En la primera dice: «Hoy, amadísimos, ha nacido nuestro Salvador. Alegrémonos. No es justo dar lugar a la tristeza cuando nace la vida para acabar con el temor de la muerte y para llenarnos de gozo con la eternidad prometida. Nadie se crea excluido de participar de este gozo, pues una misma es la causa de la común alegría, ya que nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, así como a nadie halló libre de culpa, así vino a librar a todos del pecado. Exulte el santo, porque se acerca el premio; alégrese el pecador, porque se le invita al perdón; anímese el gentil, porque se le llama a la vida.

«Al llegar la plenitud de los tiempos (Gál 4,4), señalada por los inescrutables designios del divino consejo, tomó el Hijo de Dios la naturaleza humana para reconciliarla con su autor y vencer al diablo, inventor de la muerte, por la misma naturaleza que Él había dominado (Sab 2,24)… Se eligió una Virgen de la estirpe real de David que, debiendo concebir un fruto sagrado, lo concibió antes en su espíritu que en su cuerpo.

«Por lo cual, amadísimos, demos gracias a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo, que, por la inmensa misericordia con que nos amó, se compadeció de nosotros y, estando muertos por el pecado, nos resucitó a la vida en Cristo (Ef 2,5) para que fuésemos en Él una nueva criatura, una nueva obra de sus manos.

«Por lo tanto, dejemos al hombre viejo, con sus acciones (Col 3,9) y renunciemos a las obras de la carne, nosotros que hemos sido admitidos a participar del nacimiento de Cristo. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, pues participas de la naturaleza divina (2 Pe 1,4), y no vuelvas a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro. Ten presente que, arrancado al poder de las tinieblas (Col 1,13), has sido trasladado al reino y claridad de Dios. Por el sacramento del Bautismo te convertiste en templo del Espíritu Santo. No ahuyentes a tan escogido huésped con acciones pecaminosas, no te entregues otra vez como esclavo al demonio, pues has costado la sangre de Cristo, quien te redimió según su misericordia y te juzgará conforme a la verdad».

En la homilía segunda dice: «Exultemos en el Señor, amadísimos, y alegrémonos con un gozo espiritual, pues se ha levantado para nosotros el día de una nueva redención, día preparado desde largo tiempo, día de una felicidad eterna. He aquí, en efecto que el círculo del año nos actualiza de nuevo el misterio de nuestra salvación; misterio prometido desde el comienzo del mundo, otorgado al fin, y hecho para durar siempre.

«Es digno en este día que, elevando nuestros corazones hacia lo alto (1 Cor 10,11), adoremos el misterio divino, para que la Iglesia celebre con gran alegría lo que ha procedido de un gran don de Dios… Al llegar, pues, amadísimos, los tiempos señalados para la redención del hombre, nuestro Señor Jesucristo, de lo alto de su sede celestial, baja hasta nosotros. Sin dejar la gloria del Padre, viene al mundo según un modo nuevo, por un nuevo nacimiento. Modo nuevo, ya que invisible por naturaleza, se hace visible por nuestra naturaleza; incomprensible, ha querido hacerse comprensible; el que fue antes que el tiempo, ha comenzado a ser en el tiempo. Siendo Señor del universo, ha tomado la condición de siervo, velando el resplandor de su majestad. Dios impasible, no se ha desdeñado de ser hombre pasible; y siendo inmortal se somete a la muerte…

«El Señor Cristo Jesús ha venido, en efecto, para quitar nuestra corrupción, no para ser su víctima; no a sucumbir en nuestros vicios, sino a curarlos. Ha venido a sanar nuestra enfermedad, consecuencia de nuestra corrupción y todas las llagas que manchan nuestra alma».

29 de Diciembre

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna» (Jn 3, 16). Con este canto de *entrada* comienza la Misa de hoy.

Y en la oración *colecta* (Gelasiano) pedimos a Dios todopoderoso, a quien nadie ha visto nunca y que ha disipado las tinieblas del mundo con la venida de Cristo, Luz verdadera, nos mire complacido, para que podamos cantar dignamente la gloria del nacimiento de su Hijo.

–***1 Juan 2,3-11***: *Quien ama a su hermano permanece en la luz*. El cristianismo no es sólo algo negativo: no pecar, sino también vivir según la voluntad de Dios. Conocer a Cristo es vivir según su Voluntad. Son, pues, necesarias la fe y las obras (Sant 2, 14-26). Guardar la palabra de Dios es una respuesta amorosa al amor que Él nos tiene. El amor es superior al conocimiento y a la fe. Vivir el amor es imitar a Jesucristo, que es en realidad nuestra Ley, y amar como Él ha amado. Comenta San Agustín:

«"Quien dice que permanece en Cristo debe andar como Él anduvo" (1 Jn 2,6). ¿Y cuál es el camino por el que Cristo caminó? ¿Cuál es sino la caridad de la que dice el Apóstol: "os muestro un camino todavía más excelente" (1 Cor 12,31)?. Si, pues, queremos imitar a Cristo, debemos correr por el mismo camino por el que Él se dignó andar, incluso cuando pendía de la cruz. Estaba clavado en la cruz y, corriendo por el camino de la caridad, rogaba por sus perseguidores. Finalmente, pronunció estas palabras: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34) Pidamos, pues, también nosotros esto mismo, sin cesar, en favor de todos nuestros enemigos, para que el Señor les conceda la corrección de sus costumbres y el perdón de sus pecados» (*Sermón* 167, A).

Y San Juan Crisóstomo:

«¿Que razón tienes para no amar? ¿Que el otro correspondió a tus favores con injurias? ¿Que quiso derramar tu sangre en agradecimiento de tus beneficios? Pero, si amas por Cristo, ésas son razones que te han de mover a amar más aún. Porque lo que destruye las amistades del mundo, eso es lo que afianza la caridad de Cristo. ¿Cómo? Primero, porque ese ingrato es para ti causa de un premio mayor. Segundo, porque ése precisamente necesita más ayuda y un cuidado más intenso» (*Hom. sobre San Mateo* 60,3).

–El Padre ha dado a Cristo en su Nacimiento « el trono de David», para que reine sobre la casa de Jacob y su reino no tenga fin. La plenitud de los tiempos, el Reino eterno ya comenzado ya, y por eso cantamos con el ***Salmo 75***: «Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. El Señor ha hecho el cielo; honor y majestad lo preceden, fuerza y esplendor están en su templo. Alégrese el cielo, goce la tierra».

En el establo, en el pesebre, debajo del velo de su pobreza, de su vida oscura, de su desamparo, de su debilidad infantil, el Señor *es Rey*. Dejémonos conquistar por Él y abracémonos con su pobreza, con su humildad, con su obediencia, con su debilidad. De este modo Él también reinará en nosotros.

–***Lucas 2,22-35***: *Jesús, María y José se someten a la ley judaica*. La ley que ordenaba la presentación del primogénito al Señor y la purificación de la madre no afectaban ni a Jesucristo ni a la Virgen María, pero obedecieron. Jesús es ofreci-do en el templo de manos de la Virgen María y de San José.

Inspirada por el Espíritu Santo, María conoce perfectamente el gran misterio que nos relata el Evangelio de hoy. Comprende el significado y el valor del sacrificio que Ella realiza. Identificada en absoluto con los sentimientos sacrificiales de su divino Hijo, María lo ofrece al Padre con la misma abnegación, con el mismo desprendimiento con que se ofrece el propio Jesús. *Sacrifica* generosamente con un total e incondicional *fiat* en sus labios y en su corazón lo que Ella más quiere y ama, su Todo. Lo hace en nombre y en representación nuestra y para nuestra salvación.

Estamos ante uno de los momentos más solemnes de la vida de la Virgen María, de la vida de la humanidad, de la vida de todos y de cada uno de nosotros. Es la primicia del Calvario. También comienza para Ella su sacrificio. Su alma será traspasada por la espada del dolor (Lc 2,25). Se ofrece también Ella por nosotros, juntamente con su Hijo. Ya se vislumbra el día en que, a los pies de la cruz, completará con Jesús la oblación comenzada hoy en el templo. El *fiat* de la Anunciación tu-vo muchos momentos de prolongación crucificada en su vida.

30 de Diciembre

Entrada: «Cuando todo guardaba un profundo silencio, al llegar la noche al centro de su carrera, tu omnipotente Palabra, Señor, bajó de los cielos desde su solio real» (Sab 18, 14-15).

En la *colecta* (Gelasiano) pedimos al Señor que, por este nuevo nacimiento de su Hijo en la carne, nos libre del yugo con que nos domina la antigua servidumbre del pecado.

–***1 Juan 2,12-17***: *El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*. Por Jesús ha llegado la libertad del pecado, hemos conocido al Padre, hemos vencido al mal. La Palabra de Dios ha morado entre nosotros, nos ha iluminado con su Luz resplandeciente para conocer la Voluntad del Padre y nos ha dado fortaleza para cumplirla. Nuestra ley es convivir con la Palabra. Sólo así podemos vencer la mentira y el mal del mundo. Comenta San Agustín:

«Este mundo fue hecho por Dios, pero el mundo no le conoció. ¿Que mundo no le conoció? El que ama el mundo; el que ama la obra y desprecia al Artífice. Tu amor ha de emigrar. Rompe los cables que te unen a la criatura y únete al Creador. Cambia de amor y de temor. Las costumbres no las hacen buenas o malas más que los buenos o malos amores… "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo"(1 Jn 2,15)...

«Lo que hay en los amantes del mundo es "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición mundana" (ib. 16). La concupiscencia de la carne se identifica con el placer, la concupiscencia de los ojos con la curiosidad y la ambición mundana con la soberbia. Quien vence estas tres cosas no le queda absolutamente ningún deseo que vencer. Hay muchas ramas, pero raíces no hay más que tres» (*Sermón* 313, A, 2, Cartago, 14 de septiembre 401, fiesta de San Cipriano).

Si viviéramos verdaderamente de nuestra fe, ella inflamaría nuestro corazón y le haría amar con delirio a Aquel que, impulsado por nuestro amor, se despojó de sí mismo, se anonadó y, tomando la forma de siervo, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp 2,5-8). Pero ¡cuánta frialdad, cuánto olvido por nuestra parte! ¡Y qué inefable alegría debiera produ-cirnos nuestra viva fe en el misterio de la Navidad del Señor, que tan bella y eficazmente celebra la Iglesia en estos días!

–El Israel restaurado tras el destierro de Babilonia, después de llenarse de gozo y cantar al Dios que le dio la victoria, se vuelve hacia los pueblos paganos vecinos y los invita a cantar también, reconociendo el poder del Señor. Nosotros hacemos lo mismo cantando con el ***Salmo 95*** y aclamamos a todos los pueblos, anunciándoles que para todos ha llegado la salvación, la redención, la liberación con el Nacimiento de Cristo:

«Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor. Entrad en sus atrios trayéndole ofrendas, postraos ante el Señor en el atrio sagrado, tiemble en su presencia la tierra toda. Decid a los pueblos: "El Señor es Rey. Él afianzó el orbe y no se moverá. Él gobierna a los pueblos rectamente"».

–***Lucas 2,36-40***: El Niño que nos ha nacido de María es el Salvador tan largamente esperado. Así lo proclama Ana en el tem-

plo. La Palabra de Dios, que permanece para siempre, se ha hecho carne, y sacia las esperanzas de un pueblo. Este pueblo está presente en los ojos y en las manos de Ana, la profetisa, mujer viuda que ha gastado su vida en ayunos y oraciones junto al templo. La oración de súplica se transforma así en alabanza ante todos los que esperaban la redención.

Comenta San Agustín:

«Grandes fueron los méritos de Ana, aquella viuda santa. Había vivido siete años con su marido; muerto él, había llegado a la ancianidad, y en su santa vejez esperaba la infancia del Salvador, para verlo pequeño, ya entrada ella en años; para reconocerlo, ya viejecita, y para ver entrar en el mundo al Salvador, ella que estaba a punto de salir de él…

«El anciano Simeón, cuya edad iba pareja con la de Ana, había vivido también muchos años, y había recibido la promesa de que no conocería la muerte sin haber visto antes a Cristo, al Señor. Comprended, hermanos cuán grande era el deseo de ver a Cristo que tenían los santos antiguos. Sabían que *tenía que venir*» (*Sermón* 370,1-2).

Tengamos también nosotros, como aquellos justos antiguos, deseos de recibir a Jesús, el Salvador, y de poseerlo.

La Familia sagrada vuelve después a Nazaret, y allá vive Jesús en la humildad y en el silencio durante treinta años. ¡Qué fecundidad la de los años de Nazaret! ¡Qué misterio tan impenetrable la vida de los tres allí! ¡Cómo quisiéramos conocer algo de sus coloquios, de sus oraciones, de su intimidad!

Domingo infraoctava de Navidad
La Sagrada Familia

El Domingo siguiente a la solemnidad de Navidad celebra la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia, que aparece bien explícita en el canto de *entrada* de la Misa: «Los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al Niño recostado en el pesebre».

En la *colecta* (del Misal anterior) pedimos a Dios, nuestro Padre, que ha propuesto a la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de su pueblo, nos conceda que, imitando sus virtudes domésticas y unidos por los lazos del amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo.

La festividad de la Sagrada Familia, marco entrañable del acontecimiento de la Encarnación y de la convivencia del Emmanuel, constituye la lección más impresionante de todo el Evangelio de la Infancia y vida oculta del Señor. El valor religioso y salvífico de la familia constituida según Dios es, en el Evangelio, la primera lección que el Verbo Encarnado ha querido enseñarnos a vivir, con el maravilloso ejemplo de su existencia casi anónima en el humilde hogar de Nazaret.

–***Eclesiástico 3,3-7.14-17***: *El que teme al Señor honra a sus padres*. En la base misma de la familia, según Dios, está el

amor, el respeto y la obediencia a los padres. Cristo Jesús reafirma este criterio de Dios con su propio ejemplo de treinta años, transcurridos en el anonimato hogareño de Nazaret.

–Con el ***Salmo 127*** decimos: «Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos, comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso y te irá bien… Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén [la Santa Iglesia, la propia familia], todos los días de tu vida».

–***Col 3,12-21***: *La vida de familia vivida en el Señor*. Dios ha querido instituir su Iglesia según el diseño de una comunidad familiar de los hijos de Dios, y la familia cristiana según el modelo sagrado de una Iglesia doméstica.

–A) ***Mateo 2,3-15.19-23***: *Coge al Niño y a su Madre y huye a Egipto*. Una paternidad perfectamente responsable en José y María hizo de sus vidas una inmolación permanente en favor de aquel Hijo divino, que el mimo Dios había confiado a su responsabilidad de padres. Éste fue el condicionamiento glorioso y definitivo de toda su vida familiar.

–B) ***Lucas 2,22-40***: *El Niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría*. En la más estricta fidelidad amorosa a la Luz del Señor, Jesús verifica su misión sacerdotal de glorificador del Padre y salvador de los hombres. Este misterio permanece guardado continuamente en el marco de una absoluta fidelidad a la Ley del Señor.

–C) ***Lucas 2,41-42***: *Lo encontraron en medio de los Doctores*. Una misma vivencia religiosa lleva a Jesús a buscar la fidelidad al Padre en el templo y en la sumisión y obediencia filial a sus padres en el hogar. No hay, no puede haber, contradicción alguna entre aquella fidelidad a Dios y esta obediencia a sus padres. Durante treinta años nos enseña Jesús esta importantísima lección redentora.

Nada más adecuado para este día que la alocución de Pablo VI en Nazaret el 3 de enero de 1964, que se lee en el Oficio de Lecturas de esta fiesta:

«Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio.

«Aquí aprendemos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres. Aquí se aprende incluso, quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida.

«Aquí se nos revela el método que nos hará descubrir quién es Cristo. Aquí comprendemos la importancia que tiene el ambiente que rodeó su vida durante su estancia entre nosotros, y lo necesario que es el conocimiento de los lugares, los tiempos, las costumbres, el lenguaje, las prácticas religiosas, en una palabra, de todo aquello de lo que Jesús se sirvió para revelarse al mundo. Aquí todo habla, todo tiene su sentido.

«Aquí, en esta escuela, comprendemos la necesidad de una disciplina espiritual si queremos seguir las enseñanzas del Evangelio y ser discípulos de Cristo.

«¡Cómo quisiéramos ser otra vez niños y volver a esta humilde pero sublime escuela de Na-zaret! ¡Cómo quisiéramos volver a empezar, junto a María, nuestra iniciación a la verdadera ciencia de la vida y a la más alta sabiduría de la verdad divina!

«Pero estamos aquí como peregrinos y debemos renunciar al deseo de continuar en esta casa el estudio, nunca terminado, del conocimiento del Evangelio. Mas no partiremos de aquí sin recoger rápida, casi furtivamente, algunas enseñanzas de la lección de Nazaret.

«Su primera *lección es el silencio*. Cómo desearíamos que se renovara y fortaleciera en nosotros el amor al silencio, este admirable e indispensable hábito del espíritu, tan necesario para nosotros, que estamos aturdidos por tanto ruido, tanto tumulto, tantas voces de nuestra ruidosa y en extremo agitada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento y la interioridad, enséñanos a estar siempre dispuestos a escuchar las buenas inspiraciones y la doctrina de los verdaderos maestros. Enséñanos la necesidad y el valor de una conveniente formación del estudio, de la meditación, de una vida interior intensa,

de la oración personal que sólo Dios ve.

Se nos ofrece además una *lección de vida familiar*. Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irreemplazable que es su función en el plano social.

«Finalmente, aquí aprendemos también *la lección del trabajo*. Nazaret, la casa del hijo del artesano: cómo deseamos comprender más en este lugar la austera pero redentora ley del trabajo humano y exaltarla debidamente; restablecer la conciencia de su dignidad, de manera que fuera a todos patente; recordar aquí, bajo este techo, que el trabajo no puede ser un fin en sí mismo, y que su dignidad y la libertad para ejercerlo no provienen tan sólo de sus motivos económicos, sino también de aquellos otros valores que lo encauzan hacia un fin más noble.

«Queremos finalmente saludar desde aquí a todos los trabajadores del mundo y señalarles el gran modelo, al hermano divino, al defensor de las causas justas, es decir: Cristo, nuestro Señor».

1 de Enero
Santa María, Madre de Dios

En la *entrada* de la solemnidad de la Madre de Dios cantamos a Nuestra Señora: «¡Salve, Madre Santa! Virgen, Madre del Rey, que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos».

Oramos en la *colecta* (del Misal anterior): Dios y Señor nuestro, que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación; concédenos experimentar la intercesión de Aquélla de quien hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida».

El hecho mariano está en la entraña misma de la fe cristiana. Es un hecho vinculado irrenunciablemente a la realidad y a la misión personal del Verbo encarnado. Por ello, al coronar la octava de Navidad, la liturgia romana nos presenta hoy el misterio del Emmanuel en su marco más exacto: el regazo maternal de María. La que hizo real la presencia del Hijo de Dios encarnado, Príncipe de la paz, ha de ser reconocida por todos como la santa Madre, Reina de la paz.

–***Números 6,22-27***: *Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré*. La bendición solemne del sacerdote al Pueblo de Israel era un signo de la presencia amorosa de Dios entre los suyos. En la Nueva Alianza esta presencia se nos ha hecho real y personal en Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María. Éste es el motivo central de la lectura.

El concepto bíblico de *la bendición* implica una acción de Dios, que lleva al hombre a la plenitud y a la felicidad. El Señor, bendiciendo al hombre, le concede las condiciones del éxito en vida y en su trabajo. La bendición de Dios toca la misma raíz de la actividad humana y la acompaña hasta el final.

Israel era un pueblo bendito. La Iglesia es también un pueblo bendito. El cristiano, perteneciendo a ese pueblo debe aparecer como un hombre bendito, un hombre que se ha realizado y que es libre. La Iglesia se lo recuerda cuando al fin de la celebración eucarística el sacerdote le da la bendición, tantas veces menospreciada y recibida rutinariamente. Para acentuar el valor de las bendiciones, la liturgia promovida por el concilio Vaticano II ha restablecido en días determinados bendiciones más solemnes.

–Pedimos la bendición de Dios con el ***Salmo 66***: «El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra sus caminos, todos los pueblos su salvación. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud, y gobiernas las naciones de la tierra».

–***Gálatas 4,4-7***: *Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer*. Por cuanto el Hijo

de Dios se ha hecho hombre por María, todos podemos reconocernos hijos de Dios en el ámbito amoroso de la Maternidad divina de María. El Hijo ha venido a la tierra para una misión recibida del Padre, y en virtud de esa misión, Él nos trae la salvación, que para los judíos significa la liberación de la ley y para nosotros la elevación a la cualidad de hijos de Dios.

El Espíritu vivificante del Hijo Resucitado es el principio dinámico de la filiación adoptiva (Rom 1,3; 8.15-17). Esto nos da una convicción firmísima de que verdaderamente Dios es nuestro Padre, y así nos atrevemos a invocarlo. San Pablo nos recuerda la filiación mariana de Jesús, y nos invita a vivirla también nosotros en el servicio de Dios, en la acogida de esa Palabra divina y en la fidelidad a la misma.

–***Lucas 2,16-21***: *Encontraron a María, a José y al Niño*. Al cumplirse los ocho días impusieron al niño por nombre Jesús. Desde el primer momento de la Encarnación encontramos realmente a Jesús, nuestra paz y reconciliación, en María, con María, por la Virgen María.

La entrada de Dios en nuestra historia es como un encuentro entre la miseria de los hombres y la misericordia gloriosa de Dios. Y la Virgen María es un símbolo de la Iglesia. Como ella, la Virgen toma la preciosa sangre sacrificial de Cristo y se la ofrece a Dios sin descanso, todos los días y a todas las horas; se la ofrece por la pobre, por la extraviada y pecadora humanidad, que siempre está en guerra en algún lugar y para quien pide la paz.

La Iglesia sabe que el Hijo de Dios vino al mundo y derramó su sangre por la salvación de los hombres. Por eso la salvación constituye para ella su máxima y primordial preocupación. La Iglesia quiere la paz entre los hombres y por eso acude con su plegaria a la Madre del Príncipe de la paz, para que la otorgue ampliamente a la humanidad. También en las letanías lauretanas invoca la Iglesia a la Virgen María como *Reina de la paz*.

2ª Semana de Navidad

Domingo

Las antífonas y oraciones son las mismas de la misa del día de Navidad.

La celebración litúrgica de este Domingo nos invita a meditar, a la luz de los acontecimientos de Belén, lo que el misterio de la presencia del Verbo Encarnado ha supuesto para nuestra condición humana. Cristo es, al mismo tiempo, la plenitud de la revelación divina para toda la humanidad y la prueba evidente de la presencia amorosa de Dios entre los hombres.

Por eso en Cristo tenemos nuestra salvación, nuestra liberación, nuestra Luz sobrenatural, nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida. Todo lo tenemos en Él. Sin Él nada podemos hacer. Fuera de Cristo, al hombre sólo le queda la posibilidad de permanecer en las tinieblas, en el error, en la muerte eterna.

–***Eclesiástico 24,1-4.12-16***: *La sabiduría habita en medio del pueblo elegido*. Toda la historia de la salvación ha sido fruto de la Sabiduría amorosa de Dios, rectora de los destinos humanos y, últimamente, hecha carne y presencia viviente por el misterio de la Encarnación del Verbo divino entre los hombres. La concepción de la *Sabiduría* como revelación de Dios no sólo en el universo, sino también en la actividad de los sabios, es uno de los puntos más elevados de la teología del Antiguo Testamento. Esta Sabiduría que hace nacer en el corazón del piado-so israelita el deseo de gustar sus frutos y hace que tal deseo no disminuya, ni se apague, sino que aumente siempre, hace pensar en Cristo, presentado por San Juan como fuente de agua viva, verdadero pan del cielo y como el Camino, la Verdad y la Vida por excelencia.

–***Efesios 1,3-6.15-18***: *Dios nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo*. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para ofrecernos a todos la posibilidad divina de llegar a ser hijos de Dios por adopción. En esto consiste la grandeza de nuestra vocación cristiana. Ante la realidad de nuestra salvación, San Pablo se llena de alegría y da comienzo a un canto de alabanza y de acción de gracias. Pero la plenitud de sus sentimientos y la riqueza de sus ideas le impiden un discurso bien hecho y ordenado: se entrecruzan entonces sus pensamientos, sobreponiéndose maravillosamente unos a otros. Comenta San Agustín:

«A los limpios de corazón se les permite la visión de Dios. Y no sin motivo, pues ésos son los ojos con que se ve a Dios. Hablando de estos ojos, dice el Apóstol Pablo: “ilumine los ojos de vuestro corazón”. Al presente estos ojos, debido a su debilidad, son iluminados por la fe; luego, ya vigorosos, serán iluminados por la misma realidad» (*Sermón* 53,6, en Cartago, 415).

–***Juan 1,1-18***: *La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*. En el período natalicio se ha comentado varias veces este grandioso texto evangélico. Escuchemos el comentario de San Agustín:

«Como las tinieblas no acogieron la luz, era preciso para los hombres el testimonio humano. No podían ver el día, pero quizá podrían soportar la lámpara. Ya que no estaban capacitados para ver

el día, soportarían en todo caso la lámpara. "Hubo un hombre, enviado por Dios. Él vino para dar testimonio de la luz". ¿Quién vino, y de dónde vino, para dar testimonio de la luz? ¿Cómo no era él la luz, si en verdad era una lámpara? Ante todo advierte que era lámpara. ¿Quieres ver lo que la lámpara dice del día y el día de la lámpara? "Vosotros, dijo el Señor, mandasteis una embajada a Juan; quisisteis gozar por un instante de su luz; él era la lámpara que ardía y brillaba" (Jn 5, 33.35).

«¿Que veía, pues, Juan el Evangelista, que menospreciaba la lámpara? "No era él la Luz, pero venía para dar testimonio de la luz". ¿De qué luz? "Él era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". Si a todo hombre, también a Juan. El que aún no se quería mostrar como día, se había encendido su propia lámpara como testigo… Era tenido por Cristo, pero él se confesaba hombre. Era tenido por el Señor, pero él se reconocía siervo. Haces bien, oh lámpara, en reconocer tu humildad, para que no te apague el viento de la soberbia» (*Sermón* 342,2).

Entradas y colectas de las ferias del 2 de enero al sábado anterior a la fiesta del Bautismo del Señor

Lunes

Entrada: «Un día santo amaneció para nosotros. Venid, pueblos y adorad al Señor, porque una gran luz ha descendido sobre la tierra». *Colecta* (Veronense): «Concede, Señor, a tu pueblo perseverancia y firmeza en la fe, y a cuantos confiesan que tu Hijo, Dios de gloria eterna como tú, nació de Madre Virgen con un cuerpo como el nuestro, líbralos de los males de esta vida y ayúdales a alcanzar las alegrías eternas».

Martes

Entrada: «Bendito el que viene en el nombre del Señor. El Señor es Dios: Él nos ilumina». *Colecta* (Veronense): «Dios todopoderoso, tú has dispuesto que por el nacimiento virginal de tu Hijo, su humanidad no quedara sometida a la herencia del pecado; por este admirable misterio, humildemente te rogamos que cuantos hemos renacidos en Cristo a una nueva vida, no volvamos otra vez a la vida caduca de la que nos sacaste».

Miércoles

Entrada: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban en tierra de sombras y una luz les brilló» (Is 9,2). *Colecta* (Gregoriano): «Dios todopoderoso, que tu Salvador, luz de redención que se levanta en el cielo, amanezca también en nuestros corazones y los renueve siempre».

Jueves

Entrada: «En el principio y antes de los siglos la Palabra era Dios, y se ha dignado nacer como Salvador del mundo (Jn 1,1). *Colecta* (Gelasiano): «Señor, que has comenzado de modo admirable la obra de la redención de los hombres con el nacimiento de tu Hijo, concédenos, te rogamos, una fe sólida, para que, guiados por el mismo Jesucristo, podamos alcanzar los premios eternos que nos ha prometido».

Viernes

Entrada: «En las tinieblas brilla como una luz el Señor justo, clemente y compasivo» (Sal 111,4). *Colecta* (Gelasiano): «Ilumina, Señor, a tus fieles; alumbra sus corazones con la luz de tu gloria; que siempre reconozcan a su Salvador y lo vivan como suprema verdad de su vida».

Sábado

Entrada: «Envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, para que recibiéramos el ser hijos por adopción» (Gál 4,4-5). *Colecta* (sacramentario de Bérgamo): «Dios todopoderoso y eterno, que has querido manifestarte con una nueva claridad en el nacimiento de tu Hijo Jesucristo, concédenos,

te rogamos, que así como Él comparte con nosotros, naciendo de la Virgen, la condición humana, consigamos nosotros en su reino participar un día de la gloria de su divinidad».

2 de enero

Nos fijamos aquí ahora sólo en las lecturas de la Misa. Y así lo haremos también en los días siguientes hasta Epifanía.

–***1 Juan 2,22-28***: *Permanezca en vosotros lo que habéis oído desde el principio*. El anticristo, el que niega que Cristo es el Mesías y, por eso mismo, rechaza al Padre y al Hijo, es mentiroso. Mas los verdaderos creyentes tienen que permanecer fieles a cuanto han oído desde el principio. La unción de Dios, esto es, el Espíritu Santo, en quien han de permanecer, los adoctrinará.

Como Juan Bautista, hemos de confesar nosotros que Jesús es el Mesías prometido. No podemos forjar en nuestra mente un Cristo según nuestro capricho, ni crear ídolos. Hemos de aceptar la Palabra de Dios tal como se muestra en la Escritura, en la Tradición y es propuesta por el Magisterio de la Iglesia. Para decir un «sí» a Cristo hemos de proclamar un «no» a nosotros mismos, a nuestras pretensiones mesiánicas.

San Juan Apóstol es el único escritor del Nuevo Testamento que usa la pala-bra «anticristo» para designar los falsos «cristos» y falsos profetas. Por eso advierte a sus lectores que en el mundo existen muchos «anticristos». Son todos los que se oponen a Cristo y a su doctrina. Son todos los impostores, los falsos profetas, falsos mesías que van de una a otra parte difundiendo doctrinas malsanas para embaucar a la gente sencilla. Han existido siempre.

También hay maestros de la mentira en nuestros días, como lo muestran tantos documentos de la Sede Apostólica. La fidelidad a la enseñanza tradicional es condición esencial para permanecer en la doctrina auténtica que Cristo enseñó y confió a la Iglesia. La palabra de Cristo es una realidad tan sublime que el permanecer en ella nos procura un bien supremo: la inhabitación de la Santísima Trinidad en nuestra alma, que es la forma más perfecta de nuestra comunión con Dios.

A esto contribuye la unción que hemos recibido del Espíritu Santo, que no nos apartará del legítimo Magisterio de la Iglesia, sino que nos dará siempre el gusto y la inteligencia de la verdad revelada, el conocimiento especial de Dios y una iluminación esplendorosa, tal como aparece en muchas almas santas que han merecido el honor de los altares.

–El ***Salmo 97*** es uno de los cantos del Reino de Israel restaurado después de la cautividad. El Señor que dio la libertad a Israel en el destierro ha operado por el Nacimiento de Jesucristo una nueva liberación en favor de toda la humanidad, esclava del pecado. Por eso decimos: «Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas».

Estábamos en sombras de muerte, en el pecado, en la esclavitud del demonio y del mundo, y ha aparecido la Luz verdadera que al venir a este mundo ilumina a todo hombre. Tenemos muchos motivos para dar gracias a Dios, alabarlo y cantar con alegría. Su diestra ha dado a Cristo la victoria y lo revela a las naciones, a todos los pueblos. Se acordó de su misericordia y de su fidelidad en favor de Israel, de la Iglesia, de todos los hombres. Por eso: «Aclama al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad».

–***Juan 1,19-28***: *En medio de vosotros hay uno que no conocéis*. San Agustín ha comentado este pasaje evangélico unas trece veces. Aquí escogemos unos párrafos del sermón predicado en Cartago hacia el año 400:

«Tanto destaca Juan por su excelencia, que fue considerado no ya como precursor, sino como el mismo Cristo. Si la lámpara hubiese estado apagada o ennegrecida por el humo de la soberbia, cuando llegaron a él los judíos para preguntarle: "¿Tú quién eres? ¿Eres el Cristo, o Elías o un profeta?", él hubiese respondido: "lo soy". Habría hallado el momento oportuno para su jactancia cuando el error de los hombres le atribuía un falso honor. ¿Acaso hubiera tenido que esforzarse en convencerles de lo que se anticipaban a decirle quienes le interrogaban?

«Pero él, como humilde, fue enviado a preparar el camino al Excelso. Por eso era amigo del Esposo, porque era siervo que reconocía al Señor… ¡Cuánto se humilla quien era ensalzado tanto que lo consideraban el Cristo! "No soy digno, dice, de desatar la correa de su calzado". Y Cristo dice de Juan: "Nadie mayor que Juan Bautista"… Si ya Juan era un hombre tan grande que no había mayor que él ningún otro, quien es mayor que él es más que hombre. Pero quien es más que hombre, se hizo hombre por el hombre, y con razón florece sobre Él la santificación del Padre» (*Sermón* 308 A).

3 de enero

–***1 Juan 2,29-3,6***: *Todo el que permanece en Dios no peca*. Dios nos ha otorgado su amor al convertirnos en hijos suyos. En este mundo permanece oculta tan gloriosa filiación, pero se manifesta-rá en el gran día, cuando contemplemos a Dios tal cual es. Para vivir como hijos de Dios hay que romper con el pecado. Comenta San Agustín:

«Lo veremos tal cual es. Disponéos para esta visión. Y entretanto, mientras estáis en esta carne, creed en la Encarnación de Cristo y creed de forma que no os veáis seducidos por falsedad alguna. La verdad nunca miente» (*Sermón* 264, 6).

Juan Bautista conoció a Jesús, porque estaba vacío de sí mismo y lleno de Dios. Los hijos de Dios sabemos que el Padre nos ama. Somos una raza nueva que el mundo ni conoce ni comprende. Nuestro ser verdadero es misterioso, como el de Jesús. Ya la verdad de este ser nuestro misterioso se manifiesta cuando obramos la justicia, pues Dios es justo (Mt 5,44-48; Jn 3,3-8); pero la verdadera manifestación llegará cuando veamos a Dios.

Nuestro vivir en la tierra debe ser un acercamiento progresivo a Jesús. Los que pecan luchan contra Jesús. Los que permanecen en Jesús no pecan, pues participan de su misma vida, que es un «no» total al pecado. No es que de tal modo sean justos y puros que gocen ya de perfecta impecabilidad, sino que por convivir con Cristo están fundamentalmente contra el pecado.

El Apóstol dice a los fieles que ellos saben que Dios es justo y esencialmente perfecto, y de ahí saca la consecuencia de que el que ha nacido verdaderamente de Dios, participa de su vida y practica la justicia y guarda los mandamientos. El criterio de la filiación divina es la semejanza con Dios, la perfección interior que da al cristiano la gracia santificante que recibió en el bautismo. Por eso dijo el Señor: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48).

Dios nos ha amado tanto que no sólo nos ha dado a su Hijo Unigénito, sino que nos ha hecho hijos suyos por adopción, comunicándonos su propia naturaleza.

–Seguimos cantando en el ***Salmo 97*** las maravillas que el amor de Dios ha hecho con nosotros, constituyéndonos sus hijos y coherederos con Cristo. Para eso vino Cristo al mundo: «Cantad a Dios un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Los confines de la tierra han contemplado la vic-

toria de nuestro Dios… Tocad la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas aclamad al Rey y Señor»…

Cantemos al Señor con un corazón puro y santo, cantemos con obras de justicia, de caridad, de santidad. «En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros» (Jn 13,35). Amemos no sólo con palabras y deseos, sino también y principalmente con obras, con un amor real, activo y servicial, con un amor como Él mismo practicó con nosotros durante toda su vida hasta morir por nosotros en una cruz.

–***Juan 1,29-34***: *Éste es el Cordero de Dios*. Comenta San Agustín:

«Que nadie pretenda que es él el que quita los pecados del mundo. Fijáos ahora contra qué insolentes personas extendía Juan su dedo. No habían nacido todavía los herejes y ya los señalaba con el dedo. Desde las riberas del Jordán levanta la voz contra los mismos que la levanta hoy contra el Evangelio.

«Jesús se acerca. ¿Y qué dice Juan? "He aquí el Cordero de Dios". Si es Cordero es inocente… Pero, ¿quién es inocente?… Todos venimos de aquella semilla y vástago de que habla David, con sollozos y gemidos: "Yo he sido concebido en la iniquidad y en el pecado me alimentó mi madre en su seno". Cordero, pues, es solamente Aquel que no ha venido en esas condiciones. No fue concebido en iniquidad, ya que no fue concebido por obra mortal, ni lo alimentó en la iniquidad su madre cuando lo tuvo en su vientre, porque virgen lo concibió y virgen lo dio a luz. Lo concibió por la fe y por la fe lo crió… Tenía de Adán la carne, no el pecado. Sólo éste, que no toma de nuestra masa el pecado, es el que borra nuestros pecados» (*Tratado sobre el Evg. San Juan.* 4,10).

Por eso se llamó *Jesús*, Salvador, porque quita los pecados del mundo. Él nombre de Jesús nos revela al Hijo del Padre hecho hombre por nosotros pecadores. Nos revela el supremo y eterno Pontífice que se ofreció una vez en la cruz al Padre por nosotros. Sólo en Él está la salvación. Como dijo San Pedro, «no se ha dado a los hombres bajo los cielos más que ese Nombre por el cual puedan ser salvados» (Hch 4,12).

4 de enero

–***Juan 3,7-10***: *El que ha nacido de Dios no comete pecado, porque ha nacido de Dios*. El pecado tiene su origen en el diablo, el espíritu del mal. Pero Cristo deshizo sus obras. Quien ha nacido de Dios tiene, por tanto, que rechazar el pecado y adherirse a la justicia y a la caridad fra-terna. Lo que en realidad nos distingue como cristianos es nuestro vivir, ya que el cristiano debe ser santo y obrar la justicia. Por su naturaleza como cristiano tiene que ser impecable, pues ha nacido de Dios.

Pero, sin embargo, el hombre viejo permanece y ha de ser destruido con la ayuda de la gracia. A veces prevalece el hombre viejo y entonces contradice su ser de cristiano. Comenta San Agustín:

«Tal es, en consecuencia, el solo pecado del que, por voluntad suya, dará pruebas al mundo el de *no creer en Él*. Por la fe en Él se absuelven todos los pecados. Y se le atribuye sólo éste [pecado] por ser éste quien mantiene implicados los demás.

«En cambio, el fiel no tiene pecados, porque, creyendo, se hace hijo de Dios… Luego, quien cree en el Hijo de Dios, en tanto no peca en cuanto se adhiere a Él, haciéndose por adopción hijo y heredero de Dios y coheredero de Cristo. De ahí que diga Juan: "Quien ha nacido de Dios no peca". Y por eso, el pecado que ha de ser probado contra el mundo es éste de no creer en Él. Tal es también el pecado del quien dice el Señor: "Si no hubiera venido, no tendrían pecado" (Jn 15,22). Sin duda tendrían otros innumerables pecados; pero con la venida de Cristo, se les añadió a los que no creyeron éste de no haber creído, el cual impide la remisión de los otros. Pero a los que, por el contrario, creyeron, les fueron absueltos los demás, en razón de faltarles el pecado de la incredulidad» (*Sermón* 143,2, hacia 410-412).

–El Señor que nace en la humildad de un

establo es el Rey del universo y lo rige con justicia y verdad. Aunque pequeño en lo humano, la Iglesia lo reconoce Rey del universo, y proclama que su reinado no tendrá fin. Por eso, alborozada, invita a cantarle con el ***Salmo 97***: «Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas».

Jesucristo ha redimido a su pueblo, nos hace partícipes de su divinidad por la gracia santificante, nos ha dejado el sacrificio eucarístico y la Iglesia, puerto de salvación, con su doctrina, con los sacramentos y con la asistencia de Él mismo, que ha prometido estar con ella hasta el fin del mundo. Las maravillas del Nuevo Testamento son inmensamente más grandiosas que las realizadas en el Antiguo. Por eso: «Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan…El Señor rige el universo con justicia y los pueblos con rectitud».

–***Juan 1,35-42***: *Hemos encontrado al Mesías*. El testimonio del Bautista es efectivo. Algunos de sus discípulos se hacen seguidores de Jesús. Ha cumplido Juan su misión. Ahora es Jesús el que todo lo polariza y con sus primeros discípulos comienza la vida de la Iglesia. Comenta San Juan Crisóstomo:

«Jesús, volviéndose y viendo que le seguían, les dijo: "¿qué buscais?" Por aquí podemos aprender que Dios no previene nuestra voluntad con sus dones, sino que cuando nosotros comenzamos a mostrar buena voluntad Él nos ofrece muchísimas ocasiones para salvarnos... Jesús pregunta para ganarse su confianza, al comenzar Él el diálogo y para darles confianza y mostrarles que merecen ser escuchados... Ellos dieron muestra de su interés no sólo con seguirlo, sino también por las preguntas que le dirigieron. Aunque no habían aprendido nada de Él, ni le habían oido predicar siquiera, le llamaron maestro, declarándose así discípulos suyos y revelando la razón por la que le seguían. "¿Dónde moras?" Lo que ellos querían era hablar con Él, escucharle y aprender con sosiego.

«Cristo los llevó consigo, animándoles aún más a seguirle al darles a entender que ya les había acogido entre los suyos. Les dirigió la palabra como a amigos, como si se tratara de viejos camaradas. El evangelista escribe a continuación que permanecieron con Él todo aquel día. Ni siguieron ellos a Cristo, ni Éste les llamó por otra razón que no fuera la de enseñarles su doctrina...

«"Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo". Manifiesta el poder de la palabra del Maestro, que les había convencido de eso, y el intenso deseo y el celo que desde hacía mucho tiempo animaba a los discípulos. Esa frase es expresión de un alma que ardientemente deseaba la venida del Mesías y que exulta y se llena de alegría cuando ve la esperanza convertida en realidad y se apresura a anunciar a sus hermanos tan feliz noticia. Era, además, un gesto de amor fraterno, de profunda amistad, de generosidad desinteresada éste de comunicarse entre los parientes los tesoros espirituales.

«San Juan Bautista, tras haber dicho "he ahí al Cordero que bautiza en el Espíritu", dejó que sus discípulos aprendieran más claramente de Él mismo cuanto concernía a la verdad referente a Aquél. Lo mismo hizo Andrés: considerándose incapaz de explicar todo por sí mismo, llevó a su hermano hasta el manantial de la luz con tanta insistencia y firmeza que venció cualquier duda y todas las dificultades» (*Homilías sobre el evangelio de San Juan* 18 y 19)

Nosotros creamos en Jesús, en el Hijo de Dios. Tengámonos por infinitamente dichosos de poder contemplar todos los días en la Santa Misa y en la Sagrada Co-munión la manifestación de Dios, efectuada un día en el Jordán. Pidámos a Jesús que nos conceda la gracia de poder contemplarle también un día todos juntos, allí donde ya el día del Señor no volverá a tener nunca fin.

5 de enero

–***1 Juan 3,11-21***: *Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos*. Hemos de practicar la caridad fraterna si queremos vivir como hijos de Dios. Esto es precisamente lo que manifiesta que hemos pasado de la muerte a la vida, a esa vida que Cristo otorgó a todos por su pasión, muerte y resurrección.

Desde el comienzo del mundo hay dos figuras que los hombres pueden imitar: Caín y Abel. Son figuras del odio y del amor. Comenta San Agustín:

«Ante todo ha de evitarse el odio; ha de arrojarse la viga del ojo. Cosas muy distintas son el que uno, airado, se exceda en alguna palabra, que borra después con la penitencia, y el guardar encerradas en el corazón las insidias. Grande es la diferencia entre las palabras de la Escritura, cuando dice "mi ojo está turbado a causa de la ira" (Sal 6,8), y cuando en otro lugar dice: "quien odia a su hermano es un homicida" (1 Jn 3,13). Grande es la diferencia entre el ojo turbado y el cegado. La paja turba; la viga ciega.

«Persuadámonos, pues, en primer lugar de esto para que podamos realizar bien y cumplir lo que hoy se nos ha aconsejado: ante todo, no odiemos. Sólo entonces, cuando en tu ojo no haya viga alguna, verás con claridad cualquier cosa que exista en el ojo de tu hermano, y sufrirás pena hasta que arrojes de él lo que ves que le daña. La luz que hay en ti no te permite descuidar la luz de tu hermano. Pero si odias y deseas corregir, ¿cómo podrás darle la luz si tú mismo la perdiste? Dice también esto con claridad la misma Escritura cuando escribe: "quien odia a su hermano es un homicida. Quien odia a su hermano está todavía en las tinieblas" (*ib*. 2,9). El odio son las tinieblas. No es posible que quien odia a otro no se dañe antes a sí mismo» (*Sermón* 82,2-3, en Milevi, hacia 408-409).

–Con el ***Salmo 99*** aclamamos al Señor que nos ha redimido con su venida a este mundo en carne mortal por medio de la Virgen María, para que siempre estemos alejados del odio y vivamos radicados en el amor: «Servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. Sabed que el Señor es Dios, que Él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño. Entrad por sus puertas con acción de gracias, por su atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre. El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades». Por eso no podemos odiar, sino estar, como el Señor, llenos de su misericordia y de su amor hasta con los propios enemigos.

–***Juan 1,43-51***: *Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel*. La vocación de Natanael cierra la serie de escenas de las primeras conversiones de los discípulos de Cristo. En todas ellas hay llamada, seguimiento, fe y promesa. Natanael es «un verdadero israelita». Llamado por Jesús, viene a la fe y le confiesa como Hijo de Dios. Comenta San Agustín:

«En lo que sigue se prueba cómo era este Natanael. Conoced cómo era, pues el mismo Señor es su testimonio. Por el testimonio de Juan fue dado a conocer el soberano Señor y por el testimonio de la Verdad se dio a conocer el bienaventurado Natanael. La Verdad es ella misma su testimonio de recomendación. Mas, porque los hombres no podían comprender la Verdad, tenían que buscarla con la antorcha o la lámpara; por eso, para mostrarnos al Señor, fue enviado Juan.

«Oye ahora el testimonio que el Señor da de Natanael…: "es un verdadero israelita; no hay doblez en él". ¡Magnífico testimonio! Ni de Andrés, ni de Pedro, ni de Felipe se dice lo que de Natanael. Sin embargo no es el primero de los discípulos. "No hay doblez en él", es decir, si es pecador, confiesa que lo es; si se confesara justo, habría doblez en su confesión. El Señor alaba en Natanael la confesión de su pecado, pero no declara que no era pecador» (*Tract. in Jn*. 7,16-18).

Cristo vino a redimirnos del pecado. Confesémonos también nosotros pecadores y así obtendremos el perdón. Él vino a librarnos de nuestro propio espíritu, del espíritu humano, espíritu de vanidad, de propia estima, de sensualidad, de corrupción.

6 de Enero
Epifanía del Señor

En la *entrada* de esta Misa la Iglesia llama nuestra atención: «Mirad que llega el Señor del Señorío: en la mano tiene el reino y la potestad y el imperio» (Mal 3,1; 1 Cro 19,12).

En la oración *colecta* (Gregoriano) pedimos al Señor, que en este día reveló a su Hijo Unigénito por medio de una estrella a los pueblos gentiles, conceda a los que ya lo conocemos por la fe poder gozar un día, cara a cara, la hermosura infinita de su gloria.

En el *ofertorio* (Gregoriano) se pide al Señor que mire los dones de su Iglesia que no son oro, incienso y mirra, sino Jesucristo, su Hijo, que en estos misterios se manifiesta, se inmola y se da en comida.

La *comunión* remite el texto de Mt 2,2: «Hemos visto salir la estrella del Señor y venimos con regalos a adorarlo». Y en la *postcomunión* (del Misal anterior, procedente del Gelasiano) pedimos que la luz del Señor nos disponga y nos guíe siempre para que aceptemos con fe pura y vivamos con amor sincero el misterio del que hemos participado.

Navidad nos trajo la nueva Luz, el Sol de justicia, Jesucristo, que hoy, en la Epifanía, se manifiesta con nuevo resplandor para iluminar al mundo con su Luz y derramar sobre él los tesoros de su redención.

–***Isaías 60,1-6***: *La gloria del Señor amanece sobre ti*. La universalidad redentora del Emmanuel y su Nueva Alianza de salvación exigen una nueva Jerusalén. Es la Iglesia, con su capacidad salvadora de judíos y gentiles. La Iglesia es para todos los hombres elegidos del Padre. «¡Jerusalén, Iglesia, levántate! ¡Alégrate y salta de gozo!» Así hemos de entender la profecía de Isaías. Y la Iglesia, obediente, canta jubilosa. Se diría que no se cansa de contemplar la gloria del Señor. Es como si la trasladaran a las delicias del Tabor y, cual otro Pedro y compañeros, exclamara: «Señor, ¡qué bien se está aquí!» (Mt 17,4). Su corazón se desborda de santa alegría.

Rara es la ocasión en que el mundo moderno proporciona un gozo a la Iglesia, mientras que los disgustos que le causan son frecuentes. Sin embargo, ella desborda de alegría por la presencia de su Señor, por la celebración de sus misterios, por la gracia de sus sacramentos.

–Sí, Iglesia Santa, «la gloria del Señor resplandece sobre ti». Por eso cantamos con el ***Salmo 71***: «Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra… Porque él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector. Él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres».

–***Efesios 3,2-3.5-6***: *Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos*. Por un designio del amor universal del Padre también los paganos están llamados a la revelación evangélica en Cristo Jesús. En el Antiguo Testamento se había revelado por la promesa hecha a Abrahán que “en su descendencia serían bendecidas todas las naciones de la tierra” (Gén 12,3). Pero la forma en que se iba a realizar aquella bendición no había sido desvelada.

En la plenitud de los tiempos, San Pablo descubre a la luz de cuanto Jesucristo le revela, que el camino elegido por Dios no ha sido salvar solamente por la descendencia biológica de Abraham, sino incorporando los gentiles a la Iglesia, Cuerpo místico, en igualdad con los judíos. Este es el «misterio», el plan de Dios tal como se ha dado a conocer en la misión que Cristo confió a sus apóstoles. Ésta es la gran misericordia de Dios: su redención universal, su Reino benéfico, que se extiende a toda la humanidad. Demos gracias a Dios por ello.

–***Mateo 2,1-12***: *Venimos de Oriente para adorar al Rey*. Los Magos fueron las primicias de este llamamiento a los gentiles para ser incorporados a la fe en Cristo Jesús. Ellos representan también hoy a los que aún no conocen el Evangelio de Jesucristo. Oigamos a San León Magno:

«Habiendo celebrado hace poco el fausto día en que la Virgen santísima, conservando su virginidad, dio al mundo al Salvador del género humano, la celebración de la venerada festividad de la Epifanía nos trae una prolongación de nuestro gozo, para que, uniéndose los misterios de estas solemnidades santísimas, no se entibie ni el vigor de nuestra alegría ni el fervor de nuestra fe.

«Para la salvación de todos los hombres convenía que la infancia del Mediador entre Dios y los hombres se manifestase al mundo entero aun cuando se hallaba encerrada en una pequeña aldea. Aunque el Señor eligió al pueblo de Israel, y en ese pueblo a una familia señalada, de la cual tomase nuestra humanidad, con todo, no quiso que su nacimiento estuviera oculto en la pequeñez de este lugar en el que había nacido, sino que, como nació para todos, quiso también comunicar a todos la noticia de su nacimiento.

«Por eso apareció a los tres Magos de Oriente una estrella de nueva luminosidad, más clara y más brillante que las demás, y tal, que atraía los ojos y corazones de cuantos la contemplaban, para mostrar que no podía carecer de significación una cosa tan maravillosa. El que había dado tal signo al mundo, iluminó la inteligencia de los que la contemplaban; hizo que le buscaran los que no lo conocían y quiso Él mismo ser hallado por los que le buscaban.

«Tres hombres emprenden el camino guiados por esta luz celestial. Fija la mirada en el astro que les precede y siguiendo la ruta que les indica, son conducidos por el esplendor de la gracia al conocimiento de la verdad…

«Pero al anuncio de que un príncipe de los judíos ha nacido, se alarma Herodes, suponiendo un sucesor. Maquinando el asesinato del autor de la salvación, promete hipócritamente su homenaje. ¡Feliz él si hubiese imitado la fe de los Magos y hubiese puesto al servicio de la religión los planes que proyectaba al servicio del engaño! ¡Oh ciega impiedad de una estúpida emulación, piensas entorpecer con tu furor el designio divino! El Señor del mundo no busca un reino temporal, Él es quien lo da eterno…

«Los Magos realizan sus deseos, y llegan, conducidos por la estrella, hasta el Niño, el Señor Jesucristo. En la carne adoran al Verbo; en la infancia, a la Sabiduría; en la debilidad a la Omnipotencia; en la realidad de un hombre, al Señor de la majestad. Y, para manifestar exteriormente el misterio que ellos creen y entienden, atestiguan por los dones lo que ellos creen en el corazón. A Dios le ofrecen el incienso; al Hombre, la mirra y al Rey, el oro, sabiendo que honran en la unidad las naturalezas divina y humana. (*I Homilía para la solemnidad de Epifanía*).

Entradas y colectas después de la Epifanía

Lunes

Entrada: «Un día santo amaneció para nosotros. Venid, pueblos, adorad al Señor, porque una gran Luz ha descendido sobre la tierra». *Colecta* (Gelasiano): «Te pedimos, Señor, que tu divina luz ilumine nuestros corazones; con ella avanzaremos a través de las tinieblas del mundo, hasta llegar a la patria, donde todo es eterna claridad».

Martes

Entrada: «Bendito el que viene en el nombre del Señor. El Señor es Dios. Él nos ilumina» (Sal 117,26-27). *Colecta* (Gelasiano): «Señor, Dios nuestro, cuyo Hijo asumió la realidad de nuestra carne para manifestársenos; concédenos, te rogamos, poder transformarnos internamente a imagen de aquel que en su humanidad era igual a nosotros».

Miércoles

Entrada:«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una Luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló» (Is 9, 2). *Colecta* (Gelasiano): «Señor, luz radiante de todas las naciones, concede a los pueblos de la tierra una paz estable, e ilumina nuestros corazones con aquella luz espléndida que condujo a los Magos al conocimiento de tu Hijo».

Jueves

Entrada: «En el principio y antes de los siglos la Palabra era Dios, y se ha dignado nacer como Salvador del mundo» (Jn 1,1). *Colecta* (Gelasiano): «Dios todopoderoso, tú que ha revelado a todas las naciones, por medio de tu Hijo, que tú eres el Señor; concede a tu pueblo descubrir el misterio profundo de Cristo Salvador, y llegar, en virtud de este misterio, a gozar de la luz de tu gloria».

Viernes

Entrada: «En las tinieblas brilla como una Luz el Señor, justo, clemente y compasivo» (Sal 111,4). *Colecta* (Gelasiano): «Dios todopoderoso, tú que has anunciado a los Magos, por medio de una estrella, el nacimiento de nuestro Salvador, manifiéstanos siempre este misterio y haz que sus frutos crezcan en nuestros corazones».

Sábado

Entrada: «Envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, para que recibiéramos el ser hijos por adopción» (Gal 4,4-5). *Colecta* (Gelasiano): «Dios todopoderoso y eterno, que nos has hecho renacer a una vida nueva por medio de su Hijo, concédenos que la gracia nos modele a imagen de Cristo, en quien nuestra naturaleza mortal se une a tu naturaleza divina».

7 de enero

–***1 Juan 3,22–4,6***: *Examinad si los espíritus vienen de Dios*. De nuevo nos habla San Juan del «anticristo» y de los falsos profetas: son aquellos que niegan la fe de la Iglesia. A ellos se oponen los creyentes, los que confiesan que Jesucristo es el Verbo de Dios encarnado.

La comunidad de vida que existe entre Dios y nosotros hace que nuestra oración sea siempre oída. Comenta San Agustín:

«El Espíritu Santo nos ha mandado que "no demos fe a cualquier espíritu" y nos indica también el porqué de este mandato (1 Jn 4,1-3). Por tanto, quien desprecia este mandato y piensa que ha de "creer a todo espíritu", necesariamente irá a caer en manos de los falsos profetas y, lo que es peor, blasfemará contra los auténticos…

«He escuchado el precepto de Juan, mejor, del Señor por boca de Juan: "no deis fe a cualquier espíritu". Lo acepto y así quiero actuar. Continúa diciendo: "antes bien, examinad los espíritus para ver si proceden de Dios". ¿Cómo hacerlo? No te preocupes… "En esto se conoce el espíritu que procede de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en la carne, procede de Dios"…

«Alejad, pues, de vuestros oídos a cualquier charlatán, predicador, escritor o murmurador que niegue la venida en carne de Jesucristo. Por tanto, expulsad de vuestras casas, de vuestros oídos y de vuestros corazones a los maniqueos, quienes abiertamente niegan que Jesucristo vino en la carne. Su espíritu, por tanto, no procede de Dios» (*Sermón* 182,2).

Fácil es para nosotros caer en el engaño. El Espíritu no es algo que poseemos. Él nos posee y dirige. El Espíritu nos lleva a aceptar el misterio de Jesucristo. El Espíritu nos hace fuertes. Nuestra confianza no se apoya, pues, en nosotros. Ser de Jesús es aceptar su voz, hecha audible en la Iglesia hoy día. Todo cristiano debe ser una radiante *epifanía*, es decir, manifestación del Señor, ha de ser un vivo destello de la fulgente y divina Luz de Cristo. La Epifanía es un claro anticipo de la futura aparición del Señor ante los ojos de toda la humanidad.

–El reino inaugurado con el nacimiento de Cristo se extiende a todo el mundo, a todos los hombres, lo quieran éstos o no lo quieran. A través de este Reino serán defendidos los humildes y socorridos los pobres. Que todos los hombres, por tanto, reconozcan humildemente la soberanía suprema de Cristo y de su mensaje salvador y redentor.

Hagámoslo así nosotros cantando con el ***Salmo 2***: «Voy a proclamar el decreto del Señor. Él me ha dicho: "Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy. Pídemelo: te daré en herencia las naciones, en posesión, los confines de la tierra". Y ahora, reyes, sed sensatos, escarmentad los que regís la tierra: servid al Señor con temor». Recibamos nosotros fielmente el Reino de Cristo, que es un reino de paz, de justicia, de amor y de gracia.

–***Mateo 4,12-17.23-25***: *Está cerca el Reino de los cielos*. En los días que siguen a la solemnidad de Epifanía la lectura evangélica nos presenta diversas manifestaciones de Jesucristo. El comienzo de su predicación en Galilea ha sido visto por el Evangelista como el cumplimiento de lo que dijo el profeta Isaías: «El pueblo que habitaba en tinieblas vió una luz grande; a los que habitaban en sombra de muerte una luz les brilló» (Is 9,1ss). Nosotros hemos de iluminar también, como nos dice San León Magno:

«Sabemos que esto se ha realizado por el hecho de que los tres Magos, llamados desde un país lejano, fueron conducidos por una estrella para conocer y adorar al Rey del cielo y de la tierra. La docilidad de esta estrella nos invita a imitar su obediencia y a hacernos también, en la medida de nuestras posibilidades, los servidores de esta gracia que llama a todos los hombres a Cristo. Cualquiera que vive piadosamente y castamente en la Iglesia, que saborea las cosas de lo alto y no las de la tierra, es, en cierto modo, semejante a esta luz celeste. Mientras conserva en sí mismo el resplandor de una vida santa, muestra a muchos, como una estrella, el camino que conduce a Dios. Animados por este celo, debéis aplicaros, ama-dísimos, a ser útiles los unos para con los otros, a fin de brillar como los hijos de la luz en el reino de Dios, al que se llega por la fe recta y las buenas obras» (*Sobre la Epifanía de Nuestro Señor Jesucristo*, Homilía 3ª, 5).

Cristo tiene que reinar. Él dirá más tarde: «Se me ha dado todo poder en los cielos y en la tierra» (Mt 28,18). «Todas las cosas están sometidas a Él» (Heb 2,8; *cft.* 1 Cor 15,24-25). En el obelisco de la plaza de San Pedro del Vaticano están grabadas estas palabras: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. En virtud de este poder absoluto que Él posee, establece su reino sobre la tierra, esto es, funda la Iglesia. Todo, pues, ha de ir sometiéndose a Jesucristo, Rey pacífico y lleno de misericordia.

8 de enero

–***1 Juan 4,7-1***: *Dios es Amor*. Es Él quien nos ha amado primero y quien envió a su Hijo, Jesucristo, por amor, para que fuese el Redentor de los hombres. Oigamos a San Agustín:

«Dice San Juan: "Pasaron las tinieblas, ahora brille la luz". Y a continuación añade: "Quien piensa ser luz y odia a su hermano está en las tinieblas" (1 Jn 2,8.9). Quizá haya quien piense que tales tinieblas son idénticas a las que sufren los encarcelados. ¡Ojalá fuesen como ésas! Y, con todo, nadie quiere verse en medio de ellas. En las

tinieblas de la cárcel no es posible ver con los ojos, pero sí se puede contemplar a Dios amando a los hermanos (1 Jn 4,7)…

«Quien odia a su hermano camina, sale, entra, se mueve sin el peso de las cadenas y sin verse recluido en ninguna cárcel. No obstante, está aprisionado por la culpa. No pienses que está libre de la cárcel: su cárcel es su propio corazón» (*Sermón* 211,2).

El amor proviene de Dios como de su fuente, por eso «el que ama ha nacido de Dios» (1 Jn 4,7). Es hijo de Dios, animado por la gracia. El amor fraterno es un efecto de nuestro nacimiento sobrenatural. Dios, al hacernos partícipes de su vida, nos ha hecho también partícipes de su inmensa caridad divina.

–Con el ***Salmo 77*** cantamos el Reinado de Jesucristo: «Que todos los pueblos te sirvan, Señor. Dios mío, confía tu juicio al rey para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. Que los montes traigan paz y los collados justicia. Que Él defienda a los humildes del pueblo, y socorra al hijo del pobre. Que en sus días florezca la justicia, y la paz hasta que falte la luna. Que domine de mar a mar, del gran río al confín de la tierra».

¡Cristo es Rey! Su reino es la creación entera. La nota de su reinado es el Amor. Es el signo de su pertenencia a él: «en esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis unos a los otros» (Jn 13,35). «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis como Yo os he amado» (13,34).

–***Marcos 6,34-44***: *Jesús se manifiesta como profeta y taumaturgo en la multiplicación de los panes y de los peces*. El poder salvador de Cristo se manifiesta en el alimento de vida que da a todos los hombres, que estamos como ovejas sin pastor. Por eso la multiplicación de panes y peces es signo de la sobreabundante vida divina que se nos da por Cristo. Oigamos a San Agustín:

«Gran milagro es, amadísimos, hartar a la muchedumbre con cinco panes y dos peces, gran milagro, en verdad. Pero el hecho no es tan de admirar si pensamos en el Hacedor. Quien multiplica los panes entre las manos de los repartidores, ¿no multiplica las semillas que germinan en la tierra y de unos granos llena los graneros? Lo que sucede es que como este portento se renueva todos los años a nadie le sorprende; pero no es la insignificancia del hecho el motivo de no admirarlo, sino la frecuencia con que se repite.

«Al hacer estas cosas, habla el Señor a los entendimientos, no tanto con palabras, como por medio de obras… Él es el Pan que bajó del cielo; un pan, sin embargo, que crece sin mengua. Se le puede sumir, pero no se le puede consumir. Este Pan estaba ya figurado en el maná. Porque ¿quién, sino Cristo, es el Pan del cielo?... Para que comiera el hombre el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre. Pues bien, ya que se nos ha dado una prenda tan valiosa, corramos a tomar posesión de nuestra herencia» (*Sermón* 130).

9 de enero

–***1 Juan 4,11-18***: *Si nos amamos unos a los otros, Dios permanece en nosotros*. San Juan ratifica el lazo indisoluble que existe entre la verdad y la caridad. El camino para la posesión de Dios, garantizada por la presencia de su Espíritu, consiste en creer que Jesús es el Hijo de Dios, en creer también en el amor de Dios, y en manifestar nuestro amor a nuestros hermanos, todos los hombres. Amar como Dios nos ha amado. El amor de Dios es la fuente y el modelo del amor a los hermanos.

Al amar a nuestros hermanos, amamos a Dios, pues tanto ellos como nosotros hemos nacido de Dios. La alegría de amar a nuestros hermanos es una experiencia del amor con que Dios nos ama. El amor hace a Dios presente entre nosotros. Este amor tiene como fruto la seguridad, la confianza plena en Dios, pues por él estamos unidos a Dios, que en Cristo se entregó por noso-

tros. Comenta San Agustín:

«La fe no puede obrar bien si no es por el amor. Ésta es la fe de los fieles, distinta de la de los demonios, pues "también los demonios creen, pero tiemblan" (Sant 2,19). Ésa es la fe digna de alabanza, ésa la verdadera fe de la gracia, la que obra por amor. ¿Acaso podemos a nosotros mismos otorgarnos el poseer el amor y el poder obrar rectamente a partir de él, siendo así que está escrito: "la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado" (Rom 5,5)?.

«La caridad, hasta tal punto es don de Dios, que se la llama Dios, según dice el Apóstol San Juan: "Dios es caridad y quien permanece en la caridad, permanece en Dios" (1 Jn 4,16)» (*Sermón* 156,5).

«Os he dicho qué debéis temer y qué debéis apetecer. Buscad la caridad: penetre en vosotros la caridad. Dadle entrada, temiendo pecar; dad entrada al amor que hace que no pequéis; dad entrada al amor por el que vivís bien. Cuando la caridad entra, el temor comienza a salir. Cuanto más dentro esté ella, tanto menos será el temor. Cuando ella está totalmente dentro, no habrá temor alguno. Entre, pues, la caridad y expulse el temor (*cfr.* 1 Jn 4,18). Pero la caridad no entra sola, sin compañía; lleva consigo su propio temor; es ella quien lo introduce; pero se trata de un temor que dura siempre… Es el temor que teme ofender y desagradar a Dios» (*Sermón* 161,9).

–Supliquemos con el ***Salmo 71*** a Dios Padre que dé al Mesías, su Hijo bien amado, un reino universal, para que reine en el mundo la justicia, y la protección de los pobres, pues los otros reyes nunca conseguirán ese reino: «Dios mío, confía tu juicio al Rey, para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. Que los reyes de Tarsis y de las islas le paguen tributos, que los reyes de Saba y de Arabia le ofrezcan sus dones, porque Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector. Él se apiadará del pobre y del indigente y salvará la vida de los pobres. Que todos los pueblos te sirvan, Señor».

Cristo, Rey de las almas: Él es quien inspira todos nuestros impulsos y movimientos hacia el bien. Él ilumina el entendimiento con su Luz y lo somete poderosamente a su Verdad, con el yugo de la fe. Él domina las conciencias y dicta leyes, recompensa y castiga. Él sujeta las voluntades a su Ley y las hace regirse por ella. Pero sobre todo impera en las almas por su infinito amor.

–***Marcos 6,45-52***: *Vieron a Jesús andar sobre el lago*. El episodio manifiesta el poder de Cristo sobre las fuerzas de la naturaleza y, manifestando ese poder, Jesucristo se revela como Dios. Es al mismo tiempo un signo de su poder salvador.

Todo esto es bello y admirable; pero no podemos olvidar lo que dice también esta lectura: «Se retiró al monte a orar» ¡Qué inefables son estas palabras! No sabemos cómo era la oración de Jesús, pero deberían ser unos coloquios inefables con el Padre. Aunque Cristo nunca reveló su intimidad con el Padre, nos comunicó su espíritu de oración al enseñarnos el *padre nuestro*... ¡Qué gran misterio insondable el de la oración de Jesucristo!... Orígenes dice:

«Si Jesús practica la oración ¿quién de nosotros será negligente en ella? Dice, en efecto, San Marcos: "Y a la mañana, mucho antes del amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto y allí oraba" (Marcos 1,35). San Lucas: "Y acaeció que, hallándose Él orando en cierto lugar, así que acabó, le dirigió la palabra uno de sus discípulos" (Lc 11,1); y en otro lugar: "pasó la noche orando a Dios" (Lc 6,12). Y San Juan describe la oración de Cristo cuando dice: "Esto dijo Jesús y, levantando sus ojos al cielo, añadió: Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique"» (Jn 17,1) (*Tratado sobre la oración* 15).

10 de enero

–***1 Juan 4,19–5,4***: *Quien ama a Dios ame también a su hermano*. San Juan vuelve de nuevo a los temas fundamentales del amor y de la verdad. Nuestro amor a Dios se ha

de manifestar en el amor a los hermanos, es decir, a todos los hombres. Para nacer de Dios es menester creer que Jesús es el Mesías y cumplir los mandamientos. La verdad de nuestro ser cristiano, la autenticidad de nuestra vida se mide por nuestra capacidad de morir, dando la vida. Separar el amor de Dios del amor del prójimo nos conduce a una vida mentirosa, falsa y farisaica. Quien no es capaz de amar a su hermano es imposible que ame a Dios. Oigamos a San Agustín:

«Un ala es: "amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente" (Mt 22,37). Pero no te quedes con un ala; pues si crees tener una sola ala, no tienes ninguna: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Pero "si no amas a tu hermanos, a quien ves, ¿cómo puedes amar a Dios, a quien no ves?" (1 Jn 4,20). Busca, pues, la otra ala, y así podrás volar, así podrás despegarte de la codicia de lo terreno y fijarte en el amor de lo celeste. Y, mientras te apoyas en ambas alas, tendrás levantado el corazón, para que el corazón elevado arrastre arriba a su carne a su debido tiempo. Y no pienses que tardarás mucho en tener todas las plumas. Busca en las santas Escrituras múltiples preceptos de esta dilección, y con ellos se ejercita el que los lee y el que los escucha: pues de estos dos preceptos penden la ley y los profetas» (*Sermón* 68,13, probablemente en Hipona, hacia el 425).

En la santa Iglesia es donde encontraremos el auténtico amor de Cristo. La gloria de Cristo brilla en la Iglesia. En torno a ella no reinan más que la noche, el error, las tinieblas, la intranquilidad. En la Iglesia, en cambio, luce el esplendente Sol de la Verdad, de la Vida y del Amor. Asociémonos al gozo y a la tranquila esperanza de la Iglesia, que expresa y comunica en su liturgia. Cuanto más nos unamos a la Iglesia en el dolor, más gozaremos con ella en su inquebrantable confianza. Cristo vela por ella, la defiende y la salva.

–En Cristo la salvación ha alcanzado la plenitud de sentido. En Él se han cumplido todas las profecías universalistas. Él ha sido, y es, la revelación para todos los hombres. Todos los pueblos lo adorarán, porque a todos ha de llegar su manifestación. Por eso cantamos con el ***Salmo 71***: «Dios mío, confía tu juicio al Rey, para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. Él rescatará sus vidas de la violencia, su sangre será preciosa a sus ojos. Que recen a Él continuamente y lo bendigan todo el día. Su nombre es eterno y su fama dura como el sol. Que Él sea la bendición de todos los pueblos, y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra».

¡Con qué maravilloso esplendor brilla el poder del reinado de Cristo en las almas de los santos! Ellos son realmente un triunfo de la omnipotente acción de la gracia de Cristo.

–***Lucas 4,14-22***: *Hoy se cumple esta Escritura.* Una nueva epifanía, una nueva manifestación del poder salvador de Cristo. Muestra que se cumple en Él aquella profecía de Isaías: «el Espíritu del Señor sobre Mí»… Efectivamente, Él es el Ungido del Señor por excelencia: Él habla a los pobres, da libertad a los cautivos y oprimidos, da vista a los ciegos…

También hoy sigue siendo el Señor la respuesta para todos los que sufren, para los desvalidos, pobres y necesitados. Nosotros nos llamamos cristianos porque fuimos ungidos en el bautismo y en la confirmación. Por Cristo somos cristianos. Por ser sus discípulos somos miembros de su Cuerpo místico. Nuestra misión ante el mundo ha de ser, pues, como la de Cristo: anunciar la Buena Nueva a todos los hombres, pues todos están necesitados de la gracia divina.

Pero para esto, esa Buena Nueva ha de ser clara y diáfana en nuestra propia vida, de modo que toda ella sea imagen de Cristo, como Él, el Primogénito de todo lo creado, es Imagen del Dios vivo. Todo ha sido creado por Él y en Él. Él es nuestro fundamento. Él es nuestra Cabeza. El principio y el fin. De Él viene todo cuanto necesita-

mos en lo material y en lo espiritual. Todos somos pobres y desvalidos ante Él. Y Él viene en nuestra ayuda, pues es todo Amor y Misericordia.

11 de enero

–***1 Juan 5,5-6.8-13***. *El Espíritu, el agua y la sangre dan testimonio*. La fe es fuente de vida eterna. Esta fe se fundamenta en «el agua y la sangre», en el Bautismo y en la Eucaristía, en la muerte y resurrección de Cristo, que por los sacramentos de la iniciación cristiana producen en nuestra alma la inhabitación de la Santísima Trinidad. Los que creen en Cristo vencen al mundo, pues son hijos de Dios y poseen su fuerza. El centro de la fe es Cristo Jesús. Él nos lleva al Padre por el Espíritu y nos incorpora a su Iglesia para que vivamos por sus sacramentos. El agua y la sangre, el Bautismo y la Eucaristía, son los signos de su entrega vivificante.

San Juan prueba con un triple testimonio que Jesucristo es verdaderamente Hijo de Dios y que la fe en Él nos consigue la vida eterna. El Apóstol insiste en la identidad del Jesús histórico con el Hijo de Dios. Esta verdad es fundamental en la vida cristiana. Sólo el que cree en esta verdad de fe podrá vencer al mundo. Jesucristo vino al mundo para cumplir la misión redentora que el Padre le confió. El agua y la sangre son en Cristo los medios decisivos de la salvación. San Juan los designa como los testimonios de Cristo. Y San Agustín piensa que el Apóstol alude en ese texto al agua y a la sangre que salieron del costado de Cristo para testificar la realidad de la naturaleza humana (*Contra Max*. 2,22).

Otros autores dan diferentes explicaciones. Pero el simbolismo joánico las abarca todas. Sometamos nuestra voluntad a Cristo, el Rey divino, a sus mandamientos, a su ley, a su Evangelio, a la jerarquía de su Iglesia. Sometámonos a su providencia, a sus decretos, a sus órdenes, a su beneplácito. Ante todos los trabajos, deberes y responsabilidades; ante todas las fatigas, penas, sacrificios y renuncias que Él exija de nosotros, no tengamos, a pesar de toda resistencia de nuestra naturaleza caída, más que esta respuesta: «hágase tu voluntad». El que ha conocido una vez a Cristo, el que se ha llenado de su Espíritu, no puede por menos de convertirse en un hombre nuevo. No puede por menos emprender «un nuevo camino», como los Magos.

–En el Antiguo Testamento habló Dios a Israel de diversos modos y en distintos tiempos. En Cristo, la Palabra eterna de Dios, se hace manifestación y revelación definitiva para todos los hombres. Los que aceptan esa Palabra encarnada llegan a la vida eterna.

Con el ***Salmo 147*** glorificamos al Señor: «Glorifica al Señor, Jerusalén [la Iglesia santa, el alma cristiana], que ha reforzado los cerrojos de tus puertas y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra y su palabra corre veloz. Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel. Con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos».

Somos nosotros los que hemos recibido la plenitud de las promesas de Dios por medio de su Hijo, el Verbo encarnado, al cual seguimos y nos sometemos. ¡Éramos paganos, hombres alejados de Dios, desconocedores de Cristo, privados de la vida y de la filiación divina! Pero Cristo nos ha llamado a su vida y nos ha salvado.

–***Lucas 5,12-16***. *Al instante le dejó la lepra*. La Iglesia, en este tiempo de Epifanía, contempla otra nueva manifestación de Cristo, que cura a un leproso y con ello pro-

clama su divinidad. Las multitudes acuden para oírle y recibir la curación. Pero, subraya el Evangelista: «el solía retirarse a despoblado para orar». Qué maravillosos eran los diálogos de Cristo con su Padre celestial. Él nos enseñó a orar con su palabra y con su ejemplo.

Cristo vino a curarnos, sobre todo de la lepra del pecado. ¡Tanto amó Dios al mundo, tanto me ama a mí!. En el Antiguo Testamento se consignan muchas intervenciones de Dios con su pueblo elegido. En la plenitud de los tiempos, se hace hombre su Hijo Unigénito y aparece personalmente en medio de nosotros. Ya no es di-fícil poder encontrarle. Ya no es difícil tampoco dejarse hallar por Él. Basta sólo querer. A los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a conseguir la salvación (*cfr*. Rom 8,28). Por eso nada será tan ventajoso, tan beneficioso para nosotros como ponernos ciegamente en manos de la Providencia divina, sometiéndonos totalmente a su divina voluntad. Toda nuestra vida, cada uno de sus momentos, coo-peran a nuestra salvación, conforme a lo ordenado por la sabiduría y el amor divinos.

12 de enero

–***1 Juan 5,14-21***: *Dios escucha nuestras peticiones*. San Juan recomienda la oración en favor de los pecadores, pues Dios atiende nuestras súplicas, según su voluntad. En nuestro difícil caminar por la vida tenemos nuestra seguridad en Cristo por la oración. Lo que nos da seguridad y firmeza es nuestra coincidencia con la voluntad del Padre. Oremos, pues, por nosotros mismos, pues lo necesitamos; pero oremos también por los demás. Oigamos a San Agustín:

«“Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito” (Jn 3,16), para que el mundo tenga vida. Si el Padre no nos hubiera entregado la vida, no tendríamos vida. El mismo Cristo, el Señor, es la Vida de la que dice el Evangelista San Juan: “Éste es el Dios verdadero y la vida eterna” (1 Jn 5,20)… Así, pues, la Vida murió, la Vida permaneció, la Vida resucitó y, dando muerte a la muerte, nos comunicó la Vida» (*Sermón* 265 B, 4-5, del año 396).

Los cristianos sabemos que hemos nacido de Dios. Y, por tanto, pertenecemos a Dios. Formamos el rebaño de Cristo, que, como Buen Pastor, guarda con todo cariño. Sin embargo, a la comunidad de los fieles se opone el mundo tenebroso y rebelde a Cristo, dirigido por Satanás. Frente a frente están Cristo y el diablo, los seguidores de Cristo y los seguidores del diablo.

No podemos, pues, cruzarnos de brazos. Hemos de trabajar valientemente para que todos los que están en el bando del diablo pasen al reinado de Jesucristo. Hemos de procurarlo en primer lugar con la oración, y también, en la medida de nuestras posibilidades, con nuestras palabras y siempre con nuestro ejemplo. Todo cuanto de sobrenatural tenemos lo debemos a Cristo, pero hemos de hacer partícipes a los demás de esos dones. Cristo es Amor y es Vida eterna. Él es la Fuente de donde brota nuestra vida. Él constituye nuestra esperanza para la vida eterna.

–«El Señor ama a su pueblo y adorna con la victoria a los humildes». El Señor ha nacido para redimir a todos, pues todos somos pecadores. Por eso, con nuestros labios y corazones, cantamos el ***Salmo 149***: «Cantad al Señor un cántico nuevo, resuene su alabanza en la asamblea de los fieles, que se alegre Israel [la Iglesia, el alma cristiana] por su Creador. Los hijos de Sión [de la Iglesia] por su Rey. Alabad su nombre con danzas, cantadle con tambores y cítaras; porque el Señor ama a su pueblo, y adorna con la victoria a los humildes. Que los fieles festejen su gloria y canten jubilosos en filas, con vítores a Dios en la boca».

El cristiano ha de ser con su vida, con su conducta, con su palabra, con sus obras buenas, una alabanza continua a Dios, una radiante epifanía, una clara manifestación del Señor, esto es, un vivo destello de la fulgente y divina Luz, que es Cristo, el Señor.

–***Juan 3,22-30***: *El amigo del esposo se alegra con la voz del esposo*: «Él tiene que crecer y yo menguar». Juan Bautista rinde un último homenaje a Jesús. Ha cumplido su misión, ha preparado el camino del Señor. Muchas veces, unas quince, ha comentado San Agustín este pasaje evangélico:

«Todo lo que obra Dios en nosotros, lo obra sabiendo lo que hace. Nadie es mejor que Él, nadie más sabio, nadie más poderoso… Humillémonos, pues, en cuanto hombres y no nos gloriemos más que en el Señor, para que Él sea exaltado. Disminuyámonos a nosotros mismos, para que podamos crecer en Él. Fijaos en el hombre supremo [Juan Bautista], mayor que el cual no ha surgido otro entre los nacidos de mujer. ¿Qué dijo él de Cristo? "Conviene que Él crezca y que yo, en cambio, mengüe" (Jn 3,30). Crezca Dios, disminuya el hombre. ¿Y cómo crece el que ya es perfecto? ¿Qué le falta a Dios para que pueda crecer? Dios crece en ti, cuando tú lo conoces a Él. Considera, pues, la humildad del hombre y la excelsitud de Dios» (*Sermón* 293 D,5).

Domingo después del 6 de enero

Bautismo del Señor

La *entrada* de la Misa es un texto de San Mateo: «Apenas se bautizó el Señor, se abrió el cielo y el Espíritu se posó sobre Él. Y se oyó la voz del Padre que decía: "Éste es mi Hijo el amado, mi predilecto"» (Mt 3,16-17).

Colecta (del Misal anterior): «Dios todopoderoso y eterno, que en el bautismo de Cristo, en el Jordán, quisiste revelar solemnemente que Él era tu Hijo amado enviándole tu Espíritu Santo, concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, la perseverancia continua en el cumplimiento de su voluntad».

Otra oración *colecta* opcional (Gelasiano), ya empleada en el martes después de Epifanía, como vimos, reza así: «Señor, Dios nuestro, cuyo Hijo asumió la realidad de nuestra carne para manifestárse-nos, concédenos, te rogamos, poder transformarnos internamente a imagen de aquel que en su humanidad era igual a nosotros».

Al coronar el misterio navideño, la Iglesia quiere presentar con toda fuerza ante nuestras conciencias la verdadera imagen redentora de Cristo Jesús, proclamando así la urgente necesidad que tenemos de abrirnos a Él por la fe y la obediencia, desde lo más íntimo de nuestra esperanza responsable.

–***Isaías 42,1-4.6-7***: *Mirad a mi Siervo, a quien prefiero*. Es Dios mismo quien presenta y, en cierto modo, quien consagra a su Siervo; signo evidente de una relación particular que une a los dos entre sí. La plenitud con que Dios da el Espíritu a su Siervo es la característica más notable de los tiempos mesiánicos. Ya lo anunció Isaías: «sobre Él se posará el Espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y de temor del Señor» (Is 11,1-2).

Por esta particular presencia del Espíritu, el Mesías podrá llegar a ser «Alianza del pueblo», es decir, instrumento de reconciliación y luz de las naciones, que ilumina a todos los hombres de modo que puedan volver al Señor. Esta condición del Salvador es subrayada en el Nuevo Testamento, sobre todo por San Juan. En su evangelio dice Jesús: «Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (8,12). En la ación salvífica del Salvador se manifiesta sobre todo la mansedumbre y la benevolencia, en definitiva, el amor misericordioso: «la caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará» (Mt 12,20).

–Con el ***Salmo 28*** cantamos al Señor: «Hijos de los hombres, aclamad al Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor, postraos ante el Señor en el atrio sagrado… En su templo un grito unánime: ¡Gloria!»

–***Hechos 10,34-38***: *Dios ungió a Jesús con la fuerza del Espíritu Santo*. La conversión y el bautismo del pagano Cornelio conmocionaron a la primitiva comunidad eclesial. Pedro, cabeza y guía de los creyentes, ejerce entonces su magisterio para proclamar la universalidad de la obra redentora de Cristo.

En su discurso, San Pedro alude al bautismo de Cristo, «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo». El Santo de los Santos se ha colocado así entre los impuros, entre los pecadores. El Hijo de Dios se ha humillado voluntariamente bajo la mano del Bautista. ¡Epifanía de la humildad de Cristo! ¡Epifanía del Amor, de la voluntad salvadora de Nuestro Redentor! Para Dios no existen barreras que limiten su acción salvadora. Para agradarle, lo que cuenta es «el temor de Dios y la práctica de la justicia». El Señor, porque está lleno del Espíritu Santo, obra maravillas, y la más grande maravilla es que libra a los hombres de la esclavitud del pecado y de Satanás.

–Hay tres lecturas evangélicas para los ciclos: A) ***Mateo 3,13-17***; B) ***Marcos 1,6-11***; C) ***Lucas 3,15-16.21-22***. Las tres nos hablan del Bautismo del Señor. San Agustín ha comentado muchas veces esta hermosa escena evangélica:

«La criatura bautiza al Creador, la lámpara al Sol, y no por eso se enorgulleció quien bautizaba, sino que se sometió al que iba a ser bautizado. A Cristo que se le acercaba, le dijo: "Soy yo quien debo ser bautizado por ti". ¡Gran confesión! ¡Segura profesión de la lámpara al amparo de la humildad! Si ella se hubiese engrandecido ante el Sol, rápidamente se hubiera apagado por el viento de la soberbia.

«Esto es lo que el Señor previó y nos enseñó con su bautismo. Él, tan grande quiso ser bautizado por uno tan pequeño. Para decirlo en breves palabras: el Salvador fue bautizado por el necesitado de salvación. En su bautismo Jesús piensa en mí, se acuerda de todos nosotros. Se entrega a la nobilísima tarea de purificar las almas, se entrega a Sí mismo por la salvación de todos los hombres» (*Sermón* 292,4, en la fiesta de San Juan Bautista, hacia el 405).

Indice